

CARLOS BONGCAM WYSS
(Prohibida su reproducción o uso con fin de lucro
sin la autorización expresa del autor)

Nayra, la Esposa del Sol

ISBN 91 970910 22
© Carlos Bongcam Wyss, 2001

Dedicatoria:
a
Gertie Rudloff

De pronto, la habitual quietud de la casa del sacerdote fue rota por los agudos gritos de dolor de una mujer, ruidos de carreras y órdenes a media voz. Aquella conmoción se debía a que Pachi la esposa de Anca Capac, estaba a punto de dar a luz su primer hijo. Pachi era una princesa aymara que su padre, en señal de amistad había entregado al Inca Huayna Capac y éste la había desposado con su hijo Anca, Sacerdote del Culto del Sol. Mientras las mujeres con mayor experiencia atendían a la asustada parturienta, un sirviente salió de la casa y atravesando a todo correr la plaza principal del Cuzco, llegó al Templo de Sol donde se encontraba el padre de la criatura que estaba por llegar al mundo. El sacerdote llegó a su casa en los instantes en que nacía su hija, una lozana criatura que provocó admiración a causa de su belleza. Fascinados por sus grandes y hermosos ojos, sus felices padres la llamaron Nayra.

Posteriormente, cuando Nayra era una criatura aún amamantada por su madre, ocurrió un hecho que abismó a las personas que lo presenciaron: En cierta ocasión, las sirvientas se descuidaron dejando sola a la niña. Esta despertó y comenzó a llorar de hambre. Una pareja de pajaritos que había anidado en uno de los árboles del jardín y que a la sazón estaba criando sus polluelos, al escuchar el llanto de Nayra le llevaron unas lombrices recién capturadas para sus retoños y se las pusieron en la boca. En aquel instante llegó Pachi y le quitó los gusanos a su hija la que, feliz, había dejado de llorar.

De ahí en adelante, cada vez que Nayra lloraba por algún motivo, los pajaritos del jardín intentaban socorrerla y las criadas se veían en dificultades para mantenerlos fuera de la habitación. Al despuntar el día, las avecillas se ponían a cantar frente a la ventana de Nayra hasta que ésta se despertaba. Al anochecer, la niña se acostumbró a quedarse dormida arrullada por el canto de los pajarillos que se posaban en un árbol frente a la ventana de su dormitorio.

Habíamos dado término a la cosecha del maíz y todos los habitantes del Cuzco estábamos preparando la Fiesta del Sol, la festividad más importante del año. Entusiasmados con el ambiente festivo y el tibio y puro aire que se respiraba en la plaza, a nadie sorprendió la belleza de aquella noche con las estrellas del firmamento brillando en la límpida bóveda del cielo, totalmente desprovista de nubes. Cuando la Luna asomó sobre las montañas de los Andes los presentes vimos que la ceñían tres enormes círculos. El primero era de color rojo como sangre. Este círculo estaba a su vez envuelto por otro mayor, negruzco. Completaba aquella visión un tercer círculo, al parecer de humo, en torno a los

dos anteriores. Llenos de pavor, nos quedamos mirando aquel aterrador fenómeno.

Al ver el aspecto que presentaba la Luna, los asustados sacerdotes que estaban con nosotros en la plaza, entraron al Templo del Sol en demanda del Sumo Sacerdote para que éste viera el suceso e interpretara el agujero de la Luna. Dando muestras de gran agitación, un comportamiento muy poco común en su habitual solemnidad, el Sumo Sacerdote salió a la plaza y durante largos minutos estuvo contemplando en silencio aquel extraordinario prodigio celeste. Finalmente se llevó ambas manos a la cabeza, en señal de espanto, y entró de prisa al palacio del Inca Huayna Capac.

Dicen que una vez en la sala donde lo recibió el Inca, el Sumo Sacerdote, con el semblante desfigurado por la tristeza, se postró ante el soberano y con palabras ahogadas por el llanto, le dijo: “Has de saber, mi Señor, que la Luna te avisa que Pachacámac amenaza a tu sangre real y a tu Imperio con grandes plagas que ha de enviar sobre los tuyos. Aquel primer cerco que ella tiene, del color de la sangre, significa que después que tú te hayas ido a descansar junto al Sol, tu Padre, habrá guerra cruel entre tus descendientes y mucho derramamiento de tu real sangre, de manera que en pocos años se acabará toda, por lo cual yo quisiera reventar llorando. El segundo cerco, que es negro, te avisa que las guerras y mortandad entre los tuyos causarán la destrucción de nuestra religión y de tu Imperio. El tercer cerco te muestra que todo lo que hoy poseéis se convertirá en humo.”

Los augurios de su tío, el Sumo Sacerdote, conmovieron profundamente al Inca. Sin embargo permaneció inmutable, pues su dignidad imperial no le permitía mostrar sus sentimientos, ni mucho menos flaqueza, ante sus súbditos, aunque éstos fuesen sus parientes directos. Por eso, al postrado sacerdote, le dijo: “Tú debes haber soñado esas historias que dices son revelaciones de la Luna.”

Ante aquella respuesta del Inca, el Sumo Sacerdote insistió: “Para que me creáis, amado Señor, salid a ver con vuestros propios ojos las señales de la Luna. Y si lo queréis, mandad que vengan los adivinos e indagad de ellos qué dicen de estos agüeros.”

Pero Huayna Capac se negó a salir al exterior de su palacio y tampoco mandó llamar a los adivinos. Ordenó en cambio que lo dejaran solo en su habitación porque sentía necesidad de meditar para tranquilizar su espíritu, que los terribles presagios del Sumo Sacerdote habían perturbado. El Inca estaba preocupado porque las palabras de su pariente le habían traído a la memoria la profecía de uno de sus antecesores, el Inca Viracocha, vaticinando que luego de haber reinado once Incas de su dinastía, al Perú llegarían gentes extrañas, nunca antes vistas, las que destruirían su Imperio, les quitarían las tierras y exterminarían su religión. Su inquietud partía del hecho cierto de que él era, precisamente, el undécimo Inca que gobernaba en el Perú.

Antes de cumplir un año de edad, Nayra gateaba por el piso de la casa y aprovechaba aquellos desplazamientos para explorar todos los rincones de las habitaciones. Si encontraba algo interesante se sentaba a jugar con sus hallazgos. Las sirvientas que la cuidaban pronto se acostumbraron a esos momentos de esparcimiento en silencio y la dejaban tranquila. En cierta ocasión la niña llegó a un rincón donde había un hueco en la base de la muralla. El orificio era pequeño y si se le miraba desde la perspectiva de un adulto, pasaba casi desapercibido. Por ese motivo los mayores no habían reparado en él. Una vez descubierta aquella perforación, Nayra se dedicó a examinarla. Cuidadosamente introdujo sus dedos en el hoyito y al retirar su mano vió que por el hueco se asomaba la cabecita de un ratoncito. Al verlo, Nayra rió divertida. Entonces la

lauchita, que era un macho, desapareció en su cueva. A la niña le pareció que el animalito estaba jugando con ella y volvió a reír. El ratón se volvió a asomar sin demostrar temor mientras Nayra reía hasta que entendió que el ratoncito, mentalmente, le decía: “Sé que no me harás daño” “Eres simpático, le respondió también sin palabras la niña, yo me llamo Nayra y tú, ¿cómo te llamas?” “No tengo nombre, le respondió el ratoncito, ¿debo tener uno?” “Por cierto. Te pondré uno. ¿Está bien que te llame Chirri?” “¿Para qué necesito ese nombre?” “Para que sepas cuándo te estoy llamando.” “¿Y mi compañera?” “¿Tienes una compañera?” “Sí, ella es bonita y buena, pero muy tímida.” “Si es tímida, le llamaré Huala.” “¿Por qué Huala?” “Bueno, porque se me acaba de ocurrir.” Entonces Chirri entró al hoyito de la pared y salió empujando una linda lauchita. “Esta es Huala, mi compañera”, dijo y se puso a reír como ríen los ratoncitos cuando se sienten seguros y están contentos.

Con sus victorias militares sobre las tribus de los Chachapoyas, los Cañaris y los Caras, el Inca Huayna Capac extendió las fronteras septentrionales del Imperio hasta el río Ancasmayo. Después de la última gran victoria le llevaron la noticia de que por las costas del Perú navegaba un barco en el cual viajaban unos hombres barbudos, de una raza nunca antes vista. Entonces Huayna Capac, recordando la profecía del Inca Viracocha y los presagios de la Luna, determinó cesar las conquistas y quedarse a la espera de los acontecimientos que estaban por venir.

Al poco tiempo, víctima de una extraña epidemia, repentinamente falleció Huayna Capac, sin haber nombrado a su heredero. Era la costumbre que cada Inca, antes de morir, designara a su sucesor de entre uno de sus hijos, generalmente el primogénito de los habidos en su hermana. Con la inesperada muerte de Huayna Capac se puso

de manifiesto un conflicto que se incubaba desde la creación, cien años atrás, del Ejército Imperial, el que había acrecentado su poder con las guerras de conquista. La extensión territorial del Imperio fue iniciada por Pachacuti Inca Yupanqui, continuada por Topa Inca Yupanqui, su hijo, y proseguida exitosamente por su nieto, el Inca Huayna Capac. Una consecuencia de estas guerras y del consiguiente aumento del poderío del ejército, fue el nacimiento de una casta de generales que, afianzándose en sus éxitos militares, comenzó a aspirar al poder, hasta entonces ejercido únicamente por la nobleza incaica.

Al morir Huayna Capac, Huascar, el hijo mayor de éste habido en su hermana Coya, no tenía aún la edad suficiente para ser Emperador, por lo que en su lecho de muerte, el Inca le encargó a un tío del joven que reinara como regente hasta que éste fuese investido. Pero los generales, viendo que se les presentaba la oportunidad para acceder al poder, iniciaron una conspiración. Instaron a Atahualpa, uno de los cuarenta hijos de Huayna Capac habidos en sus concubinas, cinco años mayor que Huascar, a que se autoproclamase Inca. La preferencia de los generales por Atahualpa se debía a que éste había acompañado desde muy joven a su padre en las campañas militares y era bien conocido por todos aquellos que aspiraban a asumir el poder a través de él.

A medida que Nayra crecía, su belleza se acentuaba de modo que ella siempre se destacaba físicamente entre las niñas de su misma edad. Pero la belleza de la hija del Sacerdote Anca Capac no sólo era externa sino un perfecto reflejo de su carácter, lo que se hacía evidente cuando uno la conocía en la intimidad. La niña tenía una manera de ser suave y su simpatía atraía a la gente de forma irresistible. Pronto la pequeña dio claras muestras de poseer una inteligencia muy poco corriente. Sin embargo, lo que nos maravilló

a todos quienes la rodeábamos fue su capacidad para entenderse con los animales. Desde el principio Nayra asumió aquello como algo natural que no tenía nada de extraño, pero pronto se dio cuenta de que aquella facultad no la poseíamos todos los seres humanos y de que su maravilloso don provocaba recelos en las personas comunes, especialmente en aquellas que eran envidiosas por naturaleza y que no entendían a los animales.

A los funerales de Huayna Capac, que se realizaron en Quito, asistieron sus más relevantes parientes y muchos de los nobles que vivían en el Cuzco. Durante las ceremonias, éstos se percataron de los síntomas del complot de los generales y regresaron al Cuzco preocupados. Allí le aconsejaron a Huascar que se invistiera cuanto antes como Inca a fin de poner bajo su mandato a todo el Imperio y dar al traste con la intriga encabezada por su medio hermano. Como era la costumbre, para la investidura del nuevo Inca viajaron al Cuzco delegaciones de nobles de todas las regiones del Imperio. Huascar hizo los ayunos exigidos por el ritual y después salió a la plaza de la ciudad engalanado con los símbolos imperiales. Durante varios días hubo grandes festejos en los que, como era habitual en las principales festividades, participaron el pueblo y las momias de los antepasados. Terminadas las fiestas, el nuevo Inca envió emisarios a todos los rincones del Perú y mandó trasladar al Cuzco las mujeres de su padre que estaban en Quito, para hacerse cargo de ellas como lo exigía la tradición.

Al enterarse de aquellos preparativos, Atahualpa, respaldado por los generales, se opuso, pretextando que su padre había dividido en dos partes el Imperio para que en la del sur, cuya capital seguiría siendo el Cuzco, gobernase Huascar, y en la parte norte, cuya capital habría de ser Quito, él mismo. Huascar reaccionó a este hecho enviando embajadores a todas las provincias, a fin de

asegurarse el respaldo de la nobleza. A su medio hermano Atahualpa le mandó un emisario personal, con la misión de convencerlo para que se retractara. Al mismo tiempo, nombró Capitán General de su ejército al noble Atoco, encomendándole la misión de que, llegado el caso, sometiese a su hermano por la fuerza.

Atahualpa viajó a la provincia de los Cañaris con la idea de convencerlos para que le apoyasen, pero éstos lo apresaron y lo encerraron en una celda. Con la ayuda de una mujer que le entregó una barreta y aprovechando que sus guardias dormían porque habían sido emborrachados con chicha, Atahualpa hizo un forado en una pared y escapó de su cautiverio, trasladándose con toda rapidez a Quito. Reunido allí con los generales, decidió levantarse abiertamente en armas en contra del Inca Huascar, su medio hermano. Calicuchima, Capitán General de Atahualpa, y los capitanes Quizquiz y Ucumari, le presentaron batalla a Atoco, el Jefe del Ejército del Inca Huascar, en las cercanías de Ambato. Luego de un encarnizado combate, las tropas de Huascar fueron derrotadas y el mismo Atoco, una vez hecho prisionero, fue muerto de cruel manera. En aquella batalla murieron directamente más de quince mil guerreros, y miles de prisioneros fueron posteriormente ejecutados por orden de Atahualpa.

Lograda esta victoria, Atahualpa se encaminó a Tomebamba, donde los cañaris, sus habitantes, temerosos de su venganza debido a que ellos lo habían apresado con anterioridad, enviaron a su encuentro a muchos hombres, mujeres y niños a pedirle perdón y clemencia. Por única respuesta, Atahualpa ordenó matarlos a todos. Sólo escaparon de la masacre algunas vírgenes del Sol y un reducido grupo de niños. En Tomebamba, haciendo uso del derecho que le daba la fuerza de las armas, Atahualpa realizó la ceremonia ritual y se ungió Inca a sí mismo.

Todos los que vivíamos en la casa de Nayra pronto nos dimos cuenta de que la niña tenía un gran sentido musical. Llevaba perfectamente el ritmo de las canciones que le cantaban su madre y las nodrizas a su servicio y tarareaba las melodías. En estricto rigor la pequeña aprendió a hablar repitiendo la letra de las canciones, que memorizaba rápidamente, y desde muy temprano comenzó a crear sus propias melodías. En tanto se pudo mantener de pie, cosa que logró hacer a los nueve meses de edad, fue capaz de bailar con mucha gracia, llevando perfectamente el ritmo de las canciones.

Luego de su derrota militar, el Inca Huascar pidió refuerzos a los nobles que gobernaban las regiones del sur del Imperio, con los que formó un Ejército de ochenta mil guerreros nombrando Capitán General a su hermano Huanca Auqui quien, con los capitanes Ahuapanti, Illapa, Kari, Inca Roca, Guaranca y Urco, salió a enfrentarse con las fuerzas de Atahualpa. En la provincia de los Paltas, cerca de Cajabamba, ambos ejércitos se encontraron. Después de las rituales arengas a las tropas por parte de los respectivos capitanes, comenzó una muy encarnizada batalla de la cual Atahualpa emergió como vencedor. En esta cruel y fratricida contienda hubo, entre ambos bandos, más de treinta mil muertos. Terminado el combate, los generales victoriosos avanzaron hasta el Cuzco donde hicieron prisionero al Inca Huascar junto a sus descendientes directos y más tarde, por orden de Atahualpa, los mataron a todos.

De este modo la mayoría de los valles del Imperio, cuyo sistema de cultivo estaba siempre necesitado de mucha mano de obra,

comenzaron a despoblarse. Entonces el hambre, que nunca había afectado a los pueblos del Imperio Inca, se hizo realidad.

Además, en aquellos días Francisco Pizarro, el capitán español que venía a conquistar el Perú al mando de ciento cincuenta y nueve soldados españoles y un negro congoleño, marchaba a Cajamarca con la intención de encontrarse con Atahualpa. Éste, respecto de los soldados españoles cometió dos grandes errores que al final le costaron su reino y la vida: menospreció su capacidad táctica y, en vez de atacarlos en los desfiladeros de las montañas, accedió a entrevistarse con ellos en un sitio cerrado como era la plaza del pueblo de Cajamarca.

El día en que Nayra cumplió tres años de edad, recibió muchos regalos de parte de sus parientes. Por su parte, Anca y Pachi, sus padres, le obsequiaron dos cachorros de perros de la Luna, que de inmediato pasaron a ser sus preferidos. Eran un macho y una hembra a los que, respectivamente, Nayra les colocó los nombres Lluspi y Lluspa. Los perritos, que habían nacido dos meses atrás, desde el principio se entendieron a las mil maravillas con su dueña. Esto se debió principalmente al hecho de que podían comunicarse entre sí. Aquella raza de perros, de piel tersa y suave, no tenía pelo y eran llamados perros de la Luna porque entre nosotros existía la creencia de que por carecer de pelos su piel, les hacía daño exponerse a los rayos del Sol, por lo cual eran sacados al exterior de las casas sólo durante las noches de Luna. Quienes vivíamos con Nayra veíamos como algo natural el afecto que unía a los perritos con la niña, dado que el cariño de estos fieles animales por los hombres databa de miles de años atrás. Además a ninguno nos extrañaba que la niña, en su media lengua, les hablara a los canes como si éstos le entendieran, porque eso lo hacían casi todas las personas al dirigirse a esos animales. Lo que nosotras ignorábamos

en aquel tiempo era que sin hablar, Nayra se entendía con Lluspi y Lluspa, sus adorados perros de la Luna.

Para cumplir con las reglas de hospitalidad que se usaban en el Imperio, Atahualpa fue a entrevistarse con Francisco Pizarro, el jefe de los recién llegados. Los españoles estaban en las casas reales del pueblo de Cajamarca, donde el propio Inca les había aposentado. Atahualpa entró llevado en andas a la plaza donde se encontraban los guerreros que habían llegado a la cabeza del cortejo imperial, completamente desarmados, tal como les había ordenado el Inca. Luego de un corto diálogo entre el Emperador y el cura enviado por Pizarro a pedirle su rendición incondicional, sorpresivamente los españoles comenzaron a disparar sus cañones y arcabuces, armas que los incas veían por primera vez, al mismo tiempo que eran atacados por los jinetes que los embistieron con sus caballos de guerra, animales también desconocidos en el Perú. Además soltaron sus perros de presa en contra de los indígenas y los infantes les atacaron con sus espadas. Aquella inesperada arremetida desató el pánico. Los más procuraron huir, mientras los portadores que llevaban al Inca sobre sus hombros, sin soltar las pértigas de la tarima real, resistieron hasta la muerte los intentos de los españoles por apresar a su Señor. En aquellos terribles momentos el sol se estaba poniendo tras las montañas y los que intentaban huir de la masacre, derribaron uno de los muros que cercaban la plaza y escaparon por aquel forado perseguidos por los españoles de a caballo que, a medida que nos alcanzaban, los iban matando.

Al día siguiente, los intérpretes que andaban con los españoles, todos ellos indígenas que habían sido capturados años atrás en la costa al norte del Perú, salieron por los campos anunciando que Atahualpa estaba vivo, que los españoles lo tenían preso y que

todos podían regresar a Cajamarca junto al Inca, que sus vidas no corrían peligro. Atahualpa ofreció pagar un rescate por su persona, conviniendo con Pizarro en que le llenaría dos habitaciones de objetos de oro y de plata en pago por su vida y su libertad. Además, Pizarro le aseguró al Inca que una vez recibido el rescate, ellos se irían del Perú. Atahualpa envió a sus capitanes, con la orden de llevar a Cajamarca todos los objetos de oro y de plata disponibles, salvo los usados en las ceremonias religiosas, asegurándoles a sus súbditos que de aquella forma se salvaría su vida y la integridad del Imperio. Las habitaciones señaladas se llenaron de oro y plata sin que el Inca recobrarla la libertad, lo que éste no podía entender por cuanto Pizarro le había dado su palabra de soldado, y Atahualpa confiaba en él. Los capitanes indígenas que estaban al servicio de Atahualpa en su prisión, secretamente le pidieron que les autorizara para levantarse en armas a fin de liberarlo, pero el Inca se indignó diciéndoles que él había empeñado su palabra de tener quietos a todos los guerreros de su Imperio y les ordenó obedecer y servir a los españoles con toda mansedumbre.

Los españoles mantenían cautivo al Inca Atahualpa dentro de su casa en Cajamarca, permitiéndole convivir con sus mujeres, sus sirvientes y con sus capitanes. Atahualpa, de treinta años de edad, tenía una esposa principal, la Coya, y varias concubinas, todas ellas jóvenes y hermosas. Cuando Francisco Pizarro conoció a la Coya, se sintió irresistiblemente atraído por su belleza. Por su parte, el intérprete Felipillo se había enamorado perdidamente de una de las concubinas del Inca. Este indígena, que pertenecía a la tribu huancavilca, conocía las costumbres de los incas y por lo tanto sabía que su pasión podía llevarle a la muerte, porque los plebeyos que cometían adulterio con una mujer noble, eran ajusticiados sin más trámites. Un crimen de ese tipo era tan grave como robar en los depósitos de alimentos y ropa del Inca o destruir los puentes. En conocimiento de la pasión de Francisco Pizarro por la Coya, Felipillo le explicó las leyes incas al respecto, agregando que tales castigos se evitarían si Atahualpa moría, puesto que así se

podría gozar de sus viudas sin que aquello fuera penado. De aquella forma entre ambos se estableció un pacto secreto que habría de tener fatales consecuencias para Atahualpa, nuestro Inca.

Luego de haber aprendido a hablar quechua y aymara, las lenguas de sus padres Anca y Pachi, respectivamente, lo que hizo sin mayores esfuerzos, Nayra comenzó a contarnos a las personas de su entorno lo que le decían los animales. Al principio, la mayoría de nosotras pensábamos que la niña tenía un exceso de imaginación, hasta que nos dimos cuenta de que en los relatos de Nayra había cosas inexplicables, como cuando contó que los patos le habían dicho que un *yana* (*), sirviente, les sacaba los huevos para comérselos. Asunto que una vez investigado resultó ser cierto.

En el jardín de la casa vivía una pareja de patos caseros que a la niña, en tanto los vio por primera vez, le atrajeron su atención. Imitando el sonido de esas aves, ella les llamó Cuac y Cuaca y de inmediato se hicieron amigos. Aquella amistad divertía a Nayra sobremanera porque, según me dijo en cierta ocasión, los patos caminaban balanceándose en forma graciosa; apenas podían volar torpemente unos pocos metros; en el estanque no cesaban de nadar en círculos hasta emborracharse, y conversaban entre ellos de una manera muy divertida.

En aquel tiempo la educación de la niña consistía principalmente en enseñarle las canciones y leyendas de los incas, labor que llevábamos a cabo las dos sirvientas de más edad, las que actuábamos como sus preceptoras y nodrizas.

(*) NOTA: Las palabras escritas en cursiva pertenecen al idioma quechua y a continuación de ellas se ha puesto, entre comas o paréntesis, su significado en castellano.

Al difundirse la noticia de la prisión del Inca Atahualpa, muchos indígenas de las tribus caras, cañaris, huancavilcas y chachapoyas, todas enemigas de los incas, comenzaron a llegar a Cajamarca a para ponerse incondicionalmente al servicio de los españoles, es decir, a servir como *yanaconas*, sirvientes. De aquel modo el pueblo se llenó de yanaconas. Esta circunstancia le permitió a Felipillo poner en práctica un diabólico plan. De común acuerdo con los yanaconas, el lengua, en quien los españoles confiaban, comenzó a difundir noticias falsas con la intención de perjudicar a Atahualpa. Los yanaconas decían, aún en presencia del mismo Inca, lo que habían convenido con Felipillo y si alguno se contradecía, de todas formas el intérprete le traducía a los españoles lo que a él le convenía. De esta forma logró engañar a muchos de los españoles que no querían que Atahualpa muriera. La principal calumnia consistió en afirmar que Atahualpa había dado órdenes a sus capitanes para levantar en armas a los guerreros incas y que desde todos los confines del Imperio éstos se estaban desplazando en gran número hacia Cajamarca. En tanto Pizarro se enteró de aquella falsa noticia, sintió un gran temor y yendo a la habitación donde tenía preso a Atahualpa, le dijo: “Atahualpa: habiéndote hecho tanta honra y tratado a tu persona como el gran señor que eres, no puedo entender que tú estés tratando de levantar a tu gente de guerra para que venga a matarnos.”

Al escuchar estas palabras, sin perder su compostura, Atahualpa le repuso: “Me espanto de verte venir con tales acusaciones. Nosotros los Incas no sabemos mentir y nunca dejamos de decir verdad. Empeñando mi palabra real te juro que eso que dices es mentira. Alguien que me quiere mal ha inventado esa falsedad, porque desde que tú me hiciste prisionero, nunca he mandado sino que ustedes sean bien servidos y provistos. Debes saber que en todo mi

reino no se mueve ningún hombre ni se toman armas porque mis hombres cumplen sólo lo que yo mando y ni siquiera las hojas de los árboles se mueven sin mi consentimiento.”

En aquella ocasión, Pizarro le creyó a Atahualpa, pero Felipillo, por intermedio de los yanacunas traidores, siguió publicando noticias falsas. En aquellos días, los yanacunas andaban vestidos con joyas y ropa fina robada a los incas y temían perder estas cosas si Atahualpa recuperaba la libertad y su reino. Por eso estaban todos ellos empeñados en lograr que los españoles mataran al Inca. Dentro de aquella campaña de mentiras le levantaron una calumnia al capitán Chalacuchima, el guerrero más importante que estaba con Atahualpa. Difundieron la especie de que Chalacuchima había ordenado reunir grandes escuadrones de guerreros, los que marchaban hacia Cajamarca a matar a los españoles y liberar a Atahualpa. Llevado ante Francisco Pizarro, éste lo interrogó pero el capitán le respondió que no había enviado ninguna embajada a levantar a los incas. Pizarro no le creyó al capitán y montando en cólera ordenó que Chalacuchima fuese quemado en la hoguera. Pero Hernando Pizarro, uno de los hermanos del Gobernador, se opuso a tan injusto castigo impidiendo que éste se consumara, al tiempo que le reprochó a su hermano mayor su oculta afición por la mujer de Atahualpa.

En aquellos días Diego de Almagro le pidió a Hernando Pizarro que viajara a España a pedirle al Emperador que lo nombrara su Gobernador y Adelantado de las tierras situadas al sur de las que gobernaba Francisco Pizarro. Con Hernando Pizarro le enviaron al Emperador el quinto real del tesoro de Atahualpa y la banqueta de oro en la cual el Inca se sentaba.

Ante los inquietantes rumores que seguían haciendo circular los yanacunas, comandados por el siniestro Felipillo, Francisco Pizarro mandó redoblar la guardia que custodiaba a Atahualpa. De nada sirvió que el Inca le dijese a los españoles que nada temieran, que

la paz y la guerra en su persona estaba y que él mandaba a los suyos servirles con amor.

Por su parte, Felipillo les aseguraba a los españoles que si mataban a Atahualpa cesarían al instante los movimientos de guerreros en armas.

Llegó el día en que la pequeña Nayra fue capaz de recordar sus sueños y entender el sentido profético que ellos tenían. De ese modo, aunque sin proponérselo, comenzó a hacer sus primeras predicciones. En atención a que la mayoría de los adultos a los cuales le reveló sus primeros sueños no hizo caso a sus palabras, la niña aprendió a callarse y sólo nos contaba sus premoniciones a Pachi, su madre, y a mí.

En cierta ocasión Nayra soñó que la tierra temblaba y muchas construcciones de la ciudad caían mientras las laderas de los cerros eran arrasadas por las rocas que se desprendían desde lo alto de la montaña. Unos días después, Nayra nos contó que todos los ratones se habían ido de la casa; que los pajaritos volaban intranquilos entre los árboles; que las flores se movían agitadas por una inexistente brisa; que las llamas se encontraban muy inquietas dentro de su corral, y que sus perros Lluspi y Lluspa le decían que tenían mucho miedo porque se iba a producir un gran temblor. Aquella misma tarde, mientras en el cielo estallaban fuertes relámpagos sin que en el cielo hubiese ninguna nube de tormenta, Pachi hizo salir de la casa a todos sus habitantes y yo le ordené a los sirvientes sacar a las llamas que estaban en el corral. Poco después, cuando ya había anochecido, se escucharon sordos ruidos subterráneos y la tierra comenzó a moverse de una forma terrible nunca antes vista por nosotras. Muchas casas del Cuzco sufrieron serios daños, lo mismo que nuestra vivienda. Los muros de piedra

del corral se derrumbaron y las llamas habrían muerto si no se les hubiese permitido salir antes del terremoto.

El día en que Nayra cumplió cinco años de edad, su padre amaneció de mal humor y con el ánimo decaído porque llevaba varias noches sin dormir. El Sacerdote Anca Capac estaba preocupado por los incomprensibles e inéditos acontecimientos que estaban ocurriendo en el Perú. Aquella noche la pequeña Nayra había soñado en detalle con la trágica muerte de su tío el Inca Huascar, y la de todos sus descendientes directos, a manos de los guerreros de Atahualpa. Sollozando se lo contó a su padre pero éste no le creyó. A su madre a mí, aquella premonición de Nayra nos llenó de espanto y tristeza. Cuando unos días más tarde las noticias traídas por los *chasquis*, mensajeros, confirmaron el terrible sueño de la niña, el Sacerdote Anca se abrazó a su hija, rogándole que le perdonara su incredulidad. Por eso, al conocer meses después de labios de su hija, el vaticinio del asesinato de su medio hermano el Inca Atahualpa, Anca reaccionó sumiéndose en un hermético silencio. El sacerdote se sentía más emparentado con el extinto Huascar, por ser éste hijo de la unión de Manco Capac con su hermana, que con Atahualpa, hijo éste de una concubina. Aunque el Sacerdote Anca consideraba a Atahualpa usurpador, advenedizo y traidor, se daba perfecta cuenta de que su muerte a manos de los españoles, en aquellas circunstancias, nada bueno anticipaba para el señorío de los Incas

Mientras tanto, siguiendo con su diabólico plan, Felipillo no cesaba en su tarea de difundir falsos rumores en contra de Atahualpa. Por su parte, los conquistadores estaban divididos, mientras unos se inclinaban por matar al Inca de inmediato, otros eran partidarios de enviarlo a España ante el Rey. Cuando el traidor Felipillo difundió la noticia de que los guerreros incas ya se

encontraban a cuatro leguas de Cajamarca, todos los españoles comenzaron a expresar sus ideas en voz alta. Atahualpa sabía que todo aquello era falso, pero sus explicaciones eran tergiversadas por Felipillo. Entonces el Gobernador Francisco Pizarro decidió que había madurado la ocasión de dar muerte al Inca.

Como primera medida mandó encerrar en prisión al Capitán Chalacuchima y luego hizo salir de Cajamarca a los principales oficiales que no estaban de acuerdo con aquella medida, enviando a Hernando de Soto, Lope de Velez y a los demás a investigar si era verdad que los guerreros incas se acercaban. A continuación Felipillo organizó un gran alboroto con los yanacunas, quienes decían a voces que los guerreros incas se acercaban al pueblo de Cajamarca por todas las entradas del valle. Con el pretexto de estos dichos, Francisco Pizarro le hizo un Consejo de Guerra a Atahualpa. Los principales testigos fueron los yanacunas y en el juicio Felipillo actuó como intérprete. Como estaba decidido de antemano, la condena fue unánime: pena de muerte en la hoguera. Pizarro le notificó la sentencia a Atahualpa y éste le dijo:

—«Maravillado estoy de tí, Capitán, que habiéndome prometido por tu fe que dándote yo el rescate prometido no solamente me quitarías las cadenas y me restituirías la libertad, sino también te irías de mi país. Después de obtenido el rescate, en cambio de la libertad me has sentenciado a muerte. Felipillo te ha dicho que yo estoy tramando de matar a todos vosotros barbudos: no ha dicho la verdad, porque yo nunca me imaginé tal cosa, así es que te ruego consientas en darme la vida, porque nunca he pensado, ni realizado cosa en contra tuya que merezca la muerte, y si no te fías de mí, mándame a España donde el Emperador; llevaré de presente mucha cantidad de oro y de plata y, si me matas, te hago saber que mis vasallos harán otro rey y matarán a todos ustedes barbudos; en cambio, teniéndome vivo, tendré el país en paz y no habrá alguno que osará moverse». (1)

—Ya no se puede revocar la sentencia —le respondió Pizarro.

En los corrales de la casa de Anca Capac había animales de diferentes especies. Al cumplir Nayra seis años de edad, entre los regalos que le hicieron aquel día figuraba una pareja de *cuyes*, coballos, a los que ella nombró de Chami y Chala; una pareja de llamas a las que Nayra les dio los nombres de Chango y Chasca, y una joven y altiva alpaca, a la que llamó Chura. A partir de aquel día, Nayra dedicaba gran parte de sus ratos libres a jugar con sus animalitos, con los cuales mantenía una afectuosa relación.

Cierto día, Chami le dijo a Nayra: “A nosotros nos sacrifican”. “¿Qué significa eso?”, quiso saber Nayra. “Pregúntale a tu padre”, le respondió el cuy. Aquella misma tarde, la niña le preguntó al sacerdote Anca, su padre, en qué consistía el sacrificio de los cuyes. “En ciertas ceremonias se matan algunos animales, le respondió su padre, para conocer el futuro y muchas otras cosas.” A Nayra no le gustó la respuesta de su progenitor, pero nada dijo.

A fines del mes de julio, al anochecer, la partida de soldados que iba a ajusticiar a Atahualpa, llegó a la casa donde el Inca estaba recluso. Al son de trompetas lo sacaron de la prisión y lo llevaron a la plaza donde lo iban a quemar vivo. Con la patrulla marchaba fray Vicente de Valverde, un cura misionero enviado a América por el Rey de España para el adoctrinamiento de los indígenas. Por el camino, el Inca les fue reprochando:

—¿Por qué me matan a mí? ¿Qué he hecho yo, mis hijos y mis mujeres? A mí, ¿por qué me matan?

Por intermedio de Felipillo, Fray Vicente le dijo que Dios había querido que fuese muerto por los pecados que había cometido en el mundo, que debía arrepentirse de ellos y que Dios le perdonaría si así lo hacía y que si se bautizaba al punto, en tal caso no sería quemado vivo. Motivado por esta última razón, Atahualpa le preguntó: “¿Dices que si me bautizo no seré quemado?” “Si te bautizas, no morirás en la hoguera”, le respondió el cura.

Dado que los incas creían que si su cuerpo era quemado su alma vagaría para siempre sin consuelo, Atahualpa dejó de lamentarse y pidió ser bautizado. El cura lo bautizó de inmediato, dándole el nombre cristiano de Juan. En el centro de la plaza ataron al Inca a un palo que allí había. Cuando Atahualpa vio que iban a matarlo, sabiendo que a su mujer, Francisco Pizarro la quería hacer su manceba, le dijo a Felipillo: “Tú sabes que a mí no me has engañado con tus intrigas, pero por esta vez te pido que le digas fielmente al cura lo último que pido: Que encomiendo al Gobernador mis hijos pequeños, que él los tome consigo para que ellos estén siempre junto a su madre.”

Los soldados comenzaron a rezar por el alma de Atahualpa y fray Vicente ordenó que se le ahogara con un cordel que le pusieron alrededor del cuello y luego, una vez muerto, para cumplir la sentencia de Pizarro le arrimaron fuego, quemándole parte de la ropa, de los cabellos y de la cara. El cuerpo de Atahualpa estuvo expuesto toda la noche en la plaza de Cajamarca y al día siguiente el Gobernador ordenó efectuar un entierro solemne al cual asistieron todos. Las mujeres del Inca acogieron su muerte con grandes muestras de dolor y quisieron matarse para que las enterraran junto a él, lo que los españoles no les permitieron. Pero no pudieron evitar que algunas de ellas se ahorcaran con sus propias trenzas, usadas como cordeles.

Cierta mañana en que Nayra y yo nos encontrábamos admirando las flores en uno de los jardines interiores de su casa, en el cielo apareció un cóndor perseguido por una bandada de *huamanes* (halcones) y *peucos* (cernícalos) que lo atacaban sin darle tregua. Tras eludir a sus encarnizados perseguidores, el joven y maltrecho cóndor se posó sobre uno de los muros del jardín. Se trataba de un ave enorme y Nayra, aunque admirada de su gran tamaño, lo miraba sin temor. “Ayúdame, le dijo mentalmente el cóndor, que me encuentro herido.” De la misma forma, sin pronunciar palabra, Nayra le respondió que así lo haría. A continuación, la niña me contó lo que el cóndor le había pedido.

El ave había sido herida por sus violentos y numerosos atacantes y a duras penas lograba disimular el dolor que le provocaban los desgarros que tenía en el cuerpo, causados por los picotazos de los cernícalos y aguiluchos, sus eternos enemigos. Haciendo un penoso esfuerzo, el cóndor bajó del muro y se instaló en un rincón del patio, debajo de un árbol que le protegía de las miradas de los pájaros que volaban en el cielo. En aquel sitio estuvo durante las dos semanas que duró su convalecencia, recibiendo comida de manos de un criado al que yo le dí las instrucciones destinadas a cumplir la promesa de Nayra. El sacerdote Anca Capac se enteró de que un cóndor había hablado con su hija pidiéndole ayuda, pero nada dijo debido a que interpretó como un buen signo el hecho de que un cóndor, ave que era un símbolo del poderío de los incas, se hubiera acercado a Nayra en busca de auxilio.

Nayra le puso el nombre Pilacunca a su nuevo amigo:. Durante las dos semanas que el ave estuvo refugiada en el jardín de Nayra, le relató a la niña algunos hechos sabidos por los cóndores. Le contó que en tiempos pasados hubo gigantes en las costas del Perú y de que los alcatraces, que viajaban hasta unas grandes islas que había

al otro lado del mar océano, decían que aquellos gigantes procedían de esas lejanas islas. El cóndor le explicó que los gigantes no tuvieron hijos porque llegaron sin sus mujeres. También le contó que en cierto valle, junto a la costa del Perú, hubo enanos y de que éstos se elevaban en el aire en canastos que colgaban de globos hinchados con fuego, según relataban sus abuelos. Una vez repuesto de sus heridas y antes de marcharse, Pilacunca le dijo que tenían la misma edad, aunque él había nacido dos días después que ella, y además le confió a Nayra un secreto que ella no olvidaría, pero cuyo significado en aquel momento no entendió. El cóndor le dijo: “Si te enamoras, Nayra, dejarás de entender lo que decimos los animales.” A partir de aquel día, Pilacunca pasaba a saludar a Nayra en sus frecuentes viajes entre las cumbres de los Andes y el mar.

Una vez muerto el Inca Atahualpa, a Francisco Pizarro le llevaron la noticia de que el Capitán Orominavi se había alzado con sus guerreros, llevándose sesenta mil cargas de oro del tesoro de Atahualpa a Quito y a otros lugares, para esconderlas. Pizarro le ordenó al Capitán Benalcázar que ubicara a Orominavi y lo despojara del tesoro. En tanto llegó a Quito, Benalcázar arrestó a todos los indígenas principales y procedió a interrogarlos: Al *Curaca*, subalterno del gobernador, le preguntó: “¿Le quedaba más oro a Atahualpa o le dió al Gobernador Pizarro todo el que poseía?”

El Curaca ordenó que le trajeran un almud lleno de granos de maíz y lo volcó en el suelo. Del montón tomó un grano y mostrándoselo, le respondió: “Este grano es lo que os ha dado Atahualpa de sus tesoros.” Y señalando el montón de granos en el suelo, agregó: “Y lo que le restaba es esto otro.” El Capitán Benalcázar se puso a

temblar a causa de la emoción y a punto de quebrarse su voz, le preguntó: “¿Sabéis dónde escondió ese oro Orominavi?”

El Curaca y los demás jearcas le respondieron que no lo sabían. Pensando que le estaban mintiendo, Benalcázar ordenó torturarlos hasta que les dieran a conocer el lugar donde estaba aquel tesoro. Fue un fracaso. Todos aquellos principales murieron negando conocer el sitio donde Orominavi había escondido el tesoro. A partir de aquel día recorrieron toda la comarca de Quito atormentando a los indígenas, pero ni quemándolos en la hoguera pudieron conseguir su propósito. No obstante, a partir de entonces los españoles nunca dejaron de buscar el desaparecido tesoro de Atahualpa.

Nayra había cumplido seis años de edad sintiendo en torno suyo la consternación de sus parientes. Los acontecimientos que por aquellos días estaban ocurriendo en el Perú, mantenían a los incas en permanente vigilia. La presencia de los incomprensibles y crueles barbudos venidos de otras tierras, que tomaban todo lo querían sin siquiera pedírselo a sus dueños, había trastornado la vida del pueblo inca. Y la casa de Nayra no era una excepción. Distraída por el ambiente zozobra que se vivía a su alrededor, Nayra no había reparado en el estado de Lluspa, su perrita de la Luna. El animalito tenía la barriga hinchada y caminaba cautelosa, sin dar los acostumbrados saltos de alegría que acostumbraba al ver a su dueña. Por tales motivos, la llegada de cinco hermosos cachorros tomó a la niña completamente de sorpresa.

Los descendientes de Lluspi y Lluspa, eran idénticos, con la sola excepción de la única hembra que, además de ser notoriamente más pequeña que sus hermanos, tenía una graciosa mancha negra sobre el lado derecho de su cabeza. Nayra le puso Chira. Los

cachorros debieron esperar unos meses por sus nombres, pues era imposible saber quién era quién, al sólo mirarlos.

No obstante el ambiente de inquietud que existía entre los nobles incas, la enseñanza de la pequeña Nayra no había sido descuidada. La niña era adiestrada en los quehaceres femeninos y las normas sociales que iban a regir su vida adulta. Desde muy pequeña había aprendido a cultivar las plantas y flores que había en su jardín e imitando lo que hacían las mujeres de la casa había aprendido a hilar lana y a tejerla. Sus pequeñas manos eran muy hábiles y todo lo hacía bien y con gracia.

Los padres de Nayra sólo le permitieron conservar dos de los cachorros de Lluspa, y ella eligió a sus favoritos: Chira y Killu, llamado así pues tenía la nariz roja, siempre encendida, y sólo en este punto se diferenciaba de sus hermanos. Los tres cachorros restantes se fueron a las casas de otros parientes, los que tuvieron que jurar y prometer a la triste Nayra que los iban a tratar con gran cariño. La mayor parte de los que presenciaron la triste escena de la despedida no se percataron de que los aullidos de los animalitos eran auténtico llanto de dolor ante la separación de su ama, con la cual se podían entender sin necesidad de ladrar.

Sin que nadie se lo enseñara, Nayra había aprendido a tocar una ocarina de barro cocido que había en su casa. En aquel sencillo instrumento, Nayra reproducía las canciones que escuchaba y las inventadas por ella misma. A la niña también le gustaba bailar, y para eso tenía ritmo y mucha gracia.

Cuando Francisco Pizarro iba camino al Cuzco, se le presentó Chilche, el Curaca de Yula, diciéndole: “Yo vengo a servirles y no negaré a los *viracochas* (españoles) hasta que muera.” Y así lo

hizo, porque era parte de la cultura de los indígenas aquella forma de entender la sumisión pacífica a los vencedores. Además, los indígenas rendidos y apresados en la guerra se consideraban obligados a servir de por vida a su captor. Yendo en contra de los suyos y de su propia familia si era necesario. De esta forma los españoles se hicieron de fieles servidores que no sólo combatieron a su lado sino que les sirvieron de espías y de atalayas. Cuando los españoles hacían batidas por los campos tomaban prisioneros y al regreso el Capitán los repartía entre sus hombres, pero los indígenas no querían ir sino con el que les había apresado, diciendo: “Éste me prendió, a éste tengo la obligación de servir hasta la muerte.”

Poco antes llegar al Cuzco, a la columna de soldados se acercó un indígena vestido con una manta amarilla, acompañado de tres nobles incas con orejeras de oro. Al verlos, Chilche le dijo a Pizarro: “Este es Manco Capac, hijo del Inca Huayna Capac, que anda huyendo de los capitanes de Atahualpa que lo quieren matar.” Francisco Pizarro saludó a los recién llegados y les permitió marchar en su compañía.

Manco Capac, por ser uno de los hijos del Inca Huayna Capac, hermano de Huascar y Atahualpa, era uno de los legítimos aspirantes al trono que había quedado vacante. Dada esta circunstancia, Pizarro, que necesitaba mantener bajo control a los millones de indígenas que vivían en el extenso territorio del Perú, reconoció como Inca a Manco Capac y éste asumió el gobierno del Reino, aunque sin el apoyo de todos sus súbditos. Pensando, al igual que Atahualpa, que una vez saciada su sed de oro los españoles abandonarían el Perú, Manco Inca fue un leal aliado de los conquistadores. Sin embargo, lo que ocurría indicaba que las esperanzas del Inca se iban a ver frustradas.

Nayra tenía ocho años de edad cuando murió Lluspi, su perrito de la Luna. El animalito aún no era tan viejo para morir de muerte natural, pero un día amaneció enfermo y tres días después murió. Fue el primer contacto de Nayra con la muerte de uno de sus animales y la experiencia la dejó dolida y llena de preguntas que nadie le pudo responder en forma adecuada. El único consuelo se lo proporcionaron Chira y Killu, los hijos del perro fallecido y de Lluspa, su compañera. De suerte que Nayra pensó que la muerte tenía consuelo si se dejaba descendencia.

Las ayas de Nayra seguían enseñándole los mitos y las leyendas de los incas que se transmitían de boca en boca, además de los secretos de las plantas medicinales y los guisos tradicionales, cosas que la niña aprendía encantada porque todas aquellas cosas le fascinaban.

Un día al amanecer, sin anunciarme llegué al Cuzco. Había hecho el viaje de incógnito tomando toda clase de precauciones para no ser reconocido. Me acompañaban el *Camayoc* (Capataz) del valle del Rimac y algunos guerreros de mi absoluta confianza, quienes llevaban sus armas ocultas. Una vez dentro del palacio de Manco Capac, que era vigilado día y noche por los viracochas, el jefe de la guardia personal del Inca, me dijo: “Bienvenido honorable Curaca de Jauja. ¿Se puede saber a qué has venido?” “Deseo ver personalmente al Inca, nuestro Señor, le respondí. Le traigo una grave noticia.”

De inmediato fuimos conducidos a la presencia de Manco Inca. Antes de entrar a la amplia y sobria sala donde el nuestro Señor se encontraba, para mostrarle nuestro respeto y subordinación, nos descalzamos y nos echamos a las espaldas los bolsos que habíamos

traído. Luego, siguiendo al jefe de la guardia imperial, entramos en la habitación. Tras un biombo semitransparente, Manco Capac estaba sentado en un taburete de oro. Vestido con finas y bellas prendas ricamente tejidas, que usaba sólo una vez, el Inca lucía el *llautu* (banda de lana trenzada, sobre la frente, del cual colgaban unos tubos de oro con la *mascapaycha*, borlas de fina lana roja, que eran la insignia de su rango). Un par de grandes orejeras de oro, finamente repujadas, completaban su atuendo. Algunos parientes del Inca estaban sentados en el suelo, para que sus cabezas quedaran por debajo de la de nuestro Señor, y detrás de la pantalla un grupo de mujeres, prontas a ponerle en sus manos todo aquello que él necesitara, rodeaba al Inca.

Caminando inclinados y haciendo reverencias a modo de saludo, como era la costumbre de los nobles del Imperio al acercarse al Inca, el Camayoc y yo nos fuimos a sentar en el suelo, sobre unas esteras, en el lugar que el jefe de la guardia nos indicó. Sin pronunciar palabra, Manco Inca hizo un gesto y las mujeres salieron y regresaron con sendos vasos de oro llenos de chicha de maíz para nosotros, la que nos apresuramos a beber. Con esa bebida el Inca acostumbraba a dar la bienvenida a los súbditos que le visitaban. Luego el soberano le hizo un gesto a su pariente principal, el que se le acercó prestamente y agachado, para no sobrepasar la altura del Inca en su asiento. Manco Inca pronunció unas palabras en voz baja y el pariente me dijo: “Nuestro emperador te pide que le digas a qué has venido.”

—Manco Inca Capac, Hijo del Sol, he venido a informaros de una noticia que considero muy grave porque presagia que los males que nos afectan se prologarán sin fin. El Camayoc del valle del Rimac, que me acompaña, me ha informado que los viracochas han comenzado a construir una ciudad.

A continuación, el Inca le volvió a hablar en voz baja a su pariente y éste me dijo: “Nuestro Señor te agradece que hayas venido en secreto a darle personalmente esta importante noticia y les pide que

descansen, que tomen alimentos y que luego se reúnan conmigo para darme a conocer los detalles de lo que están haciendo los viracochas.”

La entrevista había terminado. El Camayoc y yo nos levantamos, cargamos nuestros bultos y retrocediendo agachados, para no darle la espalda al Inca, salimos de la sala seguidos por el jefe de la guardia imperial. A través del patio interior del palacio, fuimos conducidos a una habitación donde nos sirvieron alimentos y pudimos descansar. Después del mediodía, un sirviente nos condujo ante la presencia del pariente del Inca, al cual el Camayoc del valle del Rimac le entregó un completo informe acerca de la ciudad que estaban construyendo los viracochas en la margen sur del río Rimac, a dos leguas de su desembocadura en el mar.

Durante los meses siguientes, procedentes de todos los rincones del Imperio siguieron llegando las quejas de las autoridades indígenas locales, denunciando ante el Inca el comportamiento abusivo de los viracochas. Los españoles, cuyo número no cesaba de aumentar, robaban el oro, los alimentos y las ropas de los indígenas, y forzaban a las mujeres. Pero el descontento de los incas llegó a su punto máximo cuando los conquistadores comenzaron a quitarle las tierras a los *ayllus*, comunidades indígenas, para repartírselas entre ellos, conjuntamente con sus habitantes para que éstos las trabajasen en su provecho. Todo esto justificado con el pretexto de adoctrinarlos en la fe católica. Llegó un momento en que a Manco Inca no le quedó otra salida que levantarse en armas con la intención de expulsar del Imperio a los invasores. En respaldo a esta decisión, Manco recibió el reconocimiento de su hermano Tito Atauchi y del Maestro de Campo Quizquiz, quienes en un comienzo no le aceptaban como Inca por haber sido designado por los españoles,

A los nueve años de edad, Nayra participó como *ñusta* (doncellas escogidas por su hermosura) en la ceremonia anual de iniciación de los jóvenes incas. Mientras a los muchachos que se estaban iniciando les rapaban la cabeza en la plaza. A las ñustas sus madres y sirvientas las vestimos con los trajes tradicionales para tan solemne ocasión. Primeramente, a Nayra le envolvimos su grácil cuerpo con la *acsu* (tela rectangular) que sujetamos sobre sus hombros con *tupus* (prendedores) y se la ceñimos a la cintura con una faja tejida con lanas de bellos colores. Sobre sus hombros, afianzada con un prendedor de metal, les pusimos una *lliclla* (manteleta) y les adornamos el cuello con un collar de conchas y huesos tallados y pulidos.

Una vez que Nayra y todas las demás ñustas estuvieron vestidas de fiesta, salieron a la plaza para atender a los jóvenes que se estaban iniciando. Las doncellas iban con hermosos cantaritos de greda, bellamente decorados, llenos de chicha. A continuación los muchachos, sus padres, sus parientes y las ñustas, se dirigieron a los Templos del Sol y del Trueno para sacar las *Huacas* (objetos sagrados) y las momias de los antepasados a la plaza y compartir con ellas la fiesta. Las tradicionales ceremonias de aquella impresionante festividad, que se sucedieron durante varios días, fueron una experiencia inolvidable para Nayra.

Los nobles llegaron al Cuzco en el mes de mayo para celebrar el rito de la *Mamasara*, Cosecha de la Chacra Sagrada, y entonces Manco Inca se reunió con los de su mayor confianza para darles a conocer su plan destinado a dividir las fuerzas de los españoles, para luego matarlos o expulsarlos del Imperio. Al término de

aquella reunión, los nobles se retiraron dispuestos a efectuar en secreto los preparativos de la rebelión.

Las fuertes discrepancias surgidas entre Francisco Pizarro y Diego de Almagro respecto de quién de los dos se quedaría con la ciudad del Cuzco, llegaron a oídos de Manco Capac. En conocimiento de que a Almagro el Rey de España le había asignado la gobernación de los territorios australes del Imperio, secretamente el Inca le hizo llegar valiosas muestras de oro fino, haciéndole saber de que aquel oro procedía de Chile donde había mayores riquezas que en el Perú. Astutamente, los mensajeros secretos del Inca incentivaron la codicia de Almagro con el relato de que en aquel lejano territorio había fabulosos yacimientos de ese metal precioso y de que en Chile todas las casas estaban revestidas con planchas de oro y de plata, tal como habían estado los principales edificios del Cuzco hasta la llegada de los españoles.

Enormemente entusiasmado por los confidentiales y fabulosos relatos de los indígenas, Almagro comenzó a organizar una gran expedición para ir a conquistar aquellas imaginarias riquezas, preparativos en los que el conquistador invirtió gran parte del tesoro de Atahualpa, seis toneladas de oro y doce de plata, que le había correspondido. Al reclutar soldados les prestaba dinero para que se compraran caballos, armaduras y armas. La idea era que los pagarés que firmaban los expedicionarios serían cancelados con las riquezas que esperaban encontrar en Chile.

Con el propósito de asegurarse la lealtad de los indígenas acompañantes y la de los habitantes de los territorios del Imperio Inca que debían atravesar en su marcha hacia el sur, el conquistador decidió llevar consigo, en calidad de rehenes, algunos familiares de Manco Capac. Ocultando estos motivos, Almagro fue a entrevistarse con el Inca, en compañía del Capitán Alonso de Alvarado. El soberano les recibió sentado en su taburete de oro y, dada la alta condición de Almagro entre los españoles, el biombo que el Inca acostumbraba a usar para recibir a los nobles y

dignatarios de su reino, no se interponía entre ellos. Sentados en las esteras colocadas en el suelo se encontraban los más destacados miembros de la *panaca* real, grupo formado por sus familiares, y a las espaldas del Inca, formando un semicírculo, estaban sus mujeres. En tanto Almagro y su acompañante se hubieron sentado, Manco hizo un gesto y el grupo de mujeres se puso en movimiento. Con presteza y finos modales trajeron chicha en vasos de oro para Almagro y el capitán Alvarado. Después de beber chicha, como lo exigía la etiqueta, Almagro habló: “Muy amado hijo y hermano mío: he venido a pedirte vuestro parecer y consejo, pues tengo el firme propósito de ir a Chile a conquistar aquellos territorios, bajo licencia y poder del Rey de España, mi Señor.” El Inca asintió en silencio, con solemnidad, y Almagro prosiguió: “Para que las gentes que pueblan las dichas regiones y las comarcas que deberé atravesar sepan que voy de paz y con tu consentimiento, deseo llevar conmigo a tu hermano Paullo Tupac, que es joven y de buen entendimiento.” En su fuero interno, el Inca se alegró. El hecho de que el propio Almagro le viniese a pedir que su hermano Paullo fuera en su comitiva, facilitaba el cumplimiento del plan que había urdido. Sin mostrar sus sentimientos, como correspondía a las circunstancias y a su rango, respondió: “Mi bienamado hermano Paullo, hijo de Huayna Capac, mi padre, tendrá en mucho honor el poder viajar contigo. Con él también irá el *Huillca Huma* (Sacerdote Supremo) pariente mío y responsable de la *Huaca* del Príncipe y de las *mamaconas* (vírgenes del Sol) y las *acllas* (muchachas elegidas) que irán a su cuidado.” Almagro escuchó con satisfacción las palabras del Inca, porque ellas le evitaban tener que pedirle que otros parientes suyos le acompañaran dado que, a pocos días de iniciar el viaje a Chile, su prudente juicio le aconsejaba no ofender al soberano del Perú. El conquistador sentía un sincero afecto por Manco Inca y éste, que siempre había sido tratado con gran consideración por Almagro, correspondía con sinceridad a aquel sentimiento. Pero a ellos les separaban sus responsabilidades y sus secretas ambiciones personales Finalmente, Diego de Almagro, dirigiéndose al Inca, le expresó: “Te agradezco Manco, hijo mío, el favor que me haces al

facilitarme el camino hacia las lejanas regiones del sur.” Aquella entrevista, a la que se puso término con las ceremonias protocolares habituales, dejó satisfechos a ambos.

Unos días más adelante, ante el Inca Manco comparecieron en privado Paullo Tupac, su hermano, y su tío el Sacerdote Anca Capac, recién ascendido a *Huillca Huma*, Sumo Sacerdote del Rito del Sol, llamado Villahoma por los españoles. Cuando sus parientes estuvieron sentados en las esteras frente a él, Manco les dijo: “Os he mandado llamar para confiaros una misión secreta. De ella dependerá grandemente el éxito de lo que estoy preparando.”

—Tú eres mi Señor —le respondió el Huillca Huma—, manda, que yo te obedezco.

—Hermano bienamado —agregó el Príncipe Paullo—, el Huillca Huma, hermano de nuestro padre, muy bien ha expresado lo que yo, gustosamente, también haré.

—Los muchos males traídos a nos por los viracochas, deben ser erradicados de mi Imperio. Por eso es menester que vosotros vayáis con Almagro llevando el cargo mío de levantar la tierra para los matar.

Terminadas las fiestas de iniciación de los jóvenes incas, el cóndor Pilacunca llegó a visitar a Nayra. La niña reparó de inmediato en el blanco collar de plumas que le adornaba el cuello a la magnífica ave. “El año pasado cumplí ocho años, le dijo Pilacunca, y este collar fue el regalo que me hizo *Pachacámac* (el dios Creador y sustentador del mundo)”

Varios meses más adelante, luego de haber cumplido nueve años de edad, a causa de su gran belleza, Nayra fue elegida aclla. En la casa de las mamaconas, vírgenes del Sol, del Cuzco, a la cual se

trasladó a vivir como interna, junto al centenar de muchachas elegidas en aquella oportunidad, comenzó a recibir una educación especial, de modo que en su destino sólo se vislumbraban dos cosas: llegar a ser la esposa o la concubina de un noble o una virgen del Sol dedicada de por vida al servicio del Culto. Las materias que las mamaconas les enseñaban a las jóvenes acllas eran hilar y tejer la lana fina con la cual se hacían las prendas de vestir que los sacerdotes usaban en los ritos religiosos; preparar los platos de comida tradicional de los incas y la chicha para las ceremonias religiosas; conocer los secretos y usos de las yerbas medicinales; aprender el desarrollo de las distintas ceremonias del culto del Sol; dirigir el manejo de los rebaños de los templos, y atender el cuidado de los edificios. De inmediato Nayra se destacó de sus condiscípulas por su belleza, su simpatía, sus conocimientos y por la facilidad con la cual aprendía las cosas nuevas.

Diego de Almagro y Francisco Pizarro intentaron reconciliarse. celebrando una misa solemne en la cual ambos se juraron recíproca amistad y se comprometieron a conservarla libre de quebrantos derivados de codicias o ambiciones. Un notario levantó un acta y ellos la firmaron, dando por superadas sus diferencias. En la realidad sólo estaban postergando un litigio que tendría gravísimas consecuencias. Al comienzo del mes de julio, Almagro inició su viaje a Chile. Francisco Pizarro y sus hermanos, como una forma de mostrarle su amistad, lo acompañaron durante un trecho del camino.

Diego de Almagro envió a la vanguardia un contingente de soldados comandado por el Capitán Alonso de Alvarado. Muchos soldados españoles iban acompañados de hermosas jóvenes indígenas, que llevaban como mancebas, yanaconas y negros de servicio y numerosos portadores incas, tomados por la fuerza.

Durante un buen trecho del trayecto los lugareños salían al camino para conocerlos, proveerlos de alimentos y hacerles valiosos regalos. Tal actitud de los indígenas entusiasmó a dos grupos de españoles, uno de tres soldados y el otro de cinco, los que se adelantaron por su cuenta al grueso de la expedición con la finalidad de recolectar las riquezas que se pusieran al alcance de sus codiciosas manos.

Luego de atravesar las tierras de los canches, los canas y los collas, llegaron a la provincia de Paria, donde la tropa de Almagro la componían ciento noventa y tres soldados españoles, de a caballo y de a pie, asistidos por yanaconas chachapoyas, cañaris, caras y negros etíopes, que iban a cargo de los portadores que transportaban los bultos con alimentos, enseres y pertrechos.

Los portadores eran todos incas que iban forzados en contra de su voluntad, encadenados unos a otros. Los yanaconas y los negros los obligaban a caminar a latigazos y no les creían si se quejaban de que estaban enfermos. Al final de las jornadas, sin hacer caso del enorme cansancio que tenían, los obligaban a ir en busca de agua, de leña y de pasto para las cabalgaduras. Durante la noche eran obligados a dormir en el suelo, agrupados y sin moverse, ni aún para hacer sus necesidades, hasta que despuntaba el nuevo día.

En tanto supe que iría a Chile formando parte de la comitiva del Príncipe Paullo, me despedí de mi madre, y a pesar de tener la certeza, por haberlo soñado, no fui capaz de decirle que no nos volveríamos a ver nunca más. Por eso ella creyó que aquellas lágrimas mías eran las normales que se derraman en todas las despedidas. Mi padre, que había sido ascendido a Huillca Huma se despidió de mi madre sin perder su aplomo habitual, asegurándole en secreto que pronto se volverían a ver, promesa que ella entendió

también referida a mi persona. A mí se me permitió llevar a Chira y Killu, ambos descendientes de Lluspi y Lluspa, mi desaparecidos perritos de la Luna.

El séquito del Príncipe Paullo estaba integrado por varias mujeres para su servicio personal; el Huillca Huma, y un grupo de mamaconas y acllas que iban al cuidado de la Huaca de Paullo. Esta Huaca era un trozo de cristal de roca de bella forma que descomponía los rayos del Sol en todos los colores del arcoiris. Se transportaba envuelto cuidadosamente en paños de lana finamente tejida, dentro de un cofre de cuero crudo de llama bellamente decorado.

Formando parte de la comitiva del Príncipe Paullo marchaba una guardia seleccionada de guerreros comandados por los capitanes Huaman y Kari, a quienes el Inca Manco les había entregado la misión de proteger la vida de su hermano.

A medida que avanzaban hacia el sur Villahoma le iba enviando mensajes secretos a los curacas de las regiones del *Coyasuyo*, el sureste del Imperio. En nombre del Inca les pedía que estorbaran el paso de los viracochas, que se negaran a entregarles alimentos y que, en la medida de lo posible, les hicieran la guerra. En vista de la abusiva conducta observada por los españoles barbudos que iban a la vanguardia, los habitantes de los valles del Coyasuyo se mostraban gustosos de hacer lo que el Inca les solicitaba.

En el mes de septiembre, durante la Fiesta de la Reina, ocasión en que se purificaba la ciudad del Cuzco, Manco Inca reunió a los nobles de su confianza, y les dijo: *“Os he enviado a llamar para deciros: Acordaos que los Incas pasados, mis padres, que descansan en el cielo junto al Sol, mandaron desde Quito hasta*

Chile haciendo a sus vasallos tales obras que parecía eran hijos salidos de sus entrañas: no robaban, ni mataban, sino cuando convenía a la justicia, tenían en las provincias el orden y la razón que vosotros sabéis. Los ricos no cogían soberbia, los pobres no sentían necesidad, gozaban de tranquilidad y paz perpetua. Nuestros pecados no merecieron estos barbudos que predicán uno y hacen otro, todas las amonestaciones que nos hacen lo obran ellos al revés. No tienen temor de Dios ni vergüenza, trátannos como a perros. Su codicia ha sido tanta que no han dejado templo ni palacio que no han robado, mas no les hartaran aunque todas las nieves se vuelvan oro y plata. Las hijas de mi padre, con otras señoras, hermanas vuestras y parientas, tiénenlas por mancebas; y hánse en esto bestialmente. Quieren repartir, como ya han comenzado, todas las provincias, dando unaa a cada uno de ellos para que siendo señor la puedan robar. Pretenden ternos tan sojuzgados y avasallados que no tengamos más ocupación que buscarles metales, proveerlos con nuestras mujeres y ganado. Se han allegado a sí los anaconas y muchos mitimaes: estos traidores antes no vestían ropa fina ni se ponían llauto rico, como se juntaron con éstos, trátense como incas y hablan sueltamente, porque aprenden de los ladrones con quienes andan. Os pregunto: dónde los conocimos a estos viracochas, qué les debemos, o a cuál de ellos injuriamos para que con estos caballos y armas de hierro nos hayan hecho tanta guerra. Atahualpa mataron sin razón, hicieron lo mismo con su Capitán General Chalacuchima; Ruminabi, Zopezopagua, también los han muerto en Quito en fuego porque las ánimas se quemén con los cuerpos y no puedan ir a gozar del cielo: paréceme que no será cosa justa y honesta que tal consistamos, sino que procuremos con toda determinación de morir sin quedar ninguno, o matar a estos enemigos nuestros tan crueles. De los que fueron con el otro tirano de Almagro no hagáis caso, porque Paullo y el Huilca Huma llevan cargo de levantar la tierra para los matar».(2)

Al Curaca de Paria, Almagro le preguntó si era verdad de que en Chile las casas estaban chapadas en oro y plata y si eran ciertas las noticias que hablaban de las grandes riquezas que en aquel país había. El Curaca le respondió que esos eran dichos vanos, que en Chile no había tales riquezas y de que los caminos que conducían a esas regiones eran muy difíciles y peligrosos, que en parte pasaban por grandes desiertos sin agua y en parte por elevadas montañas nevadas. Todos los indígenas principales, por su parte, corroboraron lo dicho por el Curaca. Como aquellas afirmaciones contradecían sus propias creencias, Almagro pensó que le mentían y se molestó. Sin hacerles más preguntas les ordenó que viajaran en su compañía durante algunos días, prometiéndoles que luego les permitiría regresar a sus tierras.

Los soldados que se habían adelantado al grueso de la expedición al salir de Mohína, al dedicarse al pillaje sin freno iban dando la razón, anticipadamente, al Príncipe Paullo y al Sumo Sacerdote Villahoma quienes, en nombre de Manco Inca, incitaban a los lugareños a dar muerte a los invasores con el argumento de que éstos habían venido a quitarles sus tierras, sus riquezas y sus mujeres.

Obedientes a las instrucciones del Inca, los guerreros indígenas vigilaban constantemente a los intrusos, esperando la ocasión propicia para atacarlos. En la provincia de Jujuy, al grupo de cinco adelantados le tendieron una emboscada y en el combate mataron a tres de ellos. Los dos que salieron con vida regresaron a toda prisa a Topisa, a encontrarse con el cuerpo principal de la expedición. Al enterarse la muerte sufrida por los tres españoles, Almagro envió al Capitán Saucedo con sesenta soldados, de a caballo y de infantería, a tomar represalias en aquella comarca.

En Topisa, la columna principal de conquistadores alcanzó al Príncipe Paullo y su séquito. Siguiendo el plan ideado por el

Manco Inca, los indígenas le entregaron a Almagro noventa mil pesos en oro fino, diciéndole que ese metal procedía de Chile e iba en camino al Cuzco y que sólo era una parte de los tributos para el Inca. Este oro incentivó aún más la codicia de los españoles, despejó sus últimas dudas acerca de la riqueza de Chile y les dio nuevas fuerzas para seguir adelante.

Habíamos caminado hacia el sur durante los meses de agosto, septiembre, octubre y noviembre. Calculando que los viracochas habían avanzado suficiente, que ya no regresarían al Perú y que era casi seguro que muriesen por el camino a Chile. Decidí regresar al Cuzco para acompañar al Inca durante el alzamiento contra los invasores. Los preparativos los hice en gran secreto y, para no despertar las sospechas de los españoles, ni siquiera me despedí de Nayra, mi amada hija, ni de mi sobrino el Príncipe Paullo. Tuve que darle prioridad a mis deberes para con el Inca y con mi pueblo, por sobre mis más íntimos sentimientos de amor filial. En horas de la madrugada y con sigilo abandoné el campamento en compañía de unas pocas mamaconas y de los fieles guerreros que componían mi escolta personal. Caminando por senderos secretos y con la eficaz ayuda de los habitantes de aquella región, en pocas horas me puse fuera del alcance de los viracochas.

El joven Príncipe Paullo alegó su completo desconocimiento del plan de fuga del Huillca Huma. Sin embargo, Diego de Almagro no le creyó y le encargó la custodia del Príncipe a Martiacote un soldado vizcaíno con grandes dotes de cancerbero.

En el valle de Chicuana, los indígenas esperaban en pie de guerra a los conquistadores, dispuestos a no entregarles los víveres que poseían. Entonces Almagro mandó a los capitanes Francisco de Chaves y Saucedo a recorrer el valle en busca de los amotinados para proporcionarles un escarmiento. Al darse cuenta de que ya no podían atacar a los conquistadores por sorpresa, los guerreros indígenas se replegaron sin presentarles batalla. No obstante comenzaron a atacar y matar a los yanaconas y negros quienes, ante el temor de que huyeran no enviaban a los portadores incas fuera del campamento en busca de leña y pasto para los caballos y tenían que salir ellos mismos.

Siguiendo hacia el sur, los expedicionarios llegaron a una comarca desértica y completamente estéril donde no vivía gente ni había nada que pudiesen comer los hombres ni los caballos. Después de buscar inutilmente por los alrededores, Almagro tuvo que repartir las provisiones que traía de reserva viéndose obligado a arengar a sus hombres, diciéndoles que sin pasar por los trabajos, penurias y esfuerzos por los que ellos estaban pasando, no era menester conseguir honra ni ningún provecho. Los soldados acogieron sus palabras respondiendo que así lo entendían. A partir de ahí entraron a unos inhóspitos salares por los cuales avanzaron siete jornadas hasta alcanzar una quebrada por la que subieron hasta un lugar desde donde divisaron unas montañas nevadas que se extendían todo lo que la vista alcanzaba. Eran las primeras estribaciones de la cordillera de los Andes.

El cóndor Pilacunca estuvo sobrevolando el campamento de los expedicionarios hasta que logró comunicarse con Nayra. A la joven le advirtió acerca de las dificultades y terribles penalidades que iban a enfrentar en la cordillera, donde estaban por producirse

fuertes tormentas de nieve y frío. Por intermedio del Príncipe Paullo, Nayra le hizo llegar estas advertencias a Diego de Almagro pero éste, empeñado en llegar a Chile cuanto antes, no le hizo el menor caso. Almagro estaba obsesionado por llegar a aquel mítico país donde, según las falsas noticias de los indígenas, las casas estaban recubiertas de planchas de oro y de plata.

Transcurría el mes de marzo de 1536 y en la región cordillerana la temporada de verano llegaba a su fin. Los indígenas informaron que en las sierras había mucha más nieve de la que a simple vista se veía, pero habiendo llegado a aquel punto, a Diego de Almagro no le quedó otra alternativa que seguir adelante por aquel abrupto camino. En compañía de algunos soldados de a caballo llegó a las sierras nevadas y comenzó a ascender por un paso cordillerano que cruza las cumbres a cuatro mil metros sobre el nivel del mar. Al cabo del primer día llegaron hasta unos ranchos de piedra donde pasaron la noche y al día siguiente descansaron a la espera de un grupo de soldados españoles que les seguían. Junto con éstos siguieron adelante y al tercer día se desató una tormenta de montaña que aumentó los sufrimientos de los hombres y de las bestias que intentaban cruzar la cordillera. Al cuarto día alcanzaron las cumbres desde las cuales el valle de Copiapó se encuentra a doce leguas de distancia. Durante todo el día siguiente, siempre en medio de la tormenta, bajaron por la quebrada de Paipote, hasta llegar al río donde encontraron una pequeña construcción en la cual pernoctaron. Al sexto día, desde el inicio del cruce de la cordillera, andando muy de prisa llegaron al valle de Copiapó, donde fueron bien recibidos por los atacameños, los indígenas que vivían en aquel valle. Almagro les pidió que fueran a socorrer a los expedicionarios que venían detrás de él, lo que los naturales hicieron de buen grado, saliendo a su encuentro con llamas vivas y maíz, para darles de comer.

Mientras tanto al grueso de la expedición, donde iba la mayoría de los soldados españoles con miles de indios portadores, yanaconas y negros, mucho antes de entrar a la zona nevada ya se le había terminado casi todos los alimentos. Los indígenas de servicio, que se quejaban de que los habían llevado obligados a morir entre aquellas nieves, iban muy débiles a causa de la inanición y el esfuerzo y apenas podían caminar. Los que ya no se podían mover morían congelados por las bajas temperaturas. El frío de la montaña, implacable con todos, no hacía distinciones entre los expedicionarios. El enrarecido aire de las alturas era intensamente frío, tanto que los pulmones parecían llenarse de agujas de hielo al respirarlo.

Dormir en los puertos de la montaña durante las noches, fue lo más terrible. Los toldos que llevábamos los miembros del séquito del Príncipe Paullo, nos protegían precariamente de la nevazón y en ellos el frío era casi tan intenso como a la intemperie. Dentro de sus toldos dormían amontonados los viracochas y nosotros, en los nuestros, nos apretujábamos unos contra otros para mantener el calor. Aquello servía de poco pues todos los amaneceres, los que seguíamos vivos a duras penas nos podíamos desprender de los que se habían congelado durante la noche. En aquella trágica travesía en medio de la tormenta murieron congelados miles de indígenas, negros, algunos españoles y más de treinta caballos.

Los que quedamos con vida, en aquella cada vez más raleada caravana de espectros, durante el día avanzábamos arrastrándonos sobre las heladas rocas cubiertas de nieve del paso cordillerano. La mayoría iba vomitando a causa del apunamiento. El hambre que todos sentíamos era enorme. Mientras los españoles devoraban los restos de los caballos que morían de frío, cuyos cuerpos defendían

espada en mano, nosotros no tuvimos más remedio que comernos a nuestros propios muertos.

Durante el cruce de la cordillera, el séquito del Príncipe Paullo se redujo a menos de la mitad. Las primeras en morir de hambre y frío fueron las mamaconas de más edad, porque repartían el escaso alimento entre las más jóvenes y durante las noches para dormir se agrupaban formando un círculo en cuyo centro ponían a las jóvenes acllas, reservándose para ellas la periferia. De esta suerte, cuando el Príncipe Paullo llegó al valle de Copiapó, las acllas que iban al cuidado de su Huaca, eran una docena escasa de muchachas, todas muy jóvenes, entre ellas, Nayra. Ella, por ser hija de un hermano del Inca, era la doncella de mayor rango social.

A medida que iban saliendo de la cordillera, en el acogedor valle de Copiapó los cansados y maltrechos expedicionarios saciaban su hambre devorando los alimentos que los amistosos habitantes del norte de Chile, los atacameños, les brindaban. Con tales atracones de comida, casi sin excepción, todos se enfermaron del estómago.

Tres españoles de los que se habían adelantado a la expedición a la salida del Cuzco, habían llegado a Chile sin sufrir los mismos padecimientos que debió soportar el grueso de la expedición de Almagro, puesto que cruzaron la cordillera con buen tiempo. Durante gran parte del trayecto, dado que iban adelante de los mensajeros del Príncipe Paullo, los indígenas de las comarcas que atravesaban les atendían con cordialidad. Pero una vez en Chile, los mensajeros de Paullo les alcanzaron en el valle de Huasco, donde gobernaba el Curaca Marcandey. Atendiendo a las órdenes del Inca Manco Capac, los indígenas mataron a los tres soldados, sepultado secretamente sus cuerpos y los de sus cabalgaduras.

En todos los poblados a los cuales llegaba, Almagro preguntaba por estos españoles, por eso sabía que ellos le iban precediendo. Cuando llegaron al valle de Coquimbo, los conquistadores encontraron algunas pertenencias de los soldados adelantados y se informaron de su destino. Entonces Almagro mandó a buscar al usurpador de Copiapó y al Curaca Marcadey, de Huasco. Y en el intertanto invitó a reunirse con él a todos los nobles de Coquimbo. Éstos acudieron confiados y los españoles apresaron a veintisiete de ellos. Sin atender a las razones de los indígenas, que afirmaban que los soldados españoles habían sido ajusticiados por querer mandar como señores en tierra ajena, Diego de Almagro los condenó a todos a morir en la hoguera. Los dignatarios indígenas murieron con estoicismo, dando muestras de gran valentía. Más aún, en el instante en que lo envolvió el fuego de la pira de leña, el Curaca Marcadey les gritó: “!Viracochas, ancha mishki nina!” (Viracochas, muy dulce me es el fuego) (3)

Ninguna de las mamaconas que iban al cuidado de la Huaca del Príncipe Paullo sobrevivió al trágico cruce de la cordillera de los Andes. Debido a esta desgracia y en atención a su parentesco con el Inca, el Príncipe Paullo designó a Nayra como responsable del transporte y cuidado de su Huaca, función que revestía suma importancia, por ser ésta un objeto con poderes especiales que lo protegía. Esta designación distrajo a Nayra de la pena que le había producido la pérdida de sus perros de la Luna, los que murieron de frío durante el cruce de la cordillera.

Cierto día, el aguerrido Capitán Kari, el que junto al Capitán Huaman comandaba la guardia encargada de proteger la vida del Príncipe Paullo, hermano del Inca Manco, reparó sorprendido en una hermosa jovencita. Se trataba de Nayra, la hija única del Sumo Sacerdote Villahoma, y una de las acllas sobrevivientes a la

azarosa travesía de la cordillera de los Andes. Aquella repentina revelación le quitó definitivamente el sueño al Capitán Kari, quien se consolaba con la esperanza de que una vez de regreso en el Perú, en retribución de sus servicios le solicitaría al Inca que le cediera aquella muchacha para hacerla su esposa. En previsión de alguna jugarreta del destino, el Capitán Kari guardó en completo secreto su amor por Nayra.

Poco tiempo después de asumir sus nuevas funciones, Nayra tuvo un sueño que se apresuró a comunicar al Príncipe Paullo. En el sueño la joven había visto a miles de guerreros incas reuniéndose en las colinas que rodeaban el Cuzco. Los hombres iban armados, silenciosos y decididos a atacar a los viracochas que vivían junto a la plaza. Lo que más le había impresionado en aquel sueño fue ver el Sumo Sacerdote, su padre, entre los guerreros y que con abundantes lágrimas en los ojos se despediera de ella, diciéndole: “Para quedar a salvo de lo que está por venir, tu madre se ha ido a la región de donde son sus padres, y yo ya no la veré nunca más y tí, querida hija, tampoco.”

En el hermoso valle del río Aconcagua, de fértiles y bien cultivadas tierras regadas por el río del mismo nombre, Diego de Almagro fue bien recibido por el Curaca local, quien gobernaba en nombre del Inca. Este Curaca había seguido los consejos de Gonzalo Calvo de Barrientos, un soldado español que un tiempo atrás había viajado por su cuenta a Chile, avergonzado porque el Gobernador Francisco Pizarro había ordenado que le cortaran las orejas a causa de un robo. Gonzalo había sido muy bien acogido por los indígenas y vivía entre ellos en perfecta armonía. A mediados del mes de mayo, Almagro recibió la noticia de que una nave española había fondeado en la caleta de Los Vilos. Este barco

formaba parte de la flotilla que él había dispuesto organizar en Perú, bajo el mando del Capitán Ruy Díaz.

Reunidos todos los miembros de su tropa, Almagro dispuso la salida al sur de dos grupos de exploración. El menor de éstos recorrió la costa y el más numeroso se dirigió al sur hasta encontrarse con los mapuches en las riberas del río Ñuble. Allí se produjo una encarnizada batalla en la cual fueron heridos muchos españoles y la casi totalidad de los caballos, lo cual provocó el inmediato regreso de aquella partida de soldados. Poco tiempo después, considerando la dura resistencia de los mapuches en defensa de sus tierras, la inexistencia de los metales preciosos que ellos buscaban y la noticia de la rebelión de los incas, Diego de Almagro decidió regresar al Perú.

Manco Inca ordenó a todos los guerreros del Imperio que se concentraran en los alrededores del Cuzco y de Lima, dispuestos a matar a los viracochas que allí encontraban. El día en que se inició la rebelión general de los incas, las dos ciudades principales fueron atacadas. En Lima los españoles, al mando de Francisco Pizarro, quedaron sitiados.

En el Cuzco estaba Hernando Pizarro y dos de sus hermanos, al frente de ciento veinte soldados de a pie y ochenta de a caballo. Los indígenas les atacaron a medianoche, con gran gritería y lanzando flechas encendidas con las que provocaron el incendio de todas las casas, con la sola excepción del Templo del Sol. Viendo que estaban en minoría, los españoles salieron a la plaza y formaron un escuadrón de veinte caballeros por lado, con los ciento veinte infantes dentro del cuadrado. Cuando los guerreros incas arremetían, los de a caballo los repelían, causándoles gran

cantidad de bajas. De aquella forma estuvieron combatiendo hasta que amaneció.

Los conquistadores que andaban repartidos por los valles del Perú, saqueando las antiguas sepulturas o explotando las minas de oro, fueron muertos allí donde los indígenas los sorprendieron.

Almagro eligió retornar al Perú siguiendo el Camino de los Incas que atravesaba de norte a sur el desierto de Atacama. Corría el año 1537 y las noticias que llegaban del Perú hablaban de los españoles que habían sido muertos en los campos y de los muchos que estaban sitiados en las ciudades. En el Cuzco, acosados por miles de guerreros, con grandes penalidades se defendían los hermanos Pizarro y sus soldados, mientras en Lima el propio Gobernador Francisco Pizarro hacía otro tanto.

Durante la preparación para el regreso, entre los soldados surgió un enorme descontento. Este malestar tenía su origen en las grandes deudas que los expedicionarios habían contraído con el propio Almagro antes de iniciar el viaje, deudas que pensaban cancelar con las riquezas que esperaban encontrar en Chile. Pero la triste realidad era que volvían más pobres que al inicio de aquella aventura. Enterándose Almagro de las aflicciones de sus hombres, ordenó a su albacea que le trajera todos los pagarés, los sacó uno a uno del cofre donde estaban guardados y, dado que no sabía leer, se los fue entregando a su Secretario quien leía el nombre del deudor. Al presentarse éste Almagro rompía el pagaré y entregaba los pedazos del documento, diciéndole: “Esta es tu obligación, yo os la suelto.”

La operación la repitió con todos sus deudores presentes y por último a los escribanos les ordenó: “Testen y cancelen los registros, que yo me doy por contento y pagado de las deudas.”

Cuando la expedición de Almagro estaba por llegar al límite norte del desierto de Atacama, donde comienza la Pampa del Tamarugal, el Príncipe Paullo le dijo al Capitán Huaman que había llegado la hora de rebelarse contra los viracochas a fin de expulsarlos del Imperio y recuperar la libertad. Huaman le respondió que él y el Capitán Kari verían la mejor forma de cumplir su orden.

Unos días más tarde, a la altura de Antofagasta, de madrugada escaparon todos los integrantes de la comitiva del Príncipe. Pero el mismo Paullo no pudo huir porque aquella noche el soldado Martiacote, su cancerbero personal, se había encadenado a su persona. Como no podían matar al español sin poner en riesgo el éxito de la huída y la vida de todos los que escapaban, los capitanes incas que dirigían la operación no tuvieron más remedio que dejar cautivo al Príncipe, con la esperanza de rescatarlo más adelante. Sin embargo, los sublevados se llevaron consigo la Huaca del Príncipe, que Nayra tenía bajo su custodia, y a todas las acllas. Al día siguiente, luego de percatarse de la huída de los indígenas, los jinetes españoles hicieron algunas batidas por los alrededores, sin ningún resultado. En vista de lo cual, Almagro decidió continuar la marcha hacia el Perú, donde le esperaban otros asuntos para él más importantes.

El éxito del escape se debió en gran parte a la ayuda de los indígenas atacameños, leales al Inca Manco. Las noticias que llegaban desde el Perú, sin embargo, no eran nada alentadoras pues decían que los sublevados no habían podido conquistar las ciudades sitiadas. Los guerreros incas, pese a las incontables

pérdidas de vidas humanas, se batían contra los españoles con inigualable valor, pero la superioridad técnica del armamento de éstos y su indesmentible arrojo, estaba volcando la lucha a favor de los conquistadores. Entonces Manco Inca decidió dar término a la rebelión y llamando a su presencia a los nobles y jefes militares, les dijo: *«Hermanos e hijos míos, bien he visto el amor que habéis mostrado en mi servicio, pues con tanto ánimo y tanta prontitud habéis ofrecido vuestras vidas y haciendas, mujeres e hijos por verme restituído en mi imperio. Paréceme que visiblemente lo ha contradicho el Pachacamac (dios creador y sustentador del mundo), y porque no quiere que yo sea emperador, no es razón que vamos contra su voluntad. Más quiero verme privado y desposeído de mi imperio que ver muertes de mis vasallos, que los amo como a hijos. Por no ser causa de que por mí os maltraten los viracochas, viéndome en alguno de mis reinos, sospechando que desearéis restituirme en mi imperio, quiero desterrarme de él, para que perdiendo la sospecha os traten mejor y os tengan por amigos. Ahora veo cumplida por entero la profecía de mi padre Huaina Capac, que gentes no conocidas habían de quitarnos nuestro imperio, destruir nuestra república y religión. Yo me voy a las montañas de los Antis para que la aspereza de ellas me defienda y asegure de estos hombres, pues toda mi potencia no ha podido. En ellas viviré quieto, sin enojar a los extranjeros, porque no os maltraten por mi causa.»* (4)

A continuación, seguido de sus parientes, los nobles que quisieron hacerlo, sus leales capitanes y soldados y sus numerosos sirvientes, el Inca se internó en las montañas de los Andes, estableciéndose en el valle de Vilcabamba donde fundó un pequeño estado neoinca que duró hasta 1572, el año en que fue destruído.

Diego de Almagro llegó al Perú después que el Inca Manco Yupanqui había dado por terminada la rebelión y los guerreros rebeldes habían abandonado el sitio de las ciudades de Lima y el Cuzco. Para ese entonces, el propio Manco Inca ya se había refugiado en las profundidades de la cordillera de los Andes.

Considerando que la ciudad de el Cuzco estaba dentro de sus dominios, Almagro atacó con sus hombres a los españoles atrincherados en la ciudad y junto con tomar la plaza hizo prisioneros a Hernando Pizarro y los otros dos hermanos del Gobernador. Después de negociar con Pizarro, Almagro puso en libertad a sus hermanos y mantuvo en su poder la ciudad del Cuzco hasta que el Rey de España decidiera sobre ella. En seguida nombró Inca al Príncipe Paullo y se quedó a la espera de las noticias de España.

Pero los hermanos Pizarro no respetaron el acuerdo de paz firmado con Almagro y lo atacaron por sorpresa. En aquellos momentos, éste se encontraba tan enfermo que ni siquiera pudo subirse al caballo para salir a combatir. Una vez derrotadas las fuerzas almagristas, su jefe fue condenado a muerte por los vencedores. Diego de Almagro murió ejecutado en el garrote y su cuerpo fue llevado a la plaza pública donde le cortaron la cabeza. Este hecho desató una cruenta guerra civil, entre pizarristas y almagristas, que duró varios años.

Después de asegurarse de que Diego de Almagro y sus soldados habían seguido hacia el Perú, los capitanes incas sublevados acordaron establecerse en aquella zona. El Reino de la Pampa del Tamarugal fue organizado, según el modelo inca tradicional, como un pequeño dominio independiente, hasta tomar contactos secretos

con Manco Inca, a la sazón refugiado en Vilcabamba. Los capitanes Huaman y Kari se comprometieron a organizar a los guerreros que iban a defender el reino rebelde. Huaman fue designado Mallku, Maestro de Campo, y Kari, Capitán General. En los meses que siguieron, guiados por los lugareños fieles al Inca, los guerreros ocuparon su tiempo en reconocer las serranías, las quebradas, las gargantas, los valles y la propia Pampa del Tamarugal, en busca de los sitios apropiados para construir pueblos, chacras y refugios secretos.

Katari, uno de los nobles no incas que acompañaban a Almagro, también se rebeló contra los españoles y por acuerdo de los capitanes fue elevado a la categoría de Curaca del Reino de la Pampa del Tamarugal. Hábil constructor —además de simulador, falso y solapado—, dirigió la planificación y levantamiento de un modesto Templo del Sol y del poblado a su alrededor. También diseñó y construyó las terrazas para los cultivos y las acequias de riego para éstas. El caserío Kachi, llamado así en atención a que se encontraba en una zona rodeada de salares, de hecho comenzó a hacer las veces de capital del Reino. Para llegar a aquel valle secreto había que pasar por dos estrechos desfiladeros entre cerros, accidentes geográficos que, llegado el caso facilitarían su defensa. En las quebradas cercanas, los incas construyeron más chacras y terrazas de cultivo, empleando las probadas técnicas de sus antepasados en la canalización de las aguas. Con rapidez se adaptaron al medio y pudieron pasar inadvertidos entre los antiguos habitantes atacameños de la región. Los guerreros incas recorrían sus dominios en destacamentos de desplazamiento rápido, con la misión de atacar por sorpresa a los españoles sólo cuando los aventajaran en número y tuvieran la victoria asegurada.

Nayra era hija de un hermano del Inca y debido a ello tenía el más alto rango social en el grupo de indígenas rebeldes, por tal motivo fue nombrada *Coya Pacsa*, Sacerdotisa Suprema, del Reino de la Pampa del Tamarugal. Cierta noche Nayra soñó que el Inca Manco ordenaba el término de la sublevación y con sus parientes y

servidores se retiraba a las profundidades de la cordillera de los Andes, para establecerse en una zona a la cual los españoles no tuvieran acceso. Convencida de que su sueño se iba a hacer realidad, Nayra le pidió audiencia al Curaca Katari al que le dio a conocer sus premoniciones. El Curaca, que no estaba enterado de las extrañas capacidades de la joven, le escuchó con atención, pero sin darle crédito. Sin embargo, comentó las palabras de Nayra con el Mallku Huaman, el Maestre de Campo. De modo que unos días más tarde, cuando las noticias de los chasquis confirmaron punto por punto las predicciones de Nayra, hubo un imparcial y valioso testigo de aquel prodigio.

En tanto en la Pampa del Tamarugal se supo que Manco Inca, para evitar el exterminio de sus súbditos, había dado por terminada la sublevación y se había internado en la cordillera de los Andes, los nobles se reunieron para tomar una decisión. Por unanimidad se acordó tomar contacto con el Inca en su refugio de Vilcabamba y continuar la lucha en la Pampa del Tamarugal. La noticia de la existencia de este nuevo reino se difundió por todo el Perú, lo que dio lugar a la llegada de varios destacamentos de guerreros, acompañados de sus respectivos *ayllus*, comunidades de base formadas por varias familias, que no querían permanecer sometidos a los conquistadores.

Cierto día los cazadores incas capturaron un cachorro de puma cuya madre había muerto pateada por un huanaco al que intentó atrapar. Era un puma hembra que Nayra adoptó de inmediato y por nombre le puso Lluspi porque la suavidad de su piel le recordaba la de su primer perrito de la Luna. La pequeña había estado varios días sin comer y se encontraba muy débil. Alimentándola con leche de llama, Nayra logró que al cabo de unas pocas semanas el animalito recorriera las habitaciones de la casa de las mamaconas como si fuera la suya propia. La leona creció sumiza y obediente permaneciendo todo el día junto a su ama o esperándola echada junto a la puerta cuando la Coya Pacsa se ausentaba para cumplir sus deberes en el Templo del Sol. Al cumplir dos años, Lluspi

comenzó a comportarse de manera distinta a la habitual porque sentía una inexplicable inquietud. Pasaba gran parte de los días echada sobre un gran peñazco mirando hacia las cumbres de los Andes hasta que finalmente un día le dijo a Nayra que sentía la necesidad de partir y partió. Seis meses transcurrieron y la leona regresó con el vientre hinchado y al poco tiempo parió dos hermosos cachorros, un macho y una hembra, a quienes Nayra llamó Wayra y Wawa, respectivamente. Los animalitos crecieron sin problemas, alimentados por su madre. Cuando los pequeños cumplieron un año, en previsión de que tuvieran bruscos cambios de comportamiento, comenzaron a vivir en una gran jaula que los indígenas construyeron detrás del Templo del Sol. Allí sólo la Coya Pacsa podía entrar sin que los animales se alteraran. La leona madre, por su parte, continuaba recorriendo la casa de las mamaconas para que las mujeres la acariciaran. Al llegar a la edad que su madre tenía el día en que partió a la zona de los Andes donde los pumas vivían en libertad, Wayra y Wawa se fueron, ansiosos por alcanzar las montañas desde las cuales les venía el llamado de la especie. Aquella vez Lluspi, permaneció junto a Nayra.

Una veintena de indígenas cañaris, portando bultos y lanzas con afiladas puntas de obsidiana y caminado en silencio, surgió por el recodo del sendero de la montaña de granito, allí donde el desfiladero desembocaba al borde mismo del profundo barranco cordillerano. Tras ellos, llevando sus caballos de tiro, aparecieron los restos vivientes de una pareja estafalaria de soldados españoles de aspecto más que miserable. Eran dos espectros con sus ropas convertidas en harapos, desgañados y sucios. Mientras uno de ellos cojeaba visiblemente de su pierna derecha, el otro avanzaba arrastrando los pies. Ambos llevaban puestos sus petos y cascos de hierro y los gastados correajes de los cuales colgaban sus viejas

espadas en sus fundas respectivas. De los gloriosos tiempos en que había sido un gallardo soldado de las huestes de Francisco Pizarro, al cristiano de mayor edad sólo le quedaba su abollado casco de hierro, sin ningún tipo de adornos, su peto, su espada y su viejo, flaco y maltrecho caballo. El otro español caminaba al lado de su cabalgadura sujetándola de las riendas, aunque más parecía ir colgando de las correas. Siguiendo los pasos de aquellos famélicos, andrajosos y fatigados soldados, por el recodo de la senda emergió la descompuesta y trágica figura de un cura montado en una flaca cabalgadura cuyos huesos, a cada paso, estaban a punto de salirse de la sucia piel que los mantenía unidos. Siguiendo el ritmo del cansino paso del animal, un gran crucifijo de madera le iba golpeando el pecho. Llevaba el religioso una corta espada colgada del cinto y arremangada la sotana. Cerrando aquella extravagante e insólita y caravana iba una partida de indios yanaconas con grandes bultos sobre sus espaldas.

El sinuoso sendero de ajustadas piedras, por el cual avanzaba aquella columna de fantasmas, había sido labrado en el granito siguiendo las ondulaciones del terreno hasta el borde del cañadón por cuya abrupta ladera descendía zigzagueando. El fondo de la enorme grieta entre las altas montañas esperaba a aquellos hombres cubierto recatadamente por una espesa bruma. De las profundidades del estrecho valle llegaba el sordo rugido de un río cordillerano, crecido en aquella época del año por causa del deshielo de las nevadas montañas. Sin prisa, como arrastrándose sendero abajo, los hombres descendieron hacia el valle. Luego de atravesar las capas superiores de la densa neblina, la columna arribó a unas terrazas de cultivo construídas en la ladera del cerro. Aquellas chacras de los incas eran regadas con el agua que llegaba desde muy lejos por acequias excavadas en la roca viva.

Aunque los españoles bajaban admirándose de aquellos cultivos, en ningún momento dejaban de pensar, obsesionados, que ellos no andaban en busca de verduras, sino de oro. Ambos soldados, al comienzo de la conquista del Perú, habían poseído grandes

cantidades de aquel precioso metal, riqueza que, con la misma facilidad con que les había llegado, se les había escurrido entre los dedos, escapándose de sus manos. Con la alucinada esperanza de reencontrarse con la fortuna, aquellos hombres andaban en busca de *huacas*, tumbas, para despojar a los muertos de los objetos de valor con los cuales habían sido sepultados.

Aquellos *huaqueros*, buscadores de tumbas, eran los soldados españoles Alonso Herrera y Miguel Solana, a los cuales se les había sumado el cura Diego Portillo. Los indígenas que les acompañaban, excepto Felipillo, que oficiaba de intérprete, eran cañaris y chachapoyas. Estas tribus fueron las últimas que los incas vencieron e incorporaron a su Imperio. Por esa razón, luego de la derrota de Atahualpa se aliaron a los conquistadores y muchos de ellos deambulaban junto a los españoles por todo el Perú, ejerciendo un pillaje sin freno.

Alonso Herrera, natural de Extremadura, España, había llegado directamente al Perú, formando parte del grupo de parientes y amigos con los que Francisco Pizarro regresó desde España al término del viaje en el cual consiguió que el Rey Carlos Primero le hiciera hidalgo y le confiriese los cargos de Gobernador, Capitán General, Adelantado y Alguacil Mayor, con la autorización para conquistar el Perú para la Corona del reino. Alonso Herrera era hijo de un soldado español y su madre había sido sirvienta de un comerciante hasta su matrimonio. Alonso recibió instrucción en la escuela anexa a la iglesia de su pueblo, hasta que la muerte de su padre, en las campañas de Italia, le obligó a trabajar como dependiente del comerciante donde su madre regresó como sirvienta. Debido a esa circunstancia, los alimentos no le habían faltado por lo que Alonso tenía buena estatura y un cuerpo bien desarrollado. Era de ánimo ligero y de reacciones rápidas, no

meditadas, lo que le había valido muchas desavenencias con sus compañeros de armas e innecesarias complicaciones en su vida. Su excesivo optimismo, traducido en una incurable ambición de riquezas, y su confianza ciega en la suerte, materializada en su participación obsesiva en los juegos de azar, lo habían desposeído de la considerable fortuna que le había correspondido cuando Francisco Pizarro repartió el tesoro de Atahualpa. Ocurrida esta desgracia, que le devolvió al estado de pobreza que tenía al llegar al Perú, con la misma terquedad con la cual había desperdiciado su fortuna, decidió alejarse de los naipes, juego que desde entonces pasó a ser objeto de su odio. Las numerosas heridas recibidas en sus incontables batallas, le habían dejado el cuerpo surcado de cicatrices y tesa como un palo su pierna derecha, la que arrastraba al caminar. Su rostro estaba enmarcado por una pelambre gris con algunos escasos mechones rojos. Sus ojos eran imposibles de ver a causa de sus pobladas cejas y su carnosa y protuberante nariz. Después del asesinato de Francisco Pizarro a manos de unos soldados partidarios de Diego de Almagro, Alonso Herrera había tomado la irrevocable decisión de regresar a España. Para sufragar los gastos del retorno y no llegar a su tierra con las manos vacías, se había empeñado en encontrar oro. El *huaqueo*, saqueo de tumbas antiguas, era su última oportunidad.

Miguel Solana era natural de Castilla, región española que había abandonado siendo muy joven para trasladarse a América con la esperanza de hacer fortuna y, tal como los conquistadores solían afirmar para justificar sus tropelías, extender la fe cristiana entre los habitantes de aquellas remotas regiones. Solana había llegado al Perú, formando parte de las huestes de Diego de Almagro, poco tiempo después de la captura de Atahualpa. Sin embargo, en atención a las cláusulas estipuladas entre los capitanes, él había recibido una parte de los cien mil ducados que Pizarro le entregó a

Almagro cuando se repartió el tesoro del Inca. Miguel Solana era de baja estatura, ancho de pecho y fuerte de brazos. Su cara, que se correspondía con la corpulencia de su cuerpo, era redonda, roja y escasa de barbas. Miguel se había hecho famoso a raíz de una batalla en la que habiendo perdido su espada, siguió matando indígenas a golpes de puños con manoplas. Al igual que su compañero de armas y de aventuras, jugando a los naipes quedó sin dinero. Para viajar a Chile se había endeudado con Almagro a fin de comprarse un caballo, una adarga y una nueva espada. De aquella malograda aventura en el mítico país de sur habría salido aún más pobre si antes del regreso Almagro no le hubiera perdonado sus deudas. Una vez que los hermanos Pizarro ajusticiaron a Almagro, Miguel Solana decidió retornar a España, desplegando antes un último intento en pos de la esquiva fortuna. A las pocas semanas de haber iniciado su nueva aventura, habíase encontrado con Alonso Lozano y los indios que le acompañaban. Dado que éstos andaban huaqueando en busca de oro, lo mismo que él, se unió a ellos de inmediato.

El fraile Diego Portillo, también de origen español, había viajado a América a ganarse el cielo adoctrinando a los indios a quienes el Papa, habiéndoles reconocido la condición de seres humanos, había declarado dignos de ser evangelizados, al contrario de los negros de África los que según el Santo Padre eran seres que sólo servían para ser esclavizados. Una vez en el Perú, las perspectivas misioneras del cura dieron paso a otras preocupaciones más terrenales, motivadas por la belleza de una indígena con la que él se había amancebado y la innegable presencia en este mundo de los tres hijos habidos en ella. Cuando el Obispo de Lima, a cuyos oídos llegaron los relatos que hablaban de la conducta licenciosa y pecadora de Juan Portillo, le hizo llamar a su presencia para amonestarle, el cura escapó a la sierra prometiéndole a la madre de

sus hijos que habría de volver a su lado en tanto le sonriese la fortuna y que para entonces dejaría la sotana. Los soldados Herrera y Solana, a quienes tuvo el buen cuidado de ocultar sus problemas, aceptaron gustosos que él formara parte de su grupo, pensando que era favorable para ellos la presencia de un cura. El fraile tenía el rostro lampiño y su aspecto, que había sido el de un sano y regordete tabernero, a consecuencia de las malas jornadas y de los duros trabajos pasados sufridos, se veía demacrado y envejecido por la flácida papada que le colgaba de su pequeño mentón. Era evidente que cada paso del agotado animal, en cuyo maltratado lomo viajaba, le provocaba al religioso un latigazo de dolor en las posaderas.

Al acercarse al poblado sito en el fondo del valle, de la columna de huaqueros se adelantó Felipillo, el indígena que actuaba como intérprete. Luego de intercambiar algunas frases con los lugareños que habían salido al camino a recibirlos, regresó al lado de los soldados para decirles que era bienvenidos. Los españoles y sus acompañantes fueron recibidos sin muestras de hostilidad, aunque los gestos amistosos de los incas a duras penas ocultaban el temor y la desconfianza que en el fondo de sus almas albergaban. Los recién llegados fueron conducidos de inmediato a la plaza del pueblo donde se encontraba el español Gonzalo Calvo y sus acompañantes: el joven portugués Vasco de Almeyda y un grupo de yanaconas, todos ellos buscadores de riquezas. Estos últimos llevaban varias semanas efectuando un infructuoso rastreo de huacas en aquel valle, dado que en las tumbas de los indígenas principales era seguro encontrar objetos de oro y plata, por ser una costumbre de los naturales enterrar a sus muertos junto con sus joyas y los objetos de valor más apreciados por los difuntos.

Los soldados españoles, que se conocían entre ellos, se saludaron sin demostrar una muy efusiva alegría y después, por sus respectivos compañeros, fueron presentados el cura Portillo y el portugués Vasco de Almeyda. Estaban terminando de saludarse, cuando un grupo de mujeres indígenas llegó con fuentes y ollas con comida. A los soldados españoles les sirvieron dentro de una casa mientras que a los indígenas acompañantes les dieron de comer en la plaza. Para los caballos trajeron grandes brazadas de matas de maíz, sin mazorcas, que habían cortado en una terraza de cultivo cercana. Con las mujeres, el Camayoc les mandó a decir a los extranjeros que si algo les hacía falta lo dijeran, pues él vería, de ser posible, proveérselos de inmediato. A raíz de estos breves diálogos todos pudieron constatar que el conocimiento del quechua que Vasco de Almeyda había alcanzado, era tan bueno como el que Felipillo tenía del castellano.

Gonzalo Calvo, originario de Andalucía, había llegado al Perú formando parte del grupo de soldados españoles que fueron a reforzar el contingente de conquistadores de Francisco Pizarro, cuando éste se encontraba en Tumbes aprestándose para invadir el Imperio Inca. De cuerpo musculoso y regular altura, llevaba una espesa barba de la que sobresalía una nariz ganchuda y abultada en su extremo. Sus pobladas cejas ocultaban sus pequeños ojos, dándole a su rostro el aspecto de una extraña ave de rapiña. Semejanza acentuada por la falta de sus orejas. Después de repartirse el tesoro de Atahualpa, todos los soldados españoles experimentaron cambios en su conducta. No obstante verse enriquecidos de la noche a la mañana, a muchos los transformó la codicia. Cegado por el afán de acrecentar aún más su fortuna, Gonzalo perdió su fortuna en los juegos de azar y ambas orejas en un juicio por robos reiterados a sus camaradas de armas. Después de haberse ido a Chile a pasar su escarnio, regresó al Perú

integrando las huestes de Diego de Almagro. La derrota y muerte de su capitán, lo decidió a recorrer el Perú huaqueando, es decir, buscando *huacas*, tumbas, para saquearlas y de ese modo reunir una pequeña fortuna que le permitiese regresar a España a morir entre los suyos.

El joven Vasco de Almeyda había nacido en un pueblo del sur de Portugal, cercano a la frontera con España, y era hijo de padre portugués y madre española. Por haberse criado en una zona fronteriza dominaba con soltura tanto el portugués como el castellano. De alto y distinguido porte, Vasco lucía una roja y alborotada cabellera que de lejos le distinguía de sus siniestros acompañantes. Lucía una incipiente barba juvenil y una celeste e intensa mirada. El color de sus ojos provocaba a las mujeres, sin que el joven lo pudiera evitar, pero Vasco evitaba el asedio femenino escudándose en sus principios religiosos que le apartaban del pecado carnal. Vasco había llegado recientemente al Perú atraído por la fama de sus tesoros. Como era usual entre los conquistadores, el joven portaba una espada de acero, pero también llevaba consigo la bandurria que le había regalado su madre y cuyas tensas cuerdas rasgueaba con un anacarado trocito de concha marina. Con aquellos sonidos se acompañaba al cantar las tristes y melodiosas canciones de su tierra natal. El joven lusitano, que ignoraba lo sucedido en los primeros años de la conquista, tenía un gran interés por conocer aquellos hechos. Debido a esto recibió con entusiasmo a los recién llegados, pensando que aquellos rudos soldados españoles tenían muchas anécdotas interesantes para contar. Desde el principio se había sentido fascinado por las creencias, costumbres e historia del país, lo que le sirvió de acicate para aprender *quechua*, el idioma de los incas.

Los peninsulares acordaron proseguir juntos la búsqueda de antiguas sepulturas, continuando el recorrido por los valles cuyos ríos vaciaban sus aguas en el Océano Pacífico. Los estrechos y fértiles valles estaban separados por los cerros y zonas desérticas de arenales, lo que hacía muy fatigoso el avance de los hombres y las bestias hacia el sur. A su paso por los lugares habitados —la mayoría de los valles estaban despoblados—, si los indígenas no les proporcionaban de buen grado carne, pescados, verduras y frutas para los hombres y cañas de maíz para los caballos, los conquistadores tomaban a los viejos o a los camayoc y los molían a palos. De tanto repetir sus abusos los tenían éstos por costumbre. La más de las veces metían sus animales a pastar en las chacras de maíz, dejando a su paso la desolación, el odio y el temor entre los incas. Siguiendo el ejemplo de los españoles, los cañaris y chachapoyas que les acompañaban como yanaconas o servidores, robaban a los indígenas sus ropas y los objetos de valor. Debido a ésto *yanacona* pasó a ser sinónimo de bellaco y de ladrón.

Por aquellos días, en otros lugares del Imperio de los Incas los españoles partidarios de Pizarro seguían batiéndose a muerte con los almagristas, pero aquella cruenta guerra civil no les interesaba a estos huaqueros cuya principal aspiración del momento era encontrar cuanto antes el oro suficiente para largarse de regreso a España.

Sin ningún temor al Dios que decían representar, los españoles tomaban a las mujeres de los indígenas para solazarse con ellas. A las doncellas que encontraban las desvirgaban usando la fuerza y a

las que se resistían las mataban. Atemorizados con esta barbarie, los habitantes de los poblados huían a esconderse de los españoles, llevándose consigo los alimentos y sus mujeres. Dado que la mala fama les precedía, a medida que los huaqueros avanzaban hacia el sur, cada vez les era más difícil encontrar indígenas que les sirvieran. Vasco de Almeyda, que condenaba aquellas tropelías y no participaba en ellas, después de haber tenido algunos serios altercados con los españoles por esta causa, debió abstenerse de criticarlos para salvar su vida.

Huaqueando de tal suerte llegaron a un valle al sur del cual se extendía una pedregosa meseta que los lugareños llamaban Nazca, dado que ese había sido el nombre sus primitivos habitantes. En aquellos días, los indígenas del lugar sólo tenían como medios de subsistencia los escasos mariscos que extraían de las rocas de los acantilados y los peces que pescaban desde la orilla con anzuelos fabricados con conchas de moluscos. Para conservar la carne de los pescados los secaban al sol. Para ello los destripaban y sin sacarles la piel los abrían. Con la ayuda de palillos extendían la carne y la colgaban al aire. Los choros, lapas, almejas y navajuelas también los secaban al sol colgados en ristras. Apremiados por los españoles, los pocos indígenas que quedaban en aquel lugar debieron compartir sus escasas reservas de alimentos con sus abusivos visitantes.

Tal vez por haber llegado al Perú después de la sublevación de los incas y debido a que por hablar un poco de quechua entendía sus quejas, Vasco de Almeyda era el único miembro del grupo que mostraba clemencia con los lugareños. Por las tardes, el joven portugués solía cantar junto a la fogata, causando la admiración de los indígenas, que escuchaban atentos su melodiosa voz, y luego dialogaba amistosamente con ellos. De aquella forma, día tras día fue obteniendo valiosas informaciones sobre su historia y cultura.

Respecto de unas rocas esféricas con extrañas inscripciones que había a la orilla del mar, un anciano camayoc le informó que

aquellas no habían sido hechas por sus antepasados recientes, sino por una tribu poco numerosa de hombres de pequeña estatura que vivieron en la zona en tiempos lejanos, muchísimos años antes de la llegada de los incas. Estos enanos podían volar por los aires colgando de globos hechos con telas de algodón e inflados con fuego. Según aquel viejo, estos enanos vivieron muchos años esperando la llegada de sus parientes que irían a buscarlos y para ser ubicados por ellos habían trazado señales secretas en la meseta que sólo podían ser entendidas desde el cielo. Misteriosamente, un día los enanos desaparecieron del valle y nunca más fueron vistos. Con el pensamiento obsesivamente puesto en los tesoros de las huacas, los cristianos recorrieron aquella agreste meseta, sin encontrar ningún rastro de tumbas ni de enanos. Sólo vieron unos estrechos senderos que no conducían a ninguna parte y surcos hechos en el suelo de la meseta, que a ellos nada les dijeron.

—Los indígenas —les informó Vasco a sus compañeros—, dicen que los primeros habitantes de este valle eran enanos.

Aquella información la recibieron los españoles sin mostrar ningún interés no obstante haber encontrado, en días anteriores, una tumba con esqueletos pequeños con cráneos grandes como de adultos normales. Parecían ser restos de niños deformes, pero los lugareños les aseguraron que aquellas osamentas pertenecían a los primeros habitantes de la zona.

Los huaqueros llegaron a un hermoso valle donde las casas de los abandonados pueblos estaban semiderruidas por la acción de los elementos. Según relataron unos viejos que aún vivían en aquel valle, luego de muchos años de sequía en la región, el año anterior había caído un terrible temporal, lloviendo copiosamente durante un mes. A su paso, las masas de agua habían arrasado las laderas

de los cerros destruyendo las parcelas de cultivo y las acequias, derrumbando con su incontenible y corrosiva fuerza los muros de adobe de las viviendas. Aquellos ancianos sobrevivían cultivando unas pequeñas parcelas cercanas al río, pues las terrazas en las laderas de las montañas ya no recibían, como antaño, el agua que las acequias les traían desde las cumbres lejanas.

Las acequias, que debían ser constantemente reparadas a causa de los desprendimientos de rocas y deslizamientos causados por las

lluvias y los temblores de tierra, desde mucho tiempo antes del gran aguacero habían quedado descuidadas por falta de hombres aptos para aquellos duros trabajos. Los jóvenes que no habían perecido durante los cruentos enfrentamientos entre los partidarios de Atahualpa y de su hermano Huascar, habían muerto más tarde durante la rebelión del Inca Manco contra los españoles o a causa de las hambrunas que le siguieron o de las epidemias que los conquistadores llevaron consigo.

Los peninsulares y sus yanaconas se encontraban excavando en un lugar en busca de tumbas, cuando por un sendero llegó una columna de indígenas que llevaban una litera sobre sus hombros. En la tarima viajaba un hombre vestido como Inca quien, al ver a los huaqueros, les gritó: “*Ama mancha, noca Inca*” (No tengáis miedo, soy Inca). (5)

Se trataba de un español barbudo disfrazado de Inca con una capa tejida de lanas de colores, robada en alguna parte, orejeras de oro y unas borlas de lana roja sobre la frente. Los treinta y tantos indígenas que andaban a su servicio, robándole a los incas y abusando de ellos, eran yanaconas cañaris de la peor especie. Cuando los recién llegados se dieron cuenta de la presencia de

soldados españoles entre los indígenas que cavaban en la falda del cerro, se detuvieron y dejaron la litera en el suelo. El barbudo se puso de pie y acercándose a los huaqueros, les gritó: “¡Qué hacéis en mis dominios!” Alonso Herrera, le respondió: “¡Juan de Porras: válgame Dios! Andando así disfrazado, ¿a quién creéis engañar?”

Al verse descubierto, Juan de Porras dio por terminada su farsa y reconociendo a su vez a su interlocutor, exclamó: “¡Alonso, vive Dios! Los tiempos se han vuelto duros, los indios ya no nos sirven, sino huyen de nosotros.”

—Pero vos más los espantáis, andando de esa manera.

—Después que me mataron mi caballo, así me ahorro el caminar. Vosotros que andáis huaqueando, ¿os ha sido de provecho?

—Hasta ahora, poca cosa.

—Yo sigo mi camino. ¡Qué os vaya bien!

Dichas estas palabras, Juan de Porras regresó a su litera y se sentó en ella. Los indígenas la cargaron sobre sus hombros y partieron rumbo al norte.

Vasco de Almeyda conversaba con los indígenas cada vez que tenía una oportunidad. Al joven le atraían especialmente los viejos, porque ellos conocían las tradiciones, la historia y las leyendas de cada lugar. En un valle cuyos pueblos estaban todos abandonados, unos ancianos que vivían cerca del mar le contaron que en tiempos de Tupac Inca Yupanqui, a las playas llegaron varias enormes embarcaciones tripuladas por gigantes.

—¿Dijeron de dónde venían? —inquirió Vasco.

—Nuestros antepasados contaban que aquellos gigantes dijeron que procedían de unas islas que se encuentran en la mar austral, hacia donde se pone el Sol.

—¿Por qué razón se hicieron a la mar?

—No lo hicieron por su voluntad, sino que fueron obligados por un gran señor que les había vencido en una cruenta guerra. O se embarcaban o los mataban. No tuvieron otra alternativa.

—¿Aquellas islas están muy distantes?

—Los gigantes contaron que estuvieron muchos días navegando a remo y a vela, hasta que una fuerte borrasca los lanzó a nuestras playas.

—¿Cómo eran sus embarcaciones?

—Eran balsas muy grandes hechas de cañas y madera seca y con velas trianguladas.

—¿Venían con sus mujeres?

—No, llegaron solo hombres y esa fue su mayor desgracia, y también la nuestra.

—¿Qué sucedió?

—Todos ellos eran de gran tamaño y cuando comenzaron a tomar a la fuerza a algunas de nuestras mujeres, con sus enormes vergas les destrozaban el interior y ellas morían. Después se amancebaron entre ellos y no dejaron descendencia.

—¿Cómo se comportaron los gigantes?

—Una vez llegados a nuestra tierra la comenzaron a conquistar para ellos. Mataron a muchos indígenas y a otros los echaron fuera de sus pueblos.

—¿Qué armas usaban?

—Las armas con las que peleaban eran piedras grandes que arrojaban con las manos y garrotes y porras que ellos hicieron aquí, después que llegaron. Ellos no trajeron armas, porque sus enemigos se las quitaron.

—¿Qué hicieron vuestros antepasados?

—Viendo que no les era posible defenderse, nuestros padres le mandaron una embajada a Tupac Inca Yupanqui, quien residía en el Cuzco. Enviáronle a decir que como gran señor y monarca poderoso que era de todas las provincias, los remediase de la endiablada furia y crueldad de aquellos monstruos. Llegaron los guerreros del Inca, pero no pudieron exterminar a los gigantes. La

guerra duró mucho tiempo, hasta que al fin los últimos de ellos se murieron de viejos.

—Dejaron los gigantes alguna construcción.

—Había unas estatuas de piedra suyas sobre los acantilados a la orilla del mar. Pero nuestros padres las lanzaron a las aguas.

Por la noche, antes de cantar acompañado de su bandurria, Vasco de Almeyda les contó la historia de los gigantes a sus compañeros. Entonces, Alonso Herrera, dijo: “Cuando andábamos explorando la costa con Francisco Pizarro, cerca de Puerto Viejo encontramos unas enormes estatuas. Eran enormes cabezas con sombreros y estaban mirando hacia el mar. Los lugareños nos dijeron que las habían hecho unos gigantes.”

Viendo el fracaso de sus esfuerzos y cansado de aquel infructuoso vagabundear, Gonzalo Calvo les propuso a sus compañeros viajar al valle del río Aconcagua, donde él había vivido hasta el día en que Diego de Almagro llegó a romper la tranquila y bucólica vida de los indígenas. Él tenía fundadas sospechas de la existencia de minas de oro en aquella región, que los indígenas explotaban secretamente sólo con el fin de pagarle tributo a los incas. Él había visto ese oro con sus propios ojos y por eso estaba seguro de que en el sur les esperaba la esquivada fortuna. Los demás huaqueros no aceptaron de inmediato aquella propuesta, pero a medida que los días se sucedían sin descubrir ninguna tumba con los objetos de oro y plata que los indígenas enterraban junto con los difuntos, la idea de Gonzalo les fue ganando poco a poco.

Los escasos habitantes del valle donde estaban los españoles, la mayoría viejos y débiles, se negaban obstinadamente a rebelar los sitios donde había tumbas de sus antepasados, alegando que no sabían en qué lugares habían sido enterrados porque a los antiguos

les habían dado sepultura sus familiares, de modo que ninguno de ellos había comparecido. También en aquel valle las aguas que bajaban de las montañas habían destruído las acequias de regadío y las parcelas de cultivo se veían secas y abandonadas.

Cierto atardecer, cuando el rojo y ardiente sol estaba posándose en el océano, luego de haber calentado implacablemente durante todo el día aquella pedregosa comarca, los agobiados huaqueros regresaron al poblado a elegir un lugar donde pasar la noche al resguardo del frío y de la húmeda camanchaca. Antes de que oscureciera, mientras algunos indígenas servidores armaban los estropeados toldos de los españoles, el resto de los yanaconas estuvo dedicado a recoger los escasos restos de vegetación y estiércol seco de animales, para hacer una fogata. Cuando la roja esfera del sol se hubo sumergido en la inmensidad del mar, los indígenas encendieron el fuego. Sentados a su alrededor, como lo hacían al anochecer antes de dormir, los españoles comenzaron a charlar entre sí. Aquella tarde, Alonso Herrera y sus compañeros decidieron viajar al valle del río Aconcagua, sin saber que Pedro de Valdivia ya se había dirigido a conquistar aquellos territorios.

Al día siguiente, sin ninguna prisa, se pusieron en camino hacia la nueva meta. A medida que avanzaban hacia el sur, exploraban los valles y los lugares habitados que encontraban en su ruta, de modo que el grupo de harapientos huaqueros fue avanzando con lentitud. Según los yanaconas integrantes del grupo, iban por un antiguo camino costero construído por los incas, que cruzaba extensos salares y enormes arenales.

En aquellos desiertos parajes los huaqueros se sentían seguros por ignorar que en la Pampa del Tamarugal existía, desde el regreso de Almagro al Perú, un pequeño reino inca establecido por guerreros

rebeldes, ex miembros del Ejército Imperial del Inca Manco, que habían jurado continuar la lucha por la recuperación de las tierras y la expulsión de los conquistadores del Imperio Inca. Invisibles espías vigilaba a los huaqueros desde mucho antes de que éstos entraran al desierto de Atacama y una cadena de *chasquis*, mensajeros, mantenía informados de sus movimientos al Curaca Katari y a Huaman, el jefe militar. En consideración a que los viracochas eran cuatro soldados y un cura y que los yanaconas acompañantes apenas sobrepasaban la treintena, Huaman fue partidario de atacarlos por sorpresa. Al enterarse de la presencia del grupo de invasores el Capitán Kari pidió ser enviado con sus guerreros a su encuentro. El Mallku Huaman aceptó el pedido del Capitán Kari y para asegurar la victoria envió también al Capitán Vilca y su probado destacamento de guerreros. Como lo exigía la tradición, los sacerdotes fueron informados para que consultaran a los dioses.

El Gran Sacerdote Mamani encabezó la ceremonia a la cual asistieron el Curaca Katari, los demás sacerdotes, el Mallku Huaman y los capitanes Kari y Vilca, acompañados de todos los guerreros que serían de la partida. El *Narac*, Sacerdote Carnicero, Apaza, llegó con tres cuyes dentro de un cesto y cuando todos estuvieron ubicados en torno a la piedra de los sacrificios, según el rango de cada cual, procedió a matar los animales. Tomando un animalito de las patas traseras, le golpeó con fuerza la cabeza en la roca, muriendo el cuye en el acto. Luego le abrió el vientre y le sacó los órganos interiores para que el *Huatuc*, Sacerdote Adivino, leyera en ellos el mensaje de los dioses. Esta última maniobra la repitió con los dos cuyes restantes y luego se retiró unos pasos, colocándose en un segundo plano.

El Sacerdote Adivino Antahuara estudió las aún tibias víceras moviéndolas con su bastoncito ceremonial. Al cabo de unos momentos, anunció: “Morirán todos los yanaconas y los cinco viracochas serán apresados.”

Al amanecer del día siguiente, los guerreros salieron del pueblo de Kachi, donde estaba el Templo del Sol, y abasteciéndose en los *tambos*, almacenes, ocultos en las múltiples quebradas por las cuales pasaban los senderos que atravesaban la Pampa del Tamarugal y gran parte del desierto de Atacama, en tres días llegaron a la zona pensada de antemano. El Capitán Kari, a cargo de la misión, decidió esperar allí a los intrusos para atacarlos por sorpresa al amanecer, aprovechando la espesa neblina que cubría la costa del desierto de Atacama durante la noche y parte de la mañana. Los guerreros durmieron en la meseta al borde del acantilado, no lejos del sendero por el cual se bajaba a la playa donde los huaqueros habían levantado su campamento.

La espesa camanchaca ocultaba el paisaje adhiriéndose con su pegajosa humedad a los roqueríos del acantilado que descendía hasta el mar. Al amanecer, la espesa niebla había comenzado a cubrir de rocío las hojas de los tamarugos que crecían en la meseta, goteaba de las afiladas espinas de los cactus y en la playa empapaba los raídos toldos del precario campamento de los conquistadores españoles y las remendadas mantas con las que se cubrían para dormir los indígenas que les acompañaban. Con los primeros rayos del sol, las minúsculas gotitas de agua que no habían alcanzado a caer sobre la sedienta tierra, comenzarían a transformarse en ténues volutas de vapor las que elevándose lentamente hacia el cielo irían a formar precarias nubes destinadas a desaparecer antes del mediodía. Temprano los yanacunas habían cumplido la diaria tarea de recolectar el combustible necesario para revivir la fogata extinguida durante la noche. Los españoles aún no comenzaban a salir de sus toldos, cuando ya los indígenas se habían congregado alrededor del crepitante fuego, con ayuda del cual algunos de ellos intentaban secar sus humedecidas mantas extendiéndolas frente a las alegres llamas.

De pronto, por sobre el acompasado y sordo estruendo de las olas que reventaban en la extensa y angosta playa de arena, se oyó el lúgubre sonido de una concha marina, al que siguió la aterradora gritería de los guerreros indígenas que bajaban desde lo alto del acantilado por el zigzagueante sendero de piedra que moría en la fina arena de la playa. En aquel mismo instante, los conquistadores y los yanaconas fueron atacados por innumerables guerreros salidos como por arte de magia de la arena, que no cesaban de incrementarse con los que bajando a la carrera se incorporaban a la batalla. Los atacantes, guerreros incas rebeldes de la Pampa del Tamarugal, estaban dirigidos por los capitanes Cari y Vilca

Los españoles, que creían encontrarse en una zona pacífica, fueron tomados completamente desprevenidos. Alonso Herrera y Miguel Solana alcanzaron a coger sus espadas, pero de nada les sirvió pues rápidamente fueron heridos, desarmados y reducidos. Al cura Portillo, que suplicaba por su vida enseñando a los atacantes la cruz que llevaba colgada sobre el pecho, un certero golpe en la cabeza lo dejó inconsciente sobre la arena. Gonzalo Calvo y Vasco de Almeyda, que intentaron escapar por la playa, fueron inmovilizados con boleadoras, tomados prisioneros y luego maniatados debidamente. En la refriega se destrozó la bandurria que el joven lusitano llevaba terciada a la espalda.

Fue tal la diferencia numérica entre los atacantes y los atacados y la furia y decisión de los primeros frente al desconcierto de los últimos, que en pocos minutos la desigual batalla hubo terminado. Los cuerpos sin vida de todos los despreciados indios yanaconas, profundamente odiados por los incas, quedaron sobre la límpida arena en los mismos sitios donde fueron muertos. La misma suerte sufrieron los escuálidos caballos. Luego de recoger las armas y objetos que habían quedado abandonados en el escenario de aquel corto y sangriento combate, los guerreros de la Pampa del Tamarugal subieron a la meseta llevando prisioneros a los cuatro conquistadores y al fraile Diego Portillo quien, aún semi aturdido y

asustado, lucía un magnífico chichón en la cabeza, en el punto donde había recibido el mazazo.

Desfallecientes debido al cansancio acumulado en tres días de caminata bajo el implacable sol del desierto y la pérdida de sangre a causa de las heridas recibidas durante el combate donde fueron hechos prisioneros, los tres soldados peninsulares, el fraile Diego Portillo y el lusitano Vasco de Almeyda, llegaron al poblado de Kachi, secreta capital del Reino de la Pampa del Tamarugal. Las mujeres y los niños indígenas que los salieron a conocer a la entrada del caserío, los fueron insultando durante el trayecto por la calle principal. Los peninsulares, que caminaban amarrados unos a otros del cuello y en una angarilla llevaban al malherido Miguel Solana, iban siendo celosamente vigilados por un grupo de los guerreros que los habían apresado. Cuando el cortejo se detuvo frente a la casa que iba a ser utilizada como prisión, arreciaron los insultos y los niños se acercaron a los prisioneros para orinarlos. En aquel momento, la mirada de Vasco de Almeyda se cruzó con la de un muchacho que se mantenía distanciado del grupo de flageladores. Después de alejar a los menores y a las mujeres, los guerreros desataron los cordeles que unían a los presos y los introdujeron en la rudimentaria cárcel de paredes de piedra con el techo de ramas cubiertas de una gruesa capa de barro endurecido. Custodiados por una guardia, allí los dejaron.

Poco antes del anochecer, escoltadas por los capitanes Huaman y Kari un grupo de *mamaconas*, vírgenes del Sol, fue a verles. En medio de ellas iba Nayra la *Coya Pacsa*, Sacerdotisa Suprema, del Reino de la Pampa del Tamarugal. A pesar de que el aspecto de Gonzalo Calvo era muy distinto al orgulloso guerrero de antaño, ella lo reconoció de inmediato por la falta de sus orejas. Y al mismo tiempo recordó que aquel español había tenido un trato con

los indígenas diferente al resto de sus camaradas de armas, tal vez por haber vivido algunos años entre los naturales del valle del río Aconcagua antes de que Diego de Almagro llegara a Chile. El asustado cura Portillo, que no cesaba de rezar, no le agradó en absoluto. Alonso Herrera, cansado y herido, estaba sentado contra un poste y al parecer no se interesó en los visitantes, porque permaneció sin levantar la cabeza y ni siquiera los miró. A Miguel Solana no lo reconoció porque el soldado había enflaquecido demasiado y se estaba desfallecido a causa de la pérdida de sangre. Cuando las mamaconas llegaron frente a Vasco de Almeyda éste, en quechua, les dijo: “Todos tenemos sed.”

Nayra se asombró al escuchar que el joven hablaba en su idioma y destacándose del grupo se acercó al prisionero. Entonces Vasco la miró y quedó asombrado porque nunca había visto una mujer tan hermosa como aquella joven. Ella le devolvió la mirada, los ojos de ambos se encontraron y los jóvenes se quedaron alelados. Luego del largo instante que Nayra necesitó para recobrar el aliento, cortado por el celeste resplandor de la mirada de Vasco, para sí misma, musitó: *killúrñawi* (*killúr* - estrella, *ñawi* -ojos). Por su parte Vasco de Almeyda, tratando de ocultar su perturbado estado de ánimo, señalando a Miguel Solana tumbado a su lado, dijo: “Este cristiano se está muriendo.”

Entonces Nayra ordenó que le dieran de beber a los prisioneros, cosa que las mamaconas que le acompañaban hicieron con presteza. Luego, dirigiéndose a los guerreros incas les dijo que daba por terminada su visita y a continuación todos salieron al exterior. Poco tiempo después, los cristianos recibieron un poco de comida, mientras Solana era examinado por dos indígenas hechiceros que vendaron sus heridas y le dieron unos brebajes, sin que el soldado recobrase el conocimiento. Muchas horas después de la visita de Nayra, el joven Vasco de Almeyda aún no salía de su asombro.

Los sacrificios se efectuaban en la plaza principal, frente al Templo del Sol, sobre una gran piedra plana, colocada sobre una base de rocas, a modo de mesa o altar. Según las tradiciones incas, las ofrendas consistían en animales domésticos, pero en el Reino de la Pampa del Tamarugal, inmolaban a todos los soldados españoles que tomaban prisioneros. Estas ofrendas tenían como objetivo rogar al Sol por la seguridad y la vida del exiliado Inca Manco, revertir la derrota de la rebelión contra los *viracochas* y evitar que sobre ellos se abatieran epidemias, hambrunas u otros desastres.

En el Reino rebelde la jerarquía religiosa fue organizada según el modelo inca clásico: Mamani fue designado *Hatun Huillca*, Gran Sacerdote; *Huatuc*, Adivino, fue nombrado Antahuara; Quispe fue elegido *Ichuri*, Confesor; como *Umu*, Hechicero, se designó a Urkku, y Apaza quedó como *Narac*, Carnicero, llamado así porque su principal tarea consistía en sacrificar los animales ofrendados en las ceremonias religiosas.

La joven mamacona Nayra, que era hija del *Huillca Huma*, Sumo Sacerdote, y sobrina del Inca Manco, fue investida como *Coya Pacsa*, Sacerdotisa Suprema y Esposa del Sol. En tal condición estaba a cargo del Templo del Sol, que había sido levantado a toda prisa; de atender la preparación de lo necesario para efectuar los ritos durante las festividades; de cuidar y atender la *Huaca* del príncipe Paullo, y de dirigir a las *mamaconas*, vírgenes del Sol, y a las *acllas*, muchachas elegidas, que estaban al servicio del Culto del Sol.

Las mamaconas, que habían hecho voto de castidad perpetua, vivían al lado del Templo del Sol. En el recién creado dominio, ellas se dedicaron a tejer los vestidos ceremoniales, guardaban las sagradas hojas de coca y preparaban la chicha de maíz que se

usaba en los rituales. Las vírgenes del Sol que habían sobrevivido la terrible travesía de la cordillera de los Andes como integrantes del séquito del Príncipe Paullo, eran Thika, Imilla y Nakena, las tres amigas de Nayra desde la niñez. Las cuatro jóvenes se habían hecho amigas en el Cuzco, a donde fueron llevadas para ser educadas después de ser seleccionadas como acllas.

Las cuatro vírgenes del Sol eran muy hermosas. No en vano habían sido seleccionadas entre las más bellas jóvenes del Imperio Inca. Pero en aquel cuarteto de jóvenes mujeres hermosas, Nayra sobresalía por la perfección de su belleza. De estatura regular y cuerpo delgado y bien proporcionado. Tenía el rostro simétrico y amplia la frente. Las cejas formaban un suave arco sobre sus grandes y vivaces ojos negros de agradable mirar. Su delgada nariz, un tanto ganchuda y de regular tamaño, le confería el perfil clásico del rostro incásico. Su negro y sedoso pelo, suavemente ondulado, le caía dócilmente sobre los hombros cuando no llevaba colocado el cintillo ricamente bordado propio de su rango. Su piel, ligeramente morena, era casi blanca debido a que sus actividades la mantenían todo el día bajo techo. Hablaba a media voz, modulando las palabras en forma natural y sin afectación, con un agradable timbre de soprano. Caminaba en forma graciosa y flexible, irradiando a su paso el natural atractivo de su juventud y femineidad.

No obstante saber que enamorarse de la Coya Pacsa se pagaba con la vida, el Capitán Kari se sentía irremediabilmente atraído por la bella Nayra. Aquel imposible y doloroso amor incitaba al guerrero a comportarse en forma temeraria en las batallas. El increíble arrojo con el cual Kari dirigía a sus guerreros en los combates era una forma inconsciente de buscar la muerte. Pero la tentada parca no se hacía presente y el coraje suicida del Capitán había adquirido dimensiones de leyenda. A la Sacerdotisa Suprema, el extraño comportamiento del desolado Capitán en su presencia no le pasaba desapercibido pero ella, alejada de las pasiones terrenales por la

estricta educación religiosa recibida, lo atribuía a otras diversas y supuestas causas.

Sin embargo, la mayor experiencia del Capitán Huaman le había revelado el secreto del capitán Kari. No pudiendo conversar el problema directamente con su subalterno, por temor a herirlo o provocar en él reacciones impredecibles, tomó la decisión de discutirlo en secreto con el Curaca Katari. Luego de analizar en detalle la secreta pasión del Capitán Kari, ambos jefes del Reino, por diferentes motivos, decidieron dejar el asunto bajo un atento y discreto control.

En el Templo del Sol, junto al Gran Sacerdote se reunieron los sacerdotes Adivino, Confesor, Hechicero y Carnicero y la Sacerdotisa Suprema. El Hatun Huilca Mamani, habló: “Nos hemos reunido para decidir el destino de los prisioneros. Conforme a la costumbre establecida en este Reino, los viracochas serán ofrendados al Sol para que esté contento, proteja a nuestro Inca, donde sea que éste se encuentre, y a nosotros mismos.”

—Ellos son cinco —dijo el Huatuc Antahuara—. Si ofrendamos uno de ellos en cada ceremonia principal alcanzarían hasta la *Inti Raymi* (Fiesta del Sol).

—Así no sería necesario sacrificar ninguna de nuestras llamas, que las tenemos muy escasas —agregó el Narac Apaza.

Nayra, escuchaba con atención las opiniones de los sacerdotes, pues ella sería la encargada de hacer los preparativos para las ceremonias. A las reuniones de los sacerdotes ella era la única mujer que podía asistir, no obstante ser la Esposa del Sol, durante las deliberaciones tenía que guardar absoluto silencio. Sólo cuando el Gran Sacerdote le hacía una pregunta ella debía contestar con la

mayor precisión, ahorrando las palabras. Nayra sentía una gran aversión por los sacrificios de animales, a los que ella quería y cuyas vidas le parecían sagradas, pero ya había experimentado el rechazo que estas ideas producían en los sacerdotes del Culto del Sol y se daba cuenta de que no le alcanzaban las fuerzas para luchar por sus puntos de vista.

—Honorable Coya Pacsa —dijo Mamani, dirigiéndose a Nayra—: Tú has visitado a los prisioneros. ¿Nos podrías decir cuál es su estado?

—Uno de ellos está herido grave y moribundo, y levemente heridos, los otros. Entre ellos hay un sacerdote cristiano.

Se hizo el silencio. Al parecer, cada uno de los presentes repasaba lo que se había dicho. Ninguno de los sacerdotes daba señales de tener prisa. Al cabo de un largo intervalo de meditación, el Hatun Huilca, dijo: “Me parecen muy adecuadas las sugerencias expresadas por Antahuara y Apaza. Veamos qué festividades son las que se aproximan.”

Con calma, los sacerdotes fueron enumerando las celebraciones que se avecinaban, en todas las cuales los ritos exigían el sacrificio de animales domésticos. Aquel día se encontraban en la mitad de *camay*, el mes de febrero. Durante ese mes se debían hacer ofrendas al Sol para que éste se preocupara por el buen desarrollo de los cultivos. A continuación venía *hatun pucuy*, el mes de marzo, período en el cual se celebraba el equinoccio de verano. Luego llegaría *pacha pucuy*, el mes de abril, donde se debían hacer sacrificios para que crecieran los granos de maíz. Después seguía *ariwaqui*, el mes de mayo, lapso en el que se cosechaba la chacra sagrada y se hacían nuevos sacrificios. Finalmente llegaría *hatun cusqui*, el mes de junio, en el cual se celebraba la *Inti Raymi*, la Fiesta del Sol. Los ritos de esta festividad incluían sacrificios a *Pachacámac*, Creador del mundo, a *Inti*, el Sol, y a *Illapa*, el Rayo.

Según decidieron los sacerdotes, los prisioneros serían sacrificados en las fechas culminantes de las próximas festividades. El primero sería Miguel Solana quien a causa de sus graves heridas podía morir en cualquier momento. Le seguirían Alonso Herrera, que moriría en marzo; Gonzalo Calvo, que sería ofrendado en abril; el cura Portillo, que sería inmolado en mayo, y Vasco de Almeyda, el más joven de todos, cuyo sacrificio fue reservado para la Fiesta del Sol que se efectuaría en el mes de junio. De acuerdo al orden establecido, al portugués sólo le quedaban cuatro meses de vida.

Aquella noche de mediados de febrero, que en gran parte había transcurrido suavemente iluminada por la silenciosa *Quilla*, la Luna, estaba llegando a su fin. Poco antes del amanecer, los peninsulares despertaron sobresaltados debido a que un grupo de guerreros incas entró bruscamente en la casa donde estaban reclusos. Los indígenas colocaron al herido Miguel Solana sobre unas andas y lo transportaron hasta la polvorienta plaza del poblado. Allí lo dejaron junto a la piedra de los sacrificios, ubicada frente al Templo del Sol. A partir de ese momento, los sacerdotes se hicieron cargo del descalabrado español pues Solana iba a ser ofrendado al Sol para asegurar el éxito de los cultivos.

En la plaza se habían congregado todos los habitantes del pueblo. Hombres y mujeres, estaban en silencio ubicados a las espaldas del Curaca Katari y su panaca. Frente a ellos, dejando un gran espacio vacío en torno al altar de las ofrendas, formaban los escuadrones de guerreros detrás de sus respectivos capitanes. Al frente de sus hombres se ergían Huaman, Kari, Huari, Yauca, Yunque y Vilca. Los cuatro últimos nombrados, así como los guerreros bajo sus órdenes y sus respectivos ayllus, habían arribado a la Pampa del Tamarugal una vez fracasada la rebelión general contra los

españoles. Estos guerreros incas preferían morir luchando por su libertad a vivir bajo los conquistadores como sus esclavos.

Miguel Solana estaba mal herido y débil por la pérdida de sangre, pero no estaba enfermo ni tenía defectos físicos, por lo cual los sacerdotes decidieron que podía ser sacrificado. Los sacerdotes lo subieron a la plataforma de piedras planas que formaban la base del altar, una gran mesa de piedra plana. El Hatun Huillca elevó una plegaria al Sol que en aquellos instantes nacía detrás de las cumbres de los Andes y comenzaba a iluminar con su aureola. Mientras el Gran Sacerdote hacía su rogativa, los sacerdotes Antahuara, Quispe y Urkku pusieron de pie al prisionero mirando hacia el Sol, detrás de la mesa de piedra de los sacrificios. Entretanto el Sacerdote Apaza se acercó a Solana por su derecha y en el instante en que el Gran Sacerdote elevaba sus brazos al cielo por tercera vez, le propinó al conquistador un tremendo golpe en la nuca con la maza ceremonial de madera con incrustaciones de oro, plata y cristales. Un sonido de espanto produjo al estallar el cráneo del sacrificado. El soldado cayó al suelo agitándose convulsivamente y murió en el acto. Dos sacerdotes tomaron su cuerpo, lo pusieron sobre la ancha y lisa piedra de las ofrendas y con presteza lo desnudaron. Apaza le abrió el vientre y a medida que le sacaba las vísceras las fue colocando en un recipiente ceremonial. Terminada esta parte de su trabajo, el Sacerdote Carnicero le cedió la fuente con las entrañas del sacrificado a Antahuara, el Sacerdote Adivino, y se lavó sus ensangrentadas manos en una fuente con agua perfumada. El Adivino examinó cuidadosamente los humeantes órganos internos del soldado, desplegándolos sobre la mesa de piedra con su bastón ceremonial y entonando entre dientes una oración dirigida al Sol, hasta que cayó en trance. En ese estado anunció el augurio de los dioses: “Los arroyos que bajan de las montañas crecerán y arrasarán los cultivos y tanto las cosechas de maíz como las de papas se perderán. Las miradas entre un hombre y una mujer serán un problema para todos.”

A las palabras de Antahuara siguió un gran silencio. La gente sintió temor ante el anuncio de la pérdida de los cultivos y nadie entendió el significado de la segunda parte del vaticinio. A continuación el Sacerdote Carnicero desmenbró el cuerpo. Separó la cabeza, los brazos y las piernas del torso y todas esas piezas las colocó en bolsos tejidos de lana para ser transportadas. Las extremidades serían llevadas a los poblados vecinos donde habrían de ser incineradas, mientras la cabeza y el tronco del sacrificado se llevarían a la chacra sagrada del poblado de Kachi, donde se quemarían al iniciarse las ceremonias.

Mientras hacían abandono del altar de los sacrificios, Mamani le preguntó al Sacerdote Adivino por el significado del segundo vaticinio y Antahuara le respondió que él tampoco lo había comprendido. Entonces el Gran Sacerdote llamó al Sacerdote Confesor y le dijo: “Quispe: te entrego la misión de averiguar y precaver para que la segunda parte del agüero de los dioses no se cumpla.”

Luego de ser informada del vaticinio de los dioses, leído en las entrañas del soldado español por el Adivino, Nayra quedó muy preocupada ante el anuncio de una probable destrucción de los cultivos pues ésto provocaría una disminución de los alimentos para su pueblo, dado que el maíz y las papas eran los más importantes de todos. Una hambruna sería una catástrofe. La gente se enfermaría, los niños nacerían débiles o con defectos físicos. El pueblo entero sufriría y más que todos los niños y las mujeres. Si la realidad confirmaba la profecía de los dioses, ella como Esposa del Sol y madre de todos, sería la que más sufriría.

Al cruzar la cordillera de los Andes integrando la expedición de los codiciosos conquistadores españoles en la que iba formando parte

del séquito del Príncipe Paulo, Nayra había soportado en su cuerpo el frío mortal, las privaciones y el cansancio infinito. Le había dejado profundas huellas la terrible experiencia de ver morir ateridas, acurrucadas y abrazadas a su lado a decenas de acllas y mamaconas, sin poder hacer nada para evitarlo, y descubrir cada amanecer los cuerpos de los indígenas portadores congelados en grupos entre las heladas rocas de granito cubiertas de nieve, mientras la implacable ventisca azotaba la alta montaña. Fueron aquellos horribles días vividos en la cordillera, por imposición de los implacables conquistadores, una de las razones que la impulsaron a rebelarse junto a los guerreros y a establecerse en la Pampa del Tamarugal donde todos defendían su libertad, singular don que comúnmente no se aprecia si no se ha perdido.

Por su formación y ninguna vivencia en el tema, Nayra no estaba en condiciones de comprender el segundo augurio leído en las vísceras por el Sacerdote Adivino. Aquel singular vaticinio le era completamente incomprensible. Ella ignoraba además que el Gran Sacerdote le había entregado al Sacerdote Confesor, la misión de evitar que la segunda parte de la profecía se cumpliera.

A raíz de su visita a los prisioneros, la Sacerdotisa Suprema quedó inquieta. Durante el día no podía olvidar los ojos del joven Vasco de Almeyda y por las noches tenía horribles pesadillas de las que despertaba sobresaltada pero, una vez despierta, no las recordaba. Sin embargo, cierta noche en que en sueños revivía el trágico cruce de la cordillera de los Andes en la expedición de Diego de Almagro, vio a Vasco de Almeyda que en medio de la ventisca se estaba muriendo de frío y le pedía auxilio, pero la fuerza de la tormenta la alejaba de él hasta que la espesa cortina de nieve que caía apagaba el celeste resplandor de los ojos del lusitano. Aquella noche Nayra despertó llorando y no pudo volver a conciliar el sueño.

Al día siguiente, la Sacerdotisa Suprema no resistió la tentación de ir a ver a los prisioneros. Como ella tenía la responsabilidad de que

éstos vivieran hasta el momento en cada cual sería sacrificado, podía visitarlos a cualquiera hora del día. A media mañana, en compañía de sus tres amigas mamaconas llegó a la casa que servía de prisión. Sin hacer preguntas, los celadores abrieron la puerta y les franquearon el paso. Acompañadas del Capitán Vilca, quien estaba a cargo de la guardia, las mujeres entraron. En el cuarto se encontraban los cuatro prisioneros, con las manos atadas a la espalda y sujetos a los soportes del techo. Nayra le preguntó al capitán Vilca cómo se las arreglaban los presos para alimentarse y éste le respondió que les daban de comer una vez al día y que para ello los desataban por turnos y que el agua, que recibían cuatro veces al día, se la daban a beber los guardianes.

Nayra examinó con atención a cada uno de los presos, deduciendo de su aspecto el estado de su salud. Al final se encaró con Vasco de Almeyda, quien no había dejado de mirarla embelesado. Desde el instante en que la vio por primera vez, el joven había quedado muy impresionado de la belleza de Nayra y aunque soñaba con ella noche y día, nunca pensó que la volvería a encontrar. Verla entrar a la prisión aquel día fue para él un inesperado regalo de la fortuna. El pausado y prolijo trajinar de la Sacerdotisa Suprema dentro la pieza, examinando a los otros prisioneros, le había dado tiempo a Vasco para mirarla atentamente, llegando a la conclusión de que la joven era aún más bella de lo que a él le había parecido la vez anterior. Cuando los ojos de Nayra se encontraron con los suyos, el portugués sintió que el corazón se le quería salir por la boca. La joven recordaba que Vasco hablaba su idioma, por ello le preguntó: “¿Cómo te sientes?”

Vasco, fascinado y nervioso, no atinaba a encontrar las palabras para decirle a la joven de que a pesar de estar amarrado desde que fue hecho prisionero, su sólo presencia le infundía una enorme alegría imposible de refrenar y de expresar. Finalmente, sin pensar en lo que decía, le respondió: “Felíz.”

La Sacerdotisa Suprema lo miró extrañada y pensando que el prisionero no le había entendido, le volvió a preguntar cómo se sentía, remarcando las palabras. Al comprender que sus anteriores palabras no se conjugaban con su situación, a su vez, Vasco le preguntó: “¿Por qué no nos desatan?”

Dirigiéndose al Capitán Vilca, Nayra le preguntó si era posible soltarle las manos a los prisioneros. Este le respondió que era peligroso tener a cuatro viracochas juntos y con las manos sueltas, aunque éstos estuvieran desarmados. “Se podrían separar en dos grupos, le dijo Nayra al Capitán, y llevar a dos de ellos a la casa de piedra junto al Templo del Sol. Aquella está vacía y es tan segura como ésta. Así sería más fácil vigilar a dos hombres y ellos, con sus manos libres, se podrían atender a sí mismos.”

Mientras ambos salían al exterior, el Capitán le dijo a Nayra que la idea de separar a los presos en dos grupos le parecía razonable y antes de que la Coya Pacsa se retirara le consultó por el orden de inmolación de los prisioneros. Por último le aseguró que tomaría medidas para mejorar la situación de los presos.

Quilla hacía su habitual recorrido por la negra bóveda del cielo borrando con su resplandor a casi todas las estrellas. La suave luz que la Luna proyectaba sobre la Tierra permitía ver el agreste paisaje en torno al poblado de Kachi. En su habitación, Nayra se preparaba para irse a dormir. Al desprenderse de los atuendos propios de su condición de Sacerdotisa Suprema, la Luna iluminó su suave piel destacando la increíble belleza y perfección de su delgado cuerpo desnudo. Como la joven no sentía sueño, se puso una delgada tela sobre sus hombros y salió al patio interior de la vivienda. Concentrada en sus pensamientos, cuyo significado no podía descubrir, se sentó sobre una gran piedra a contemplar la

noche. De inmediato se le acercó la leona Lluspi, y se echó a sus pies. La difusa luz de la Luna acentuaba la suavidad de los rasgos y la belleza del rostro de Nayra, enmarcado en el pelo que le caía sobre sus redondos hombros. Pero ella no veía el hermoso y fantasmagórico entorno que la Luna iluminaba, sino sólo el celeste resplandor de aquellos ojos que no podía deshechar de su mente. Absorta en sus pensamientos, la joven no escuchó que alguien había salido al patio, hasta que Thika, susurrándole al oído, le dijo: “¿Qué es lo que perturba a tu corazón?”

Al oírla, Nayra se sobresaltó. Pero no fue la imprevista y repentina aparición de su amiga lo que la sorprendió, sino sus palabras. ¿Cómo ella se había enterado de lo que le pasaba? “Thika, amiga querida, ¿por qué me dices eso?” “Tus amigas nos hemos dado cuenta de tu aflicción.”

En aquel instante Nayra recordó que en los últimos días Imilla, Nakena y Thika se habían comportado de una forma especial, como si hubiese aumentado el cariño que sus amigas sentían por ella. Al escuchar a Thika, la Suprema Sacerdotisa comprendió lo mucho que las jóvenes mamaconas le amaban y sus bellos ojos se le llenaron de lágrimas. Al verla en ese estado, Thika le puso un brazo sobre los hombros y la atrajo hacia sí. Apoyándose en ella, Nayra prorrumpió en llanto. Thika la dejó desahogarse, sin decir palabra. Permaneció en silencio, en primer lugar, porque no sabía qué decir en aquella insólita circunstancia. Nayra, que comenzó a llorar en forma convulsiva, poco a poco se fue calmando, sin dejar de llorar. Cuando los suspiros reemplazaron a las lágrimas, con su suave voz de siempre, Thika le preguntó: “¿Qué es lo que te sucede, Nayra querida?” “No lo sé.” “Durante el día suspiras con pena y por las noches no puedes dormir. Algo te ocurre, amiga mía.” “Es verdad todo eso que dices. Pero lo que me pasa ni yo misma sé lo que es.”

Mostrándole su cariño, Thika le acarició la cabeza y le secó las lágrimas a Nayra. Permanecieron en silencio, sentadas una al lado

de la otra en la misma piedra. Nayra sentía que amiga sufría porque no la podía ayudar y la pena le invadía, pero aquella opresión que sentía en el pecho, realmente no la podía explicar. Aquel sordo dolor le era inexplicable porque nunca antes lo había sentido. A veces pensaba que estaba enferma, pero aquella noche, por no afligir más a su amiga, no le participó esa sospecha. La leona Llauchina captaba el flujo de las hormonas en la sangre de la joven e interpretaba lo que le ocurría a la joven como un hecho normal. Así se lo quiso explicar, pero se dio cuenta de que Nayra no la entendía. Asombrada, la leona miró a la Coya Pacsa cuando ésta, junto a Thika, entró a la vivienda. De nuevo en su habitación, Nayra se durmió cerca del amanecer, a la hora en que los cóndores se echaban a volar desde las altas cumbres donde anidaban.

El Capitán Vilca separó a los prisioneros en dos grupos: Alonso Herrera y Gonzalo Calvo, quienes serían sacrificados en marzo y abril, respectivamente, quedaron en la casa prisión en la que estaban reclusos desde el principio. El cura Diego Portillo, quien sería inmolado en mayo y Vasco de Almeyda, cuya muerte estaba reservada para la Fiesta del Sol, en junio, fueron trasladados a la casa vecina al Templo del Sol. Después de esto, Nayra siguió visitando regularmente a los cautivos con la finalidad de constatar su estado de salud. Para los sacerdotes era muy importante ofrendar seres sanos al Sol. Antes de ser sacrificadas, las llamas eran elegidas con gran cuidado pues no sólo debían ser ejemplares exentos de defectos físicos sino también estar en perfectas condiciones de salud. En el caso de los conquistadores destinados al sacrificio, se tenía por buena su constitución física y sólo les preocupaba su estado de salud.

Siempre acompañada de al menos por una mamacona, Nayra frecuentaba a diario las prisiones. En sus visitas, la Sacerdotisa

Suprema miraba las heridas de los presos comprobando que el cambio de las condiciones del encierro, aceleraba su mejoría. La joven solía estar durante algunos minutos con Alonso Herrera y Gonzalo Calvo, intercambiando breves frases con este último quien, por haber vivido un tiempo con los indígenas del valle del río Aconcagua, entendía algunas palabras de quechua, la lengua de los incas. Las visitas a la cárcel vecina al templo del Sol, acostumbraban a ser más largas. Allí la joven Sacerdotisa Suprema charlaba con Vasco de Almeyda, y éste le servía de intérprete al cura Diego Portillo, quien realizaba un desesperado intento para salvar su pellejo tratando de convertir a Nayra a la religión cristiana.

Mientras estaba en la prisión junto a Vasco, Nayra se sentía feliz. Pero una vez de regreso al Templo del Sol, le embargaba de nuevo la tristeza. La joven estaba desconcertada porque no entendía lo que le estaba sucediendo. Su educación, primero como aclla y luego como mamacona, sólo la había adiestrado en los rituales sagrados de las ceremonias religiosas y en la moral de los incas. De tal modo que su ascensión a Coya Pacsa del Reino inca rebelde, ella la había asumido como su matrimonio solemne con el Sol.

Nayra no podía apartar de su pensamiento los azules ojos del joven prisionero porque la enamorada mirada de Vasco la perseguía a todas partes. Durante el día, la Sacerdotisa Suprema andaba como sonámbula, sin concentrarse en los quehaceres propios de su rango y las noches las pasaba en vela. Le costaba conciliar el sueño y en tanto se dormía llegaban aquellos sueños agitados y llenos de sobresaltos, que la despertaban. En aquella duermevela siempre estaba presente Vasco de Almeyda, el joven lusitano cuya muerte estaba reservada para *Inti Raymi*, la Fiesta del Sol. Salvo aquella pesadilla en la que Vasco había sido tragado por una espeluznante tormenta de nieve en la montaña, la joven no recordaba otros sueños. Por eso se llevó una sorpresa cuando en medio de la noche despertó recordando lo que había soñado. El recuerdo era tan vívido que al principio pensó que aquello había ocurrido en la

realidad. En el sueño el joven prisionero le había tomado una mano, apretando contra ella sus labios. La impresión había sido tan real, que Nayra estuvo largo rato sentada en su lecho temblando debido a una emoción desconocida.

El Curaca Katari y el Mallku Huaman fueron advertidos de la presencia en el territorio de dos contingentes de viracochas. Los informes de los vigías decían que el mayor de ellos, integrado por veinte soldados de a caballo y quince infantes, iba sin indígenas acompañantes y avanzaba con rapidez hacia el sur. El otro grupo, formado por cuatro conquistadores de a pié, dos jinetes y una docena de yanaconas, recorría la zona en busca de tumbas.

Katari reunió a los capitanes para analizar la noticia. El parecer de los guerreros fue unánime: dejar al grupo mayor seguir libremente su camino a Chile y emboscar a los saqueadores de tumbas. Huaman estimó que para realizar aquella misión de guerra bastaba con los escuadrones al mando de Huari y Yauca. La orden era matar a todos los yanaconas y tomar prisioneros a alguno de los viracochas sólo si las circunstancias fuesen muy favorables, pero sin arriesgar en ello la vida de ningún guerrero.

Los capitanes Huari y Yauca reunieron a sus hombres los que provistos de sus armas de combate se formaron en la plaza frente al Templo del Sol. A la piedra de los sacrificios llegaron todos los sacerdotes para realizar la ceremonia de adivinación. Apaza, el Sacerdote Carnicero, mató tres cuyes dándoles un certero golpe la nuca con su bastón de ceremonias y luego, uno a uno, les abrió el vientre, les sacó las entrañas y a medida que lo hacía se las fue entregando al Sacerdote Adivino para que éste leyera en ellas los augurios de los dioses. Terminada la silenciosa lectura de los presagios, alzando su voz Antahuara se dirigió a los guerreros

formados frente al altar: “Los dioses anuncian la victoria. Pero debéis ser tan resueltos en el ataque como prudentes en la preparación del combate. Actuando con valentía, volveréis sanos y salvos.”

Luego el Gran Sacerdote Mamani, cantó: “¡Oh, Pachacámac!, Hacedor del Mundo. Que el Sol, el Rayo y la Luna jamás envejezcan. Que a nosotros tus descendientes, que hacemos esta ceremonia, nos tengáis siempre bajo vuestra protección. Y vosotros valientes guerreros tomad vuestras armas, que os las ha dado la Huaca Huanacauri para defenderos y defendernos, y marchaos a la guerra con nuestra bendición!”

Aprobando lo dicho por los sacerdotes, los guerreros lanzaron una gritería y los dos escuadrones salieron hacia el poniente, detrás de sus respectivos capitanes. Abasteciéndose de alimentos y agua en los depósitos secretos que tenían repartidos por los caminos del desierto y de la Pampa del Tamarugal, marcharon cinco días hasta encontrarse con los chasquis que tenían la misión de vigilar desde lejos, sin delatar su presencia, los movimientos de los extranjeros. Los vigías informaron que los conquistadores y sus yanaconas se encontraban recorriendo la quebrada de Tana, que llegaba hasta el mar, completamente ajenos a la presencia de los indígenas que les espían. El otro grupo de españoles había proseguido su viaje al sur sin ser molestado y por entonces ya se encontraba al sur de río Loa. Dos jornadas después, los guerreros llegaron a la zona donde se encontraban los geoglifos de Tivilche. Por el fondo de la quebrada corría el intermitente hilo de agua de un menguado estero. En aquel cañadón, hacia el poniente, a un día de marcha se encontraban los españoles y sus servidores.

Los capitanes Huari y Yauca se reunieron para afinar los detalles del plan de ataque, acordando que los guerreros de Yauca se desplegarían por las mesetas norte y sur del lugar donde estaba el campamento de los huaqueros, allí donde éstos serían atacados por sorpresa. Debían proceder sin delatar su presencia hasta el llegado

el momento del ataque. Mientras tanto, los guerreros de Huari cubrirían los sectores este y oeste del valle y cargarían sobre los profanadores de tumbas desde esas direcciones. Rodeados de aquel modo, los cristianos no tendrían ninguna posibilidad de escapar. Una vez divididos en cuatro grupos, los guerreros se desplegaron por el terreno en busca de los sitios mejor ubicados para tomar sus posiciones.

El plan de los guerreros incas se vio favorecido por la ubicación del campamento de los españoles, que éstos habían levantado sobre una pequeña altura apoyada contra la ladera norte de la hondonada. Si bien tal emplazamiento permitía una relativamente fácil defensa en el caso de ser atacados al nivel del fondo de la quebrada, el flanco respaldado en el farallón podía transformarse en su talón de Aquiles. Los avezados guerreros del Capitán Yauca estimaron que los centinelas enemigos apostados por las noches en lo alto del corte rocoso no representaban ningún inconveniente, porque los podían silenciar fácilmente al caer la oscuridad y, desde lo alto del barranco, iniciar el ataque al amanecer.

Mucho antes del alba, los guerreros del Capitán Huari ya habían ocupado sus posiciones y estaban a la espera del comienzo de la lucha. Cuando la naciente luz del día permitió ver con claridad, en lo alto de la cañada sonó una concha marina y una lluvia de piedras de todos tamaños cayó sobre el campamento de los españoles. Sólo dos soldados y algunos yanaconas alcanzaron a huir del derrumbe, para ir a morir a manos de los guerreros que les atacaron por los flancos. Los caballos y el resto de los huaqueros murieron aplastados por la avalancha de rocas. La acción duró unos minutos y al disiparse la nube de polvo, la muerte se había asentado en el lugar donde había estado el campamento de los conquistadores.

Los guerreros revisaron los restos del campamento, recogiendo gran cantidad de objetos de oro y de plata que guardaron en sus bolsos para transportarlos al Templo del Sol del Reino de la Pampa del Tamarugal. De regreso en Kachi, los capitanes Huari y Yauca

hicieron entrega de los objetos recuperados a los sacerdotes quienes, después de examinarlos se los entregaron a las mamaconas para que éstas los puliesen y adornaran con ellos el Templo del Sol.

El Templo del Sol de la Pampa del Tamarugal no resistía ninguna comparación con los magníficos edificios erigidos con el mismo propósito a lo largo y ancho del Imperio Inca. Las bases de las murallas del edificio estaban construídas con piedras sin trabajar, tal como habían sido encontradas, colocadas unas sobre otras con gran maestría hasta la altura de un metro y medio del suelo. Más arriba de la base de piedra, las murallas eran de un grueso enramado revestido con una mezcla de barro y cañas. El techo era un fuerte entramado plano de vigas y ramas cubierto con una gruesa capa de arcilla con paja, seca y endurecida, que protegía del calor del Sol y soportaba sin deteriorarse las escasísimas lluvias que muy de tarde en tarde caían sobre la región. El interior del templo estaba estucado con arcilla de color blanco. Sobre una mesa de piedra colocada a cierta distancia de la muralla del fondo, cubierta por una fina manta de lana ricamente tejida, estaba la Huaca del Príncipe Paullo, adoptada como suya por el Reino de la Pampa del Tamarugal. Detrás de aquel rústico altar, la muralla lucía adornada con figuras de oro, plata y piedras de colores. Dentro de aquel sencillo templo se experimentaba una grata sensación de frescura, tranquilidad y paz.

Poco después del mediodía, cuando los rayos del astro rey caían a plomo sobre la meseta que se extendía a ambos lados de la quebrada donde se levantaba el poblado de Kachi y el Templo del Sol y la temperatura era insoportable, al fresco recinto del templo entró Nayra, la Sacerdotisa Suprema, seguida por las mamaconas Thika, Imilla y Nakena y las acllas que había en la Pampa del

Tamarugal. Las jóvenes portaban cuatro pesados bolsos llenos con los objetos de oro y plata que los guerreros les habían arrebatado a los profanadores de tumbas, paños de algodón y varias fuentes con agua.

Dentro del templo, las muchachas elegidas se sentaron sobre pequeñas alfombras de lana extendidas en el suelo, formando un semicírculo frente a las tres mamaconas, mientras la Coya Pacsa se sentaba frente a ellas en un taburete de madera y cuero crudo. Siguiendo un orden preestablecido, las jóvenes procedieron a sacar los objetos de los morrales, poniéndolos en el suelo frente a ellas. Las mamaconas examinaron aquellas figuras agrupándolas según lo que representaban, el material del cual estaban hechas y su tamaño. Después las acllas procedieron a sacar la tierra que los objetos aún tenían incrustada, usando para ello agua y palitos afilados. Finalmente secaron y pulieron las figuras con los paños de algodón.

Aquel trabajo lo realizaron en silencio, demorándose más de dos horas en terminarlo. Cuando todos los objetos estuvieron listos, siguiendo las indicaciones de la Sacerdotisa Suprema los colgaron como adornos en la pared detrás de la Huaca, la que durante todo el tiempo estuvo cubierta con su manta de lana tejida. Terminada aquella tarea, conducidas por Imilla las acllas se retiraron.

Una vez que las jóvenes hubieron salido, Nayra se levantó y se acercó a la Huaca entonado un cántico ceremonial y efectuando un lento baile que destacaba su flexible y delgado cuerpo, mientras sus amigas Thika y Nakena le coreaban el canto. Frente al ídolo la Sacerdotisa Suprema terminó de cantar y cuidadosamente despojó a la Huaca de su manta, dejando a la vista un extraordinariamente bello trozo de cristal de roca de un codo de alto y uno de circunferencia. Thika, provista de una larga vara, abrió un pequeño ventanuco ubicado en lo alto de la pared del fondo por donde entraron los rayos del Sol que cayeron oblicuamente sobre la Huaca. Entonces las paredes y el techo de la habitación se llenaron

con los colores del arco iris reflejados por el trozo de cristal. Puestas de rodillas, como debían hacerlo cada vez que descubrían a la Huaca sagrada, las jóvenes miraban extasiadas aquel prodigio de la naturaleza, que ellas atribuían al poder de sus dioses.

—¡Oh, Huaca sagrada! —exclamó Nayra, dirigiéndose al trozo de cristal de roca—: Aliméntate con la luz de nuestro Padre el Sol. ¡Oh, Padre de los incas! —rogó al Sol la Sacerdotisa Suprema—: Entrégale tu fuerza a nuestra Huaca para que ella nos proteja.

Las mujeres permanecieron quietas y silenciosas hasta que los rayos del sol que entraban por el ventanuco dejaron de caer sobre el trozo de cristal. Entonces se levantó la Coya Pacsa y, sin pronunciar palabra, se acercó a la Huaca para cubrirla con la fina manta de lana. A continuación las tres jóvenes salieron a la plaza del pueblo, cruzando con rapidez el espacio que separaba el Templo del Sol de la casa de las mamaconas. La construcción de tres habitaciones estaba vacía porque Imilla y las acllas se encontraban preparando la comida en un fogón construido al aire libre en el patio. A pesar de ser muy amigas y las tres casi de la misma edad, en su trato cotidiano con la Coya Pacsa, Thika, Imilla y Nakena mantenían en toda circunstancia el respeto a su alto rango. Las mamaconas se sentaron sobre pequeñas alfombras mientras Nayra tomaba asiento en su taburete y la silenciosa leona Llauchina se echaba a sus pies.

Nayra amaneció cansada porque tal como todas las noches en las últimas semanas, había dormido mal y en forma sobresaltada y, como de costumbre, al despertar no recordó los sueños que le perturbaron el descanso. Decidió aprovechar la mañana para ir a consultar a la Huaca del Reino antes de ir a ver a los prisioneros. En compañía de Nakena y Thika, la Sacerdotisa Suprema fue al

Templo del Sol. Durante el trayecto le comunicó a las mamaconas a qué iba, por lo cual éstas la dejaron entrar sola al templo y ellas se quedaron en el exterior.

Nayra se acercó a la Huaca haciendo reverencias y entonando un cántico y llegando a ella le sacó la bella manta que la cubría. En la penumbra de la habitación, el hermoso trozo de cristal de roca se veía apagado, sin brillo. Nayra pensó que la Huaca estaba triste y, al arrodillarse, escuchó que el ídolo le decía: “¿En nombre de quién vienes?”

—Vengo en nombre de mis abuelos y de mis padres.

—¿Has ofendido a alguien?

—Ofender ha estado muy lejos de mi pensamiento.

—¿Has pecado?

—¿Cómo podría pecar yo, la Esposa del Sol?

—Entonces, ¿por qué has venido a mí?

—Vengo en busca de consejo. No sé qué es lo que me sucede. Por las noches no puedo dormir. Tampoco recuerdo mis sueños. ¿Qué debo hacer?

—Por tres semanas debes abstenerte de comer alimentos con sal y ají y, de aquí en adelante, todos los días antes de acostarte tendrás que purificarte en las aguas del estero.

La Sacerdotisa Suprema se mantuvo arrodillada y en silencio, hasta que se hubo serenado. Luego se levantó, volvió a cubrir la Huaca con su rica manta de lana y salió de templo. En el exterior se reunió con las mamaconas que la esperaban y juntas regresaron al patio donde las acllas esperaban con la comida del mediodía.

Acompañada de Imilla y Thika, Nayra fue a visitar a Alonso Herrera, quien moriría en marzo y a Gonzalo Calvo, el que sería

sacrificado en abril. Ambos se encontraban en una de las cárceles resguardadas día y noche por los guerreros incas.

Durante aquella visita a los prisioneros, la Sacerdotisa Suprema intercambió frases cortas con Gonzalo Calvo, quien entendía unas cuantas palabras y algunas frases sueltas del quechua. Dado que no tenía ninguna razón para ocultárselo, Nayra les dio a conocer a los españoles su destino. Entre los incas, el sacrificio de seres humanos a los dioses se practicaba muy de tarde en tarde y sólo en ocasiones excepcionales. En el fondo, los incas pensaban que para los hombres y mujeres sacrificados era un honor morir de aquella forma. Nayra, que siempre se había negado a presenciar los sacrificios de animales, en su fuero interno vivía el drama de los futuros inmolados. El hecho de que se les quitara la vida la hacía sufrir, pero a eso ella no le veía ninguna otra salida.

A continuación, la Coya Pacsa y sus acompañantes fueron a la cárcel contigua al Templo del Sol donde estaban los otros presos. El fraile Diego Portillo y Vasco de Almeyda vieron interrumpida su duermevela cuando la puerta se abrió con estrépito y el Capitán Vilca entró seguido de la Sacerdotisa Suprema y las mamaconas. Cuando Vasco de Almeyda vio que Nayra era una de las mujeres que habían entrado a la habitación, su corazón le dio un vuelco de alegría. Desde que la había conocido, el joven no podía apartar de su pensamiento su bello rostro y grácil figura. Nayra preguntó cómo se sentían, a lo que Vasco respondió: “El sacerdote se siente mal y rehusa comer, pero su mal no es del cuerpo, sino del alma. Yo me siento enfermo, tengo calores y me duele la cabeza.”

La Sacerdotisa Suprema se acercó al prisionero y le puso una mano en la frente. De inmediato sintió que el joven ardía con la fiebre. Obedeciendo a un impulso irresistible, mezcla de fiebre, amor y agradecimiento, Vasco le tomó la mano y llevándosela a los labios, la besó con calor.

—Gracias, princesa —murmuró.

Nayra se descompuso, se había cumplido el sueño. El contacto de los labios de Vasco en su mano le produjo un estremecimiento. No hallando qué decir, repuso:

—No soy princesa, soy la Coya Pacsa.

Imilla contempló estupefacta la escena del beso y la embargó un extraño presentimiento. La joven también se sentía atraída por los azules ojos de Vasco, aunque por su condición de mamacona y su larga preparación para tal rango, nunca se había enamorado. Thika, quien se encontraba a las espaldas de Nayra, no vio lo que había sucedido. Nayra se acercó a las mamaconas para decirle que el preso tenía calor en la frente, que estaba enfermo y Thika fue de opinión de traerle una infusión de yerbas para bajarle la fiebre, ver cómo reaccionaba y avisarle al curandero. Imilla se ofreció para ir de inmediato en busca del brebaje.

Para informarse del estado del fraile, dirigiéndose a Vasco, Nayra le preguntó: “¿Por qué no quiere comer el sacerdote?”

—Él no es soldado, es hombre de Dios. La muerte que nos espera lo tiene abrumado.

—Consultaré con el Hatun Huilca Mamani —prometió Nayra, porque no se le ocurrió decir otra cosa.

La Sacerdotisa Suprema se sentía confundida en presencia de Vasco, tenía dificultades para mantener la serenidad propia de su rango. Sentía el casi irresistible deseo de acariciarle la frente al prisionero. Como ella no se explicaba todo aquello, prefirió salir cuanto antes del lugar. Por eso, sin decir nada, atropelladamente abandonó la cárcel.

Más tarde, cuando la tarde estaba declinando, el calor que aún emanaba de la tierra sobrecalentada de la meseta mantenía alta la temperatura del aire. Entonces Nayra quiso cumplir el mandato de

purificación que le había dado la Huaca. Llevando consigo a sus fieles amigas, Nakena y Thika, se dirigió a un sector del arroyo donde éste pasaba entre grandes peñascos formando pozos de agua apropiados para bañarse. Mientras las mamaconas tapaban con sus chales la vista en dirección al poblado, completamente desnuda Nayra entró en una poza de agua que el Sol había entibiado durante el día. A esa hora de la tarde, los dorados rayos del Sol caían oblicuamente sobre el perfecto y flexible cuerpo de la joven, brillante con el agua que lo empapaba. Aquella divina visión fue la que, sin habérselo propuesto, Kari contempló desde arriba de la meseta. El Capitán, embrujado por lo que veía, no podía apartar la mirada de la joven, magnífica en su desnudez. El guerrero sabía que le estaba vedado mirar a la Esposa del Sol pero no tuvo fuerzas para apartar los ojos ni menos para moverse del lugar. El embeleso de Kari duró hasta que Nayra terminó aquel fantástico baño ceremonial. A partir de aquella tarde, el secreto amor por la joven Coya Pacsa se le clavó a Kari aún más honda y dolorosamente en el corazón. Aún más: el Capitán adquirió la peligrosa costumbre de espiar a la joven mujer, mientras ésta tomaba el diario baño ceremonial.

Por su parte, a Nayra la tibieza del agua, al mismo tiempo que le relajó el cuerpo, le acentuó el recuerdo de los febriles labios del prisionero sobre el dorso de su mano. Con aquella sensación quemándole en el sitio donde la habían besado, Nayra se acostó. A medianoche, sus sueños la desvelaron, pero ya no eran sueños que desaparecían al despertarse sino que eran sueños tan vívidos y reales que la confundida Sacerdotisa Suprema ya no distinguía cuándo soñaba y cuándo estaba despierta. El fuego de los labios del prisionero le seguía quemando la mano como si le hubiese dejado una llaga en la piel.

En tanto llegó el mes de marzo los sacerdotes del Culto del Sol comenzaron a preparar la celebración del equinoccio de verano, festividad en la cual Alonso Herrera sería ofrendado a los dioses. Debido a que la salud de éste no se podía quebrantar antes de su inmolación, porque si era sacrificado encontrándose enfermo las desgracias se abatirían sobre el Reino, a partir de los primeros días del mes la Sacerdotisa Suprema le dedicó su atención y sus cuidados al huraño soldado español.

Luego de haber sido informados por Nayra de su próximo fin, Alonso Herrera y Gonzalo Calvo sostuvieron largas y reiteradas conversaciones sobre el trágico destino que iban a compartir, sin haber encontrado ninguna salida a su situación. A la espera de ser ofrendados por indígenas claramente hostiles, en un territorio por completo desconocido donde las posibilidades de huir eran nulas, estaban viviendo el período más crítico de sus vidas. En tales condiciones, lo que más podían conseguir al intentar escapar era morir en el intento, lo que era equivalente a un suicidio. Ambos sentían miedo. Un miedo en nada semejante al que habían sentido cuando esperaban emboscados a que Atahualpa entrara a la plaza de Cajamarca para apresarlo. En aquella ocasión, si bien el Inca llegaba acompañado de miles de guerreros desarmados, ellos tenían en sus manos mosquetes, lanzas y espadas y contaban con la ayuda de perros feroces y caballos de guerra para atacar por sorpresa a los confiados indígenas.

Ambos soldados eran cristianos fanáticos y supersticiosos y por eso buscaron en los rezos el consuelo y la esperanza de un milagro que les salvase la vida. Rezaban a todas horas como una forma de ahuyentar el miedo que se había apoderado de sus almas, pero la angustia que aceleraba sus corazones no hacía sino crecer. Las noches las pasaban en vela porque no podían dormir. En aquellas circunstancias, un día Alonso Herrera pidió ir ante la presencia del sacerdote Diego Portillo para confesar sus pecados. Pero los indígenas llevaron al fraile a la prisión donde estaba Alonso y durante la confesión de éste sacaron a Gonzalo de la habitación.

Sentándose junto a una muralla, el cura se persignó diciendo: “En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, Amén.” A continuación, dirigiéndose a Alonso Herrera, agregó: “Te escucho, hijo.”

Alonso suspiró, estuvo unos segundos en silencio y luego, como si hubiese tomado impulso, con palabras desprovistas de la emoción que en su fuero interno sentía, dijo: “Acúsome padre, de que en mi pueblo en España entré a la casa de un vecino a robar y al ser sorprendido por él, lo maté con un hacha. Para eludir la justicia me vine a América. Acúsome padre de que en Túmbes, junto a varios soldados españoles forzamos a unas indias que encontramos bañándose en una laguna. Más adelante, en un templo del Cuzco tomé para mí algunos objetos de oro que los indios allí tenían y cometí el pecado de fornicación en las monjas que allí había. Mientras huaqueaba forcé muchas doncellas indias y maté a una joven que se resistió. He mentido y he robado. Padre: también he pecado de palabra contra Dios.”

—¿Te arrepientes de tus pecados?

—Sí, padre, me arrepiento.

—Pide a Dios, hijo mío, para que Él te perdone, que yo ya te he perdonado. Amén.

Fueron a buscar a Alonso Herrera para llevarlo al sacrificio y el que había sido un hombre duro y cruel con las armas en la mano, se derrumbó. Los guerreros incas tuvieron que llevarlo en vilo, arrastrando los pies por la tierra porque las piernas no le obedecían, hasta la plataforma en medio de la plaza donde sería inmolado. Bajo la ténue luz del amanecer, con las manos atadas a la espalda, el conquistador español parecía un muñeco de trapo tirado en el suelo.

Como en el sacrificio anterior, en la plaza se habían congregado los habitantes del pueblo. Detrás del Curaca Katari y su panaca, estaban los hombres y las mujeres del poblado. Frente a ellos, al otro lado de la embarrada plaza, formaban los escuadrones de guerreros encabezados por sus respectivos capitanes. Mientras el Gran Sacerdote y los presentes cantaban una plegaria dirigida al Sol, cuyo fulgor comenzaba a resplandecer sobre las majestuosas cumbres de la cordillera de los Andes, dos sacerdotes pusieron de pie al prisionero y lo afirmaron en la mesa de los sacrificios. Entonces se hizo el silencio hasta que el Hatun Huillca le lanzó tres besos al Sol y le cantó una plegaria. En el instante en que los primeros rayos del astro Dios, cayeron sobre el soldado español, el Sacerdote Carnicero le asestó un fortísimo golpe en la cabeza con la maza de ceremonias. Alonso Herrera murió instantáneamente. Los sacerdotes pusieron su cuerpo sobre la mesa de las ofrendas y luego le soltaron las manos y lo desnudaron. Apaza el Sacerdote Carnicero, le abrió el vientre y le extrajo las víceras, las que el Sacerdote Adivino Antahuara desplegó sobre la piedra con su vara ceremonial, procediendo a examinar los órganos entonando un cántico hasta caer en trance. Alzando los brazos al cielo, con su potente voz comunicó a la audiencia la profecía: “¡Los dioses anuncian la muerte de un alto dignatario, a quien lloraremos todos los incas!”

Un informe rumor de entrecortados suspiros, susurros temerosos y llantos ahogados se extendió en oleadas entre los presentes hasta que un desgarrador grito colectivo de dolor se elevó de la muchedumbre. En los días siguientes y durante los actos de celebración del equinoccio de verano, la tristeza fue el signo predominante.

Cierta noche, *Quilla*, la Luna, se fue oscureciendo a causa de una sombra que la comenzó a cubrir. Tocando tambores y trompetas los sacerdotes convocaron al pueblo a la plaza. Presurosos y asustados, hombres, mujeres y niños se comenzaron a reunir frente al Templo del Sol. Muchos llegaron con tambores, trompetas y silbatos que hacían sonar con estrépito. Los niños y las mujeres lloraban, extremando el llanto, y daban exagerados gritos de pena. Unos hombres amarraron varios perros a la piedra de los sacrificios y los azotaron para que aullaran de dolor.

Hacían todo aquello porque creían que *Quilla* estaba enferma, a punto de morir, y que si ella moría caería sobre la Tierra matando a todos los seres vivientes. Los aullidos de los perros eran para que la Luna se compadeciera de ellos, a los que mucho quería, y se recuperase de la enfermedad que la agobiaba. El llanto de las mujeres y de los niños tenía el mismo fin: que *Quilla* se compadeciera de ellos y no se dejase morir. El bullicio no cesó sino hasta que la Luna se recuperó de sus dolencias, expulsando de sí la sombra que la había cubierto. Los llantos y lamentaciones de susto y dolor fueron reemplazados por exclamaciones de júbilo, que duraron hasta el amanecer.

Una semana después, en mitad del día hubo un fuerte terremoto que derrumbó parte de un cerro rocoso de mediano tamaño que se alzaba a cierta distancia al este del poblado. El sordo ruido del derrumbe y su terrorífica visión, llenó de pavor a los indígenas. Las réplicas del sismo se sintieron durante toda la noche. Consultado el Sumo Sacerdote, explicó que Pachacámac se había enojado por algún pecado que alguien había cometido, que aquel temblor era un aviso y que había que esperar los castigos.

Todavía los incas estaban comentando el terremoto, cuando una noche el cielo se llenó de miles de estrellas que cruzaban la negra bóveda del firmamento a gran velocidad. La impresionante lluvia de estrellas duró tres noches seguidas. Antahuara, el Sacerdote

Adivino, dijo que aquello era un signo que presagiaba la muerte de un gran personaje del Reino, al cual todos íban a llorar.

Una vez establecido en Vilcabamba, Manco Inca le dio asilo a varios españoles que huían de las matanzas y persecuciones que tenían lugar en la guerra civil desatada entre los seguidores de Pizarro y de Almagro. Como una forma de atención a los conquistadores les entregó indígenas para su servicio y ordenó hacer un juego de bolos, para que jugaran entre ellos. De vez en cuando, por pura cortesía hacia sus protegidos, el propio Inca participaba en dichos juegos.

Los españoles apreciaban al Inca por todo lo que éste hacía por ellos y se comportaban en forma respetuosa con él. Todos, menos Gómez Pérez quien, además de ser grosero y sin educación, era cascarrabias y de mal genio. Cada vez que el Inca jugaba a los bolos con Gómez Pérez, éste discutía por detalles sin importancia en el juego. El español era tan pofiado que el Inca Manco terminó enfadándose con él. Sólo por no demostrarle su enojo, el soberano seguía jugando con el insolente español, quien acentuaba más y más su descortesía y mal proceder. Cierta día esta situación llegó al límite de lo tolerable. Entonces el Inca le dió un empujón a Gómez Pérez, diciéndole: “¡Quítate allá y mira con quién hablas!”

Gómez Pérez montó en cólera y, sin medir las consecuencias de su acción, con una bola que tenía en su mano le dio a Manco un terrible golpe en la cabeza, matándolo en el acto. Los incas presentes quisieron apresar al agresor, pero a éste lo escudaron los demás españoles con sus espadas y luego, todos ellos se refugiaron en una casa a la que los incas no pudieron entrar. Entonces los guerreros le prendieron fuego a la casa y los españoles se vieron obligados a salir para no morir quemados. En el exterior fueron

rápidamente muertos por los indígenas que estaban enfurecidos por la muerte del Inca. Algunos incas propusieron quemar los cadáveres de los españoles y echar las cenizas al río para que así desaparecieran para siempre sin dejar rastro. Finalmente decidieron botar los cuerpos en el campo para que las alimañas y las aves carroñeras dieran cuenta de ellos, demostrando así su desprecio por esos muertos. (6)

A Manco Inca los curanderos le sacaron las vísceras, rellenándole las cavidades abdominal, torácica y craneana con hojas de coca y hierbas medicinales a fin de facilitar la momificación de su cuerpo. Luego le dieron sepultura siguiendo los ritos tradicionales y a continuación los capitanes del fallecido soberano eligieron a su sucesor. Entre los parientes de Manco, los guerreros designaron Inca a Xairi Tupac, un joven guerrero de gran valor adornado de altas cualidades personales. De esta forma, la casta militar inca accedió por segunda vez al poder, tal como lo había logrado al apoyar a Atahualpa.

La muerte de Manco Inca ocurrió en el mes de abril cuando los sacerdotes comenzaban a preparar las ceremonias que se hacían para que granase el maíz. La trágica noticia se esparció por todos los rincones del que había sido su Imperio, llenando de tristeza a quienes habían sido sus súbditos. En la Pampa del Tamarugal, la mala nueva fue recibida con pena y rabia y provocó grandes deseos de venganza. El Curaca Katari reunió a los capitanes Huaman y Kari; al Gran Sacerdote Mamani, y a Nayra, la Sacerdotisa Suprema. Luego de derramar todas muchísimas lágrimas, Katari decidió que la ceremonia en la que sacrificarían a los dioses a Gonzalo Calvo, sería en honor del Inca asesinado, de ruego por la salud de Xairi Tupac, su sucesor, y para que granase el maíz.

Varias noches seguidas Nayra estuvo soñado con agua. No eran visiones de aguas tranquilas, sino de masas de agua agitada y en movimiento: grandes olas, fieros torrentes oscuros que bajaban por las cañadas, enormes y súbitas inundaciones que anegaban los campos. La *Coya Pacsa* despertaba atemorizada, sin entender qué predecían sus sueños, pues ella se encontraba en una zona en la que predominaba el desierto. Durante aquellos días fue testigo de la curiosa conducta de los animales salvajes de la quebrada donde estaba el poblado de Kachi: las *sikimiras*, hormigas, comenzaron a subir hacia la meseta llevándose sus larvas, y también subían hacia las zonas altas los *aranrankas*, lagartos, las *amarus*, serpientes, las *kispiskas*, liebres, y las *kayras*, ranas. Cuando Nayra quiso saber qué estaba ocurriendo, constató que los animalitos al parecer no la escuchaban, porque no le respondían. Al no poder desentrañar la razón de todo aquello, le invadió una gran pena.

Los indígenas atacameños, primitivos habitantes de la Pampa del Tamarugal y de las quebradas que se internaban a través de la meseta hacia la cordillera de los Andes, conocían la *camanchaca*, niebla, y el *sulla*, rocío. Algunas veces habían visto lloviznar, pero nunca *parana*, llover. *Parana* era una palabra que tan sólo unos pocos ancianos habían escuchado de sus mayores, quienes la habían usado en antiguos relatos que hablaban de precipitaciones de agua en la zona. Por tal razón, cuando de pronto gruesas nubes aparecieron sobre las altas montañas, los lugareños comentaron el hecho con curiosidad pero sin ningún temor. Aunque durante toda la tarde se estuvieron oyendo los truenos que retumbaban en la cordillera, los habitantes de los poblados se fueron a dormir tranquilamente, como siempre. A la medianoche, los relámpagos y los truenos llegaron a la Pampa del Tamarugal y poco después las primeras gotas de lluvia comenzaron a caer sobre los precarios techos de las viviendas.

Al amanecer, los primeros indígenas que quisieron salir para ir en busca de agua o de leña, fueron contundentemente disuadidos por

una lluvia torrencial que había anegado los patios de las casas, comenzaba a disolver los planos techos de tierra de las viviendas y seguía cayendo. Por las calles del pueblo bajaban chorros de agua formados por el aguacero y sus caudales crecían mientras la lluvia que no daba señales de menguar. Al mediodía el cielo se veía oscuro, como si aún no hubiese amanecido. Y aunque ya no había relámpagos ni truenos, la torrencial lluvia caía sin parar.

A media tarde la intensa lluvia continuaba y muy pocas personas habían salido de sus casas. Recién a esa hora al Curaca Katari se le ocurrió enviar a sus sirvientes a recorrer el pueblo para ver cómo estaba la situación. Los informes comenzaron a llegar casi de inmediato y las noticias no eran nada buenas: por las calles no se podía caminar debido al agua y el barro; el arroyo que pasaba por el centro del poblado había crecido y era imposible cruzarlo sin poner en riesgo la vida; los patios interiores de la mayoría de las casas estaban inundados, y por los techos se filtraba el agua de la lluvia. Katari mandó llamar a Huaman y le dio instrucciones de poner en alerta a los dos escuadrones de guerreros asentados en el pueblo a fin de prestarle ayuda a los habitantes damnificados y tomar las medidas necesarias para evitar que la crecida del estero provocara mayores daños. Los hombres se pusieron de inmediato en acción, pero la lluvia no cesaba. Los esfuerzos desplegados resultaban inútiles ante la fuerza de la masa de agua que bajaba rebalsando el cauce del estero, entre otras razones porque no se había tomado ninguna medida preventiva para enfrentar la inundación provocada por la lluvia, una catástrofe impensada en aquel desierto.

Estuvo lloviendo seguido durante una semana, con intervalos de sólo algunas horas. Los arroyos de las quebradas en toda la comarca se transformaron en invencibles torrentes que arrasaron cuanto encontraron a su paso. Cayeron todos los puentes y en Kachi las viviendas de adobes de los sectores bajos fueron arrasadas por las aguas. Desaparecieron cerca de cien indígenas

tragados por los aluviones. La inundación las chacras malogró las siembras y la corriente se llevó gran parte de la tierra de cultivo.

Después de hacer el inventario de los terribles daños provocados por el agua, el Gran Sacerdote concluyó que, en su opinión, de aquella forma tan sorprendente como imprevista se había dado cumplimiento al primer agüero de los dioses, profetizado a través de las entrañas del soldado español sacrificado al Sol, a mediados del mes de febrero recién pasado. A raíz de estos acontecimientos, Nayra, la Coya Pacsa, por vez primera se cuestionó la eficacia de los sacrificios pues era evidente que con la inmolación de Miguel Solana se había obtenido un resultado por completo distinto a lo pedido. Reafirmando sus arraigadas creencias y con el argumento de que era necesario calmar al dios Sol, los sacerdotes decidieron adelantar el sacrificio del siguiente prisionero español.

Una semana después de las inundaciones, la Sacerdotisa Suprema salió de la casa de las mamaconas, acompañada de Imilla y Nakena, en dirección a la cárcel donde estaba Gonzalo Calvo, quien sería el próximo sacrificado. Por el camino a la casa que era usada como prisión, el grupo de mujeres se cruzó con el Capitán Kari, quien las saludó con una reverencia. No obstante tratarse de una mujer prohibida, el guerrero tuvo que hacer grandes esfuerzos para ocultar la admiración que sentía por la bella Nayra. Mientras las mujeres se alejaban, Kari las siguió con la mirada hasta que una construcción las ocultó de su vista.

Frente a la casa donde estaba el prisionero que iban a visitar, las jóvenes se encontraron con el Capitán Vilca, quien estaba a cargo de los guardianes de los cautivos. El guerrero las estaba esperando para acompañarlas al interior de la prisión donde Gonzalo Calvo contaba los días que le quedaban de vida. Al contrario de su

compañero de aventuras, que había sido sacrificado unas semanas atrás, el andaluz estaba sereno. Enterado de su destino por Nayra, en sus breves conversaciones anteriores, el soldado español parecía haber logrado controlar sus sentimientos.

Al preguntarle la Suprema Sacerdotisa por su salud y estado de ánimo, Gonzalo le respondió que sus heridas habían sanado y que varias veces al día rezaba por la salvación de su alma.

—¿Sientes miedo?

—No temo a la muerte, si mi alma se salva. Ya que voy a morir, deseo pedirte una gracia.

—¿Qué deseas?

—Confesarme con el sacerdote cristiano.

Observando la pequeña cruz de madera que el soldado había hecho con sus manos y que tenía arrimada a la pared allí donde se hincaba a rezar, Nayra le preguntó: ¿No te puedes confesar con tu Huaca?”

—No, los cristianos nos confesamos sólo ante un sacerdote.

La Suprema Sacerdotisa le hizo unas consultas al Capitán Vilca y después respondió: “Mañana te traerán al sacerdote cristiano, para que cumplas tu deseo.”

La entrevista había terminado. Desde aquella cárcel, las mujeres se encaminaron a la casa donde estaban los otros dos prisioneros.

Para que se confesara antes de ser sacrificado, el Capitán Vilca le llevó a Gonzalo Calvo el fraile Portillo y los dejó solos.

—¿Podremos escapar? —preguntó el cura.
—Sin la intervención de Dios, creo que es imposible, padre.
—Dicen que a tí te van matar, Gonzalo.
—Por eso he pedido que lo trajeran aquí, deseo confesarme.
—Está bien, Gonzalo, te confesaré.

El cura tomó asiento en una piedra junto a una pared, tal como lo había hecho cuando confesó a Alonso Herrera, y Gonzalo se puso de rodillas a su lado. Al tiempo que se persignaba, el fraile decía: “En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, Amén.” Repitiendo las palabras del cura, Gonzalo hizo el signo de la cruz tomando como puntos su frente, el pecho y sus hombros. Y a continuación, expresó: “Acúsome padre, que he pecado de fornicación. He tomado a la fuerza a varias indias, vírgenes y casadas, entre ellas a una de las esposas de Atahualpa y monjas del Cuzco. Cuando estuve al cuidado del tesoro de Atahualpa robé algunas piezas de oro y las oculté de don Francisco Pizarro, el Gobernador. Acúsome padre que he hecho trampas al jugar a las cartas con mis camaradas y a algunos de ellos les robé su dinero, por lo cual el Gobernador ordenó que me cortaran las orejas. Acúsome padre de haber muerto a dos españoles partidarios de los hermanos Pizarro.”

—¿Es todo, hijo?
—Sí, padre.
—¿Te arrepientes de tus pecados?
—Sí, padre, me arrepiento.
—Ahora rézale a Dios, Gonzalo, para que Él te perdone, que yo te he perdonado. Amén.

Terminada su confesión, Gonzalo Calvo le dijo al cura: “Quiero contarle algunas cosas, padre, que a lo mejor le pueden servir más adelante.” “Dígame, Gonzalo.” “Como usted lo sabe, yo me incorporé en Chile, en el valle del río Aconcagua, a la expedición del Adelantado don Diego de Almagro. Entonces pude conocer a los capitanes Huaman y Kari, de la guardia del Príncipe Paullo. Ellos provienen de dos bandos que fueron enemigos en el Perú: los

partidarios de Atahualpa y de Huáscar. Ambos combatieron entre sí y siguen siendo grandes rivales. Desde aquellos días en Chile, mucho antes de que a Nayra la nombraran Sacerdotisa Suprema, el Capitán Kari ha estado enamorado de la joven. A ella yo la conocí en aquel tiempo y sé que tiene un corazón de oro.”

El fraile memorizó lo que le decía aquel soldado que iba a morir, pero de momento no le dio mucha importancia a sus palabras.

Una vez que hubo confesado a Gonzalo Calvo, el fraile Portillo regresó a la celda que compartía con Vasco de Almeyda. El cura llegó impresionado por la valentía de Gonzalo, quien se preparaba para enfrentar la muerte con entereza. En tanto pudo serenarse de la emoción que sentía, le refirió a su compañero de celda los datos que Gonzalo le había entregado fuera de la confesión. Vasco le escuchó en silencio y con atención, tomando debida nota de cada una de sus palabras. Así se enteró de la rivalidad entre los capitanes Huaman y Kari y del amor que éste sentía por Nayra. Esta última noticia le llenó el espíritu de celos.

—Yo me he dado cuenta de que la Sacerdotisa Suprema te mira con buenos ojos. A lo mejor si tú le hablastes podríamos conseguir su favor.

—No entiendo qué quiere decir, padre.

—Lo que quiero decir es que esa joven siente simpatía por tí.

Vasco de Almeyda, que en ningún momento dejaba de pensar en Nayra, no podía creer lo que el fraile le estaba diciendo. ¿Sentía la joven simpatía por su persona o era un invento del cura? ¿No estaría enamorada de Kari, su antiguo y secreto admirador? La duda y la esperanza le corroían el corazón.

—¿Qué le podría decir?

—Háblale de nuestra religión. Convéncela de que está en el error. Si lo logras, a lo mejor nos ayuda a escapar.

—Pero si ella es la Sacerdotisa Suprema. No veo por qué podría traicionar a los suyos.

—Háblale, Vasco. Nada se pierde con intentarlo.

Aquella noche Vasco de Almeyda soñó que había regresado con Nayra al Portugal y que ambos se iban a casar en la iglesia de su pueblo natal. En el templo estaban sus padres, todos los parientes de los Almeyda, el Alcalde y las autoridades eclesiásticas y civiles locales. El hermano menor de Vasco llevaba la novia hasta el altar. Nayra iba vestida con un hermoso traje de color blanco y un velo cubriéndole el rostro. Frente al sacerdote, Vasco le subía el velo a la joven de modo que todos pudieran mirarla. Al ver que la novia era una muchacha inca, el cura ponía cara de espanto y suspendía la ceremonia alegando que no podía casar a una india idólatra con un joven cristiano. Los asistentes al casamiento se ponían furiosos con los novios y comenzaban a decir en voz alta que no se podía aceptar que un cristiano como Vasco se casara con una india; que un matrimonio así no sería bien visto por Dios, y que al joven lo habían embrujado. En vista de que insultaban a Nayra, Vasco la tomaba de la mano y salía con ella del templo. Frente a la iglesia, vistiendo sus mejores galas se encontraban los habitantes del pueblo, los que al ver que la novia era una bella joven del Perú, los insultaban y amenazaban. De pronto el cielo se oscurecía y una lluvia torrencial se descargaba sobre el pueblo, mojando y dispersando a la gente que estaba en la plaza. Asomados entre las negras nubes de la tormenta y los cegadores resplandores de los rayos, los sacerdotes del rito del Sol y los guerreros de Huaman le gritaban a los novios haciendo gestos amenazantes. Unas terribles ráfagas de viento huracanado se llevaban a Nayra del lado de Vasco, arrastrándola hacia el mar. Vasco de Almeyda despertó empapado en sudor y llorando desesperadamente.

A mediados del mes de abril, en el cual se hacían sacrificios para que granase el maíz, los sacerdotes comenzaron a preparar la ceremonia principal. En ella Gonzalo Calvo sería inmolado, además, para favorecer el tránsito al cielo del alma de Manco Inca, para que el Sol le preservase la vida a su sucesor, Xairi Tupac. Tal como lo hacía en los órganos interiores de los animales, el Sacerdote Adivino leería los agüeros de los dioses en las entrañas del español sacrificado.

Al igual como lo había hecho con Alonso Herrera, durante los últimos días de vida de Gonzalo Calvo la Sacerdotisa Suprema le dedicó sus mejores cuidados para preservar su buena salud hasta el día de su inmolación. Esto se debía hacer porque los dioses se enfurecían si se les sacrificaba un ser físicamente defectuoso o enfermo.

El día de la inmolación, poco antes del amanecer, los guardianes entraron a la prisión en busca de Gonzalo Calvo. Cuando los vió entrar, el prisionero se levantó y sin oponer resistencia esperó a que le amarraran las manos a la espalda. Después salió en medio de sus custodios y rezando en voz baja caminó erguido hacia el lugar del sacrificio. En la plaza estaban los habitantes del pueblo, reunidos en silencio. El Sol aún no había salido.

En el instante en que la aureola del Sol empezó a emerger por encima de las cumbres de los Andes, el Gran Sacerdote comenzó a cantar a media voz y todos los presentes le imitaron. A medida que aumentaba la luz, el cántico se fue haciendo más potente hasta que ante una señal de Mamani, el canto cesó. Pocos momentos después, el Gran Sacerdote comenzó a cantar en solitario. En el instante en que los rayos del astro Dios cayeron sobre Gonzalo Calvo. El Narac Apaza le asestó un terrible golpe en la cabeza, con su maza ceremonial. Pero el mazazo no le dio de lleno en la nuca,

sino que resbaló sobre uno de los hombros del condenado. Gonzalo cayó al suelo de rodillas y en esa posición recibió otro golpe fallido en su cabeza. Debido a que Calvo se retorció espasmódicamente en el suelo, el Sacerdote Carnicero no acertaba a rematarlo con su maza.

El incidente causó una gran conmoción entre los supersticiosos espectadores de la plaza, entre los cuales se levantó un murmullo de estupor que duró hasta que los sacerdotes colocaron el cadáver del sacrificado sobre la piedra y estuvieron listos para proseguir con la ceremonia. Recuperado de su primer fracaso, con gran pericia el Sacerdote Carnicero abrió el cuerpo en canal y le extrajo los órganos interiores que puso a disposición del Sacerdote Adivino para que éste descifrara los presagios de los dioses.

Con su vara ceremonial, Antahuara examinó cuidadosamente el corazón, los pulmones, el hígado, el estómago, el bazo y los intestinos del sacrificado, al tiempo que canturreaba una plegaria al Sol, hasta que cayó en trance. En aquel estado, sostenido por sus colegas, el Sacerdote Adivino, exclamó: “Una vírgen recibe miradas impropias. Pachacámac está furioso.”

El Capitán Kari fue el único que se estremeció, porque sintió que los dioses lo estaban señalando y luego escuchó al Gran Sacerdote elevando su voz, para exclamar: “¡Oh Sol! Te ofrecemos este sacrificio para que guies al cielo el alma de Manco Inca y guardes sano y salvo a Xairi Tupac, su heredero y ahora nuestro Inca bien amado. ¡Oh Sol! Te ofrecemos este sacrificio para que cuides de todos los que vivimos en este Reino de la Pampa del Tamarugal.”

En tanto Mamani terminó su oración, el pueblo comenzó a cantar en honor al Sol, iniciando de aquella forma las festividades. Una vez desmembrado, las partes del cuerpo de Gonzalo Calvo fueron llevadas a los ayllus de los pueblos vecinos y a los campos de cultivo para ser quemadas.

Había llegado el mes de mayo y los sacerdotes preparaban el ritual de la Cosecha de la Chacra Sagrada, el que se iniciaría con la inmolación del cura Diego Portillo quien, como los tres soldados españoles ya sacrificados, sería ofrendado al Sol. A raíz de las inundaciones causadas por las inesperadas lluvias del mes de marzo, escasas matas de maíz y de papas lograron sobrevivir, por lo que la cosecha tendría sólo un carácter simbólico.

Mientras el Curaca Katari decidía con los jefes de los ayllus la nueva ubicación de la Chacra Sagrada para la siembra del siguiente año agrícola, Nayra, la Sacerdotisa Suprema, dedicó su atención a la persona del cura Portillo, con el propósito de preservar su buena salud. La siguiente visita a los dos prisioneros que restaban con vida, Nayra la hizo acompañada de Imilla y Thika. Después de responder a las preguntas de la joven sacerdotisa en relación a la salud del cura y de la suya propia, Vasco de Almeyda, sorpresivamente, le dijo: “Nayra: ¿Por qué no te has bautizado?”

La joven fue tomada de sorpresa. Esa pregunta no se la esperaba, entre otras razones porque le parecía evidente que a una persona como ella, que ejercía un ministerio tan importante en su religión, no cabía preguntarle tal cosa.

—Nuestro Dios es el único verdadero —agregó Vasco.

Nayra nunca había puesto en duda que Pachacámac era el Dios Supremo, que había creado el mundo y los hombres. Por eso respondió: “Pachacámac creó el mundo, a Inti (el Sol) y a Quilla (la Luna). El Sol envió a la Tierra a nuestro Padre y a nuestra Madre, ambos hijos suyos, los que dieron nacimiento a nuestra dinastía.”

—Bien sabéis que los cristianos derrotaron al Inca Atahualpa y aplastaron la rebelión del Inca Manco —le replicó Vasco—. Eso demuestra que nuestro Dios es el más poderoso.

Nayra quedó pensativa. A ella le habían enseñado que Atahualpa había sido vencido a traición. Que los viracochas lo habían hecho prisionero cuando realizaba una visita de cortesía a Pizarro y que después de haberle quitado sus tesoros, lo habían asesinado. Por eso, respondió: “Un Dios justo y verdaderamente poderoso no necesita traicionar ni asesinar para triunfar y ¿cómo explicas que siendo cristianos ustedes dos, les tengamos aquí prisioneros.”

—Eso último es cierto: somos vuestros prisioneros y además nos váis a matar. ¿Pero qué te dice tu corazón? ¿Acaso nosotros no somos hombres creados por Dios? ¿Acaso nuestras vidas no son tan valiosas como la tuya?

La Sacerdotisa Suprema se quedó en silencio, pensando, lo que Vasco de Almeyda, que conocía algunos aspectos de la religión de los incas, aprovechó para agregar: “Habéis sacrificado a tres cristianos y fuera de las inundaciones, ¿qué habéis logrado? Si matáis a este sacerdote de nuestro Dios, la Luna llorará lágrimas de plata y el Sol llorará lágrimas de oro.”

Impactada por las palabras que el joven le decía, Nayra seguía en silencio.

Dejándose llevar de un arrebato, propio de su carácter, Vasco de Almeyda remachó: “Y tú Coya Pacsa, si a mí me matan llorarás hasta quedar sin lágrimas y los ojos te sangren.

Fue un dardo desesperado lanzado al aire y que sin embargo dio en el blanco. La joven Sacerdotisa Suprema se imaginó a Vasco muerto sobre la piedra de los sacrificios y su dulce corazón se contrajo de dolor. Nayra no había experimentado nada semejante desde que se había enterado de la muerte de su padre, ocurrida al

término de la rebelión de Manco Inca contra los españoles. Muy impresionada, casi al borde del llanto, la joven salió de la prisión seguida de Imilla y Thika, las que por haber escuchado el diálogo de Nayra con el prisionero creyeron comprender, cada una a su modo, el motivo de la súbita retirada de la Coya Pacsa.

Terminado el sacrificio de Miguel Solana, Mamani le había dicho a Quispe, el Confesor: “Le entrego la misión de averiguar y precaver para que la segunda parte del agüero de los dioses no se cumpla.” Antahuara, el Adivino, había predicho: “Las miradas entre un hombre y una mujer serán un problema para todos.” Y aquella profecía, pese a los desvelos del sacerdote encargado de averiguar su sentido, seguía siendo un misterio. Sintiéndose responsable de aquel fracaso, Quispe decidió consultar a la Huaca del Reino. Tomada esa resolución, se la comunicó a la Sacerdotisa Suprema. Como el deseo del Sacerdote era urgente, Nayra accedió a dejarlo aquel mismo día con la Huaca, mientras ésta recibía su diaria ración de rayos de Sol.

En el interior del Templo del Sol, Nayra se acercó a la Huaca entonando un cántico ceremonial y le sacó la manta que la cubría. En la penumbra de la habitación, el trozo de cristal de roca se veía apagado, pero cuando la Coya Pacsa abrió el ventanuco en lo alto de la pared, el cristal cobró vida al ser iluminado por los rayos del Sol que le caían oblicuamente. A continuación, Nayra fue a la puerta del Templo y le dijo al Sacerdote que podía entrar. Quispe entró al tiempo que Nayra salía para dejarlo solo. Quispe se acercó a la Huaca, que brillaba en todo su esplendor, y en el instante en que se arrodillaba frente a ella, escuchó que ésta le decía: “¿En nombre de quién vienes?”

—Vengo en nombre de mi padre, de mi abuelo y de todos mis antepasados.

—¿Has ofendido a alguien?

—Jamás.

—¿Has pecado?

—No, ni con el pensamiento.

—Entonces, ¿por qué vienes a mí?

—Vengo en busca de ayuda. He recibido una importante misión que no he podido cumplir porque no he descifrado el misterio que encierra.

—Debes abstenerte de sal y de ají y debes flagelarte a diario con cuerdas anudadas. El misterio de tu misión debes buscarlo no lejos de este Templo.

El Sacerdote esperó que la Huaca le explicara sus palabras, pero el cristal se calló, dejando en el aire aquel nuevo enigma. Quispe salió del Templo, se despidió de Nayra y de las dos mamaconas que estaban con ella y cuando atravesaba la plaza se encontró con los capitanes Kari, Yauca y Yunque, quienes le saludaron con una reverencia.

Nakena era una joven de carácter suave pero firme, con un gran sentido práctico. Nunca soñaba despierta ni confundía sus sueños con la realidad. Cuando Nakena vio que su amiga Nayra daba señales de estar pasando por un período de gran desasosiego e intranquilidad, desacostumbrado en ella, se dio a la tarea de observarla, sin que ésta se percatara. Nakena estaba preocupada, porque Nayra daba la impresión de haber enfermado de un mal misterioso entre cuyos síntomas estaba el dar grandes suspiros y llorar cuando creía estar sola.

Desde que Vasco de Almeyda le había dicho: “si a mí me matan llorarás hasta quedar sin lágrimas y los ojos te sangren”, Nayra vivía angustiada. Sentía su dulce corazón apresado por una garra que le producía dolor y que en vez aminorar con el paso de los días, como le había ocurrido con el pesar provocado por el alejamiento de su madre y la posterior muerte de su padre, no hacía sino aumentar. Lenta e inexorablemente, la opresión que sentía en el pecho la estaba ahogando. La joven Sacerdotisa Suprema no podía apartar de su mente la ilusoria visión de Vasco muerto en la piedra de los sacrificios. Aquella terrible escena también se le presentaba en sueños, provocándole una recurrente pesadilla.

Thika, que había seguido con atención el insólito diálogo entre Vasco y Nayra, interpretó la rápida salida de ésta de la cárcel como una reacción ofendida ante las palabras del portugués. Por eso, a Nakena, le dijo: “Nayra fue ofendida por el prisionero que será sacrificado en la Fiesta del Sol.

—¿Qué le dijo Vasco?

—Cosas que le chocaron a la Coya Pacsa y al final le dijo que si a él lo mataban ella lloraría lágrimas de sangre.

—¿Y Nayra se ofendió?

—Mucho. Tuvimos que salir a la carrera para alcanzarla. Ella salió llorando, sin poder contener su indignación.

Por su parte, Imilla vio el diálogo desde un ángulo distinto. A ella el prisionero de los ojos azules la fascinaba. Cada vez que entraba a la celda de Vasco, no podía apartar los ojos del joven lusitano, observaba con atención todos sus movimientos y le costaba gran trabajo controlar los temblores de su cuerpo. Esto tal vez se debía a que antes de ser seleccionada como aclla y era aún sólo una bella muchachita, había tenido un furtivo amor infantil. Un joven aspirante a guerrero, al que le faltaban dos años para ser iniciado, la había besado y acariciado con cierta intimidad. Su relación no había pasado a mayores debido a que ella fue elegida aclla por su perfecta belleza, pero en el espíritu de Imilla había quedado una

inquietante y dulce huella de sensaciones insatisfechas. Desde que conoció a Vasco de Almeyda, aquellos recuerdos reaparecieron con la fuerza de un volcán. Especialmente el sabor de los besos robados y de las exitantes e inexpertas caricias de la niñez. Al contrario de Nayra, quien carecía de experiencias orientadoras, Imilla sabía que ella estaba enamorada del joven prisionero y se moría de celos cuando veía que Vasco sólo tenía ojos para su amiga la Coya Pacsa. Por todo esto, cuando Nakena le preguntó sobre el incidente en la prisión, Imilla le respondió: “Yo creo que Nayra lloraba porque realmente le apena el destino que le aguarda al prisionero de los ojos azules.”

Después de pensar durante unos días en lo que le habían referido sus amigas, Nakena tomó la decisión de hablar con Nayra. Una tarde en que ambas se encontraban a solas, Nakena preguntó: “¿Por qué te ves tan angustiada, querida amiga mía?”, .,

—No lo sé, Nakena. Siento el corazón apretado en mi pecho.

—Lo sé, querida. De lejos se ve que el corazón te duele. Imilla y Thika me han contado lo que sucedió en la cárcel. Aunque ambas tienen versiones distintas. ¿Por qué lloraste, Nayra?

—Esto que te voy a decir es terrible, Nakena, pero es la verdad: cuando me imaginé a Vasco muerto se me desgarró el corazón. Temo que cuando eso ocurra realmente, como él dijo, lloraré lágrimas de sangre.

—Eso sería horrendo.

—Lo sé, pero no puedo evitarlo.

—Tú eres la Esposa del Sol. No puedes amar a ningún hombre.

—Pero si yo a él no lo amo.

—Pobre amiga mía, no sabes lo dices. Me doy cuenta de que no entiendes lo que te sucede. Creo que deberías hablar con Quispe, el Sacerdote Confesor.

—¿Tú crees?

—Él es sabio y te dirá lo que tienes que hacer.

Se acercaba la hora de su muerte, y el fraile Diego Portillo, que no veía ninguna otra salida a tan irrevocable destino, comenzó a pensar seriamente en la necesidad de confesar sus pecados. Para hacer mayor su desgracia, no había ningún sacerdote católico en muchos kilómetros a la redonda. Los creyentes fanáticos como él, aunque grandes pecadores, creían que la absolución formal de sus pecados antes de su muerte era algo muy importante. El cura estuvo pensando varios días sobre el problema que le afectaba, hasta que creyó haber encontrado la solución.

—No tenemos ninguna posibilidad de salir con vida de la situación en la que nos encontramos —le dijo a Vasco de Almeyda—. Tal como lo hizo Gonzalo Calvo, tú deberías confesar tus pecados y esperar en paz con Dios la cruel muerte que estos bárbaros indios te tienen reservada.

—Tiene usted razón, padre. Mañana me confieso.

Al día siguiente, al amanecer y en ayunas, el fraile se acomodó en el único asiento que tenían en la celda y al persignarse, dijo: “En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, Amén.” Vasco de Almeyda, que se había puesto de rodillas a su lado, luego de santiguarse, musitó: “Acúsome padre.”

A continuación el fraile escuchó una confesión insólita, impropia de un conquistador de América. Vasco de Almeyda no había cometido ningún pecado mortal, tan sólo algunas faltas veniales. El joven era un cristiano a carta cabal que no sólo creía en Dios sino que observaba sus mandamientos. Terminada la confesión, el perplejo cura absolvió a Vasco y luego de unos minutos, le dijo: “Yo puedo hacer un acto de contrición, pero deseo confesar mis pecados. Quisiera que tú me escuches y seas testigo ante Dios de que antes de morir me he arrepentido de mis pecados. ¿Aceptas?”

Sin argumentos para negarse, el joven aceptó y a continuación escuchó la terrible confesión del cura, espantándose de lo que oía. El fraile había cometido todos los pecados mortales y faltado a todos los sacramentos sacerdotales pero, enfrentado a una muerte cierta, terminó jurando que se arrepentía. Dando la impresión de sentir un sincero arrepentimiento, el cura Diego Portillo terminó su confesión ahogado en llanto. Por su parte, una vez finalizada la confesión del cura, Vasco de Almeyda permaneció largos minutos en silencio, sin poder salir de su asombro.

El ritual de la Cosecha de la Chacra Sagrada, que se realizaba en el mes de mayo, se encontraba preparado. Las matas de maíz, que estaban secas por falta de riego, serían usadas en las hogueras donde se incinerarían algunos restos del fraile Diego Portillo, quien sería ofrendado al Sol al comienzo de las ceremonias. Ante la ausencia de mazorcas, la recogida de éstas iba a ser sólo simbólica. En los restos de los cultivos de papas y de maní que habían dejado las inundaciones, esperaban cosechar tubérculos suficientes para usarlos como semillas. El fogón más importante se haría en los nuevos terrenos de la Chacra Sagrada que el Curaca Katari y los jefes de los ayllus habían elegido para el siguiente período de siembra. Se trataba de una parcela ubicada en unos terrenos bajos no demasiado cercanos al estero, donde la hierba crecía en forma silvestre y abundante.

Los cuidados de Nayra le habían permitido al cura Diego Portillo sobrellevar sus últimos días colmado de pequeños privilegios y el fraile no perdía las esperanzas de que ocurriera un milagro que le salvara la vida. Esto último se debía a que la continua presencia de la Sacerdotisa Suprema en la prisión y sus conversaciones con Vasco, habían profundizando una relación afectiva entre ambos.

Desesperadamente, sin ningún resultado positivo y con Vasco de Almeyda oficiando de intérprete, el fraile Portillo había tratado de convertir al cristianismo a la Coya Pacsa. Estos fallidos intentos sólo habían servido para comprobar cuán firmemente asentadas tenía la joven sus creencias, la claridad de sus ideas y la agilidad de su inteligencia. A medida que habían ido transcurriendo los días, la atracción que Vasco de Almeyda sentía por la joven Nayra había superado largamente lo físico para transformarse en una admiración total de su persona.

Vasco y el fraile Portillo habían dedicado largas horas a conversar sobre la situación en que se encontraban y el cierto aunque trágico destino de ambos. No obstante que el cura se arrepentía de todos sus pecados pensaba que, en el caso hipotético de volver a vivir las mismas circunstancias que le había tocado vivir, difícilmente se abstendría de repetirlos. Lo que más le afligía al cura era el incierto futuro de sus hijos habidos en su mujer indígena. Antes de ser perseguido por el Obispo de Lima, Diego Portillo había pensado dejar formalmente los hábitos, pero la inoportuna acción de la jerarquía no le había dado tiempo de hacerlo. Lo que en sus últimos días de verdad le preocupaba era saber que sus hijos, al faltarles el padre, serían tratados como simples indígenas. Un día, a Vasco le dijo: “El voto de castidad que se nos impone a los curas es un suplicio muy duro de soportar. Martín Lutero sostiene que el voto de castidad es una invención de los obispos católicos de Roma, que la castidad de los sacerdotes no es una enseñanza de Jesús.” “¿Y cómo yo —le replicó Vasco—, sin ser cura he podido vivir sin pecar?” “Tú eres un creyente ejemplar, hijo, y además tus duros trabajos te han ayudado.”

El cura Portillo pidió hablar con Mamani, el Gran Sacerdote del Sol, pero éste se negó a recibirlo. Por intermedio de Vasco, Nayra le entregó al cura la respuesta: “Mamani ha dicho que no tiene nada que hablar contigo. Te manda a decir que prepares tu alma para su viaje al infierno, donde se van todos los criminales y los ladrones.

—Yo no soy un criminal —protestó el fraile.
—Mamani dice que todos los viracochas lo soís.
—¿Y qué será de mí?
—Serás sacrificado al Sol

Después de esta conversación, convencido que su inevitable fin estaba próximo, el fraile Diego Portillo se puso a rezar y así pasó los dos días que le restaban de vida. Sin embargo, las oraciones no fortalecieron su espíritu. A medida que se acercaba la hora de su muerte, crecía el temor que le invadía. Durante la última noche no pudo rezar porque el llanto se lo impidió. Vasco de Almeyda sufría viéndolo llorar, sin encontrar la forma de consolarlo. Cerca de la madrugada, Vasco se sentó al lado del sacerdote y le puso un brazo sobre los hombros. Poco a poco, el cura se fue serenando hasta que dejó de llorar. Cuando los guardias llegaron a buscarle, el fraile Diego Portillo estaba casi recuperado.

—¿Por qué me van a matar? —exclamó, el cura— ¿A mí, por qué me matan? ¿Qué he hecho yo y mis hijos?

Sin entender sus palabras, los guerreros lo llevaron ante la piedra de los sacrificios en la plaza del pueblo, donde estaban reunidos todos los habitantes de Kachi, y se lo entregaron a los sacerdotes.

El sacrificio de Vasco de Almeyda, se llevaría a cabo en la Fiesta del Sol que se efectuaba en el mes de junio. Además de las inmolaciones en honor al Sol, en aquella fiesta se harían ofrendas a Pachacámac y a *Illapa*, el Rayo. Habiéndole llegado el turno al lusitano, la Sacerdotisa Suprema tenía el encargo de atender a su cuidado. Esta situación les dio la oportunidad de verse todos los días.

Como de costumbre, a las conversaciones de ambos asistían una o dos mamaconas, turnándose las tres jóvenes que ostentaban dicho rango. Nakena era la más alta de las cuatro mujeres pero Nayra, que le seguía en tamaño, tenía el cuerpo más esbelto de todas y su flexible y armonioso andar resaltaba las bellas líneas de su cuerpo. Mientras hablaba con Nayra, Vasco se sentía transportado por la suave voz de soprano de la mujer y su majestuosa forma de modular las palabras. Tampoco podía dejar de admirar su rostro en el cual la simetría y belleza de los rasgos, la tersura y el color de la piel, el suave arco de sus cejas y su amplia frente, destacaban sus grandes, negros y vivaces ojos.

Durante las conversaciones, Vasco y las mamaconas permanecían sentados sobre esteras colocadas en el suelo mientras Nayra se paseaba por la habitación o tomaba asiento en la única piedra que había para tal efecto. Vasco y las mujeres, en señal de respeto a la condición de la Coya Pacsa, procuraban mantenerse por debajo de la cabeza de Nayra. Los temas de las conversaciones eran variados y respondían al interés de la Sacerdotisa Suprema por conocer el mundo del cual procedía el joven portugués, comparándolo con el suyo. Basada en su experiencia con ellos, Nayra tenía una opinión formada de los conquistadores, lo que no pocas veces hizo que el diálogo entre ambos fuese crudo y áspero. El desmedido interés por el oro que mostraban los cristianos, a los que ella llamaba viracochas, era una de las cosas que Nayra no podía comprender. Para que lo entendiera, Vasco le explicó: “En nuestro reino, todo se puede cambiar por oro.”

—¿Todo?

—Sí. Los caballos, las armaduras, las espadas, la ropa, la comida, las casas, todo.

—¿Por eso los viracochas matan a nuestra gente y roban el oro de los templos y de las tumbas?

—No todos, Nayra. Yo no he matado a nadie.

—Todos los viracochas que yo he conocido mataban y robaban por donde pasaban. Nuestros guerreros en campaña marchan por los

caminos reales y no entran a los pueblos. Si deben pasar por alguno permanecen en la plaza sin entrar en ninguna casa por la fuerza. No toman los alimentos de los vecinos, aunque tengan hambre. Tampoco emplean malas palabras ni abusan de los civiles tomándoles sus cosas.

En otras ocasiones, los diálogos se referían a la naturaleza.

—Algo que me causa admiración —dijo Vasco—, es que siendo el clima tan seco y sin lluvias, en la meseta cercana al mar crezca el tamarugo y algunas plantas.

—El tamarugo tiene raíces muy profundas que penetran en la tierra hasta donde hay agua y las plantas crecen gracias a la camanchaca que se condensa en sus hojas.

—Las llamas se ven bien alimentadas.

—Nosotros construimos canales para regar con el agua que baja de las montañas y de esa forma aprovechamos los terrenos planos de los valles y las terrazas que construimos en las laderas de los cerros. Allí cultivamos plantas que dan frutos, como el maíz, el calabazo y el nopal. Arbustos y árboles que nos proporcionan sus hojas y frutos como la coca, la lúcuma y el aguacate. Y plantas que producen sus frutos bajo tierra como la papa, la yuca y el cacahuete.

—En mi reino hay muchos bosques y en las tierras de cultivo se siembran triguales. El trigo es un grano que se muele para hacer harina y con ésta se hace pan. De la misma forma como aquí se preparan las tortas de maíz. En los pastizales se crían ovejas, caballos y vacas. Y en los montes, cabras.

—Los caballos los conozco, ¿cómo son las ovejas?

—Las ovejas son como las llamas, aunque mucho más pequeñas. Su carne es muy sabrosa. Con su lana se tejen prendas de vestir, tal como ustedes hacen aquí con la lana.

—¿Cómo son las vacas?

—Son altas como las llamas, aunque más corpulentas y cubiertas de pelo. En la cabeza tienen dos cuernos aguzados y lisos. Se les saca la leche para beberla o para preparar quesos. Además nos

comemos su carne y curtimos sus pieles. Con los cueros hacemos zapatos, sillas de montar, bolsos y correas.

—Nosotros criamos cuyes, patos, perros de la Luna, llamas y alpacas. De las dos últimas obtenemos lana con la cual hacemos ropas y tejidos. Tenemos otros animales que viven en libertad, como los guanacos y las vicuñas. De los primeros aprovechamos su carne, sus pieles y sus huesos. A las vicuñas las capturamos sólo para trasquilarlas y después las dejamos en libertad.

El Sacerdote Confesor tenía la misión de evitar que las miradas entre un hombre y una mujer se transformaran en un problema para el Reino de la Pampa del Tamarugal, lo que inevitablemente ocurriría si se cumplía el presagio de los dioses. Aquel augurio lo había leído Antahuara, el Sacerdote Adivino, en las entrañas de Miguel Solana, el soldado español sacrificado en febrero. No obstante su preocupación por cumplir el encargo que le había hecho el Gran Sacerdote, el Confesor no había obtenido ningún resultado. La Huaca del Reino le había dicho que el misterio de su misión se encontraba cerca del Templo del Sol, pero el atribulado sacerdote no había descubierto nada relacionado con aquella profecía.

La decisión de Manco Inca de poner término a la sublevación contra los conquistadores españoles, provocó el pánico de grandes grupos de indígenas. Por temor a las represalias, muchos pueblos fueron abandonados por sus habitantes. Algunos ayllus se internaron en la cordillera de los Andes, siguiendo el ejemplo del Inca, mientras otros deambulaban por el territorio en busca de refugio. Quispe había llegado a la Pampa del Tamarugal junto al capitán Huari y sus guerreros. Dada su jerarquía dentro del sacerdocio, había asumido el grado de Confesor. A algunos de los personajes más importantes de la Pampa los conocía de antes, pero a los

capitanes Kari y Vilca, Urkko el Sacerdote Hechicero y Nayra la Coya Pacsa, sólo los había conocido de referencias.

Como era su costumbre, aquella tarde el Sacerdote Confesor salió a caminar mientras meditaba. Abstraído en sus pensamientos se alejó de pueblo e internándose entre las grandes rocas de una de las laderas subió hasta la meseta. Luego de caminar sin rumbo bajo el sol, se sentó sobre unas piedras a reposar. La superficie de la meseta se veía yerma a causa de los inclementes rayos del sol y la falta de lluvias. En las partes bajas de las ondulaciones del terreno crecían arbustos de tamarugos, resistentes a la sequía, junto a los resecos restos de las hierbas que habían nacido después de las inusuales lluvias de comienzos de marzo, mientras en las zonas más altas de las lomas se erguían algunos desafiantes cactus. El cielo, de suaves tonalidades celestes, se veía limpio de nubes. En la cálida tranquilidad del desierto, el sacerdote repasaba una y otra vez los últimos acontecimientos ocurridos, tratando de encontrar alguna pista que le condujese a la solución del enigma planteado por los dioses. Cuando el sol ya había declinado hacia el poniente, Quispe se levantó para regresar al poblado. Era la primera vez que se hallaba en aquellos lugares, donde no existían senderos entre las rocas y los arbustos hacían difícil la marcha. De pronto, al sortear un grupo de rocas, se encontró al borde de la cañada por cuyo fondo discurría el estero que pasaba por el poblado. El paisaje desplegado ante su vista era de gran belleza y el sacerdote no pudo dejar de admirarlo. Entonces vio junto al estero, donde este formaba unos pozones entre las rocas, a la Sacerdotisa Suprema y sus dos acompañantes. Nayra comenzaba a desvestirse para tomar su diario baño purificador. Entonces el sacerdote apartó la vista y siguió su camino. Un trecho más adelante, entre unas rocas al borde de la meseta vio al Capitán Kari absorto mirando hacia el lugar donde estaban las jóvenes mamaconas y la Coya Pacsa. El Sacerdote Confesor miró en la misma dirección, comprobando que Nayra, completamente desnuda, se estaba bañando en las cristalinas aguas. Al darse cuenta de que el Capitán se encontraba

espiando a la Sacerdotisa Suprema, de inmediato recordó que los dioses habían dicho: “Una vírgen recibe miradas impropias.”

Procurando no ser descubierto, el sacerdote se alejó del borde del barranco y dando un rodeo regresó al poblado con la certeza de haber resuelto uno de los enigmas. Preocupado por lo que había descubierto, decidió visitar al Gran Sacerdote para informarle y pedirle consejo.

En la creencia de que había descubierto uno de los problemas anunciado por los dioses, al Gran Sacerdote Mamani, Quispe le dijo: “Hatun Huillca: vengo a informarle que uno de los augurios de los dioses está resuelto. Ayer por la tarde he sorprendido al Capitán Kari espiando a la Coya Pacsa mientras ella se bañaba desnuda en el estero.”

—¿Has hablado con el capitán Kari?

—No, Hatun Huillca, primero quise informarle.

—Has hecho bien, Quispe. Dime: ¿por qué crees que lo que has visto resuelve un agüero? ¿Qué augurio es ese?

—Aquel que decía: “Una vírgen recibe miradas impropias.” A usted no le parece que está claro: Nayra es virgen y el Capitán Kari la miraba mientras ella se bañaba.

—A mí no me parece que esté todo claro. Si no has hablado con el Capitán Kari, cómo puedes decir que sus miradas eran impropias. A lo mejor él estaba allí de casualidad, lo mismo que tú.

Durante unos momentos, el Sacerdote Confesor permaneció en silencio, pensando en las palabras de Mamani. Finalmente, replicó: “Es posible que usted tenga razón, Hatun Huillca. Llamaré al Capitán Kari y lo confesaré.

—Me parece que eso es lo que debes hacer.
—Algo más, Hatun Huillca.
—Sí. Te sugiero que converses con la Coya Pacsa y confieces a las mamaconas. Tú mismo deberías consultar a la Huaca.
—Ya lo he hecho, Gran Sacerdote.
—¿Y qué te ha dicho?
—Que la respuesta al augurio de los dioses se encontraba cerca del Templo del Sol. Por eso yo creía que estaba en camino de aclarar el misterio.
—Es posible que vayas por el buen camino.

Terminada su conversación con el Gran Sacerdote, Quispe salió a efectuar las comisiones que el Hatun Huillca le había dado.

El Ichuri Quispe, mandó a llamar a las mamaconas y le solicitó a la Coya Pacsa que si no tenía algún inconveniente, también se apersonara. Una vez que las jóvenes hubieron llegado, Quispe hizo entrar a Nakena a la sala de las confesiones, y le dijo: “Te he mandado a buscar porque Mamani, el Hatun Huillca, me ha dado el encargo de confesarte.” A continuación, el Sacerdote le indicó a la joven que tomara asiento sobre una estera ubicada en el suelo, y él se sentó en un banquillo de madera, que así era la forma que se usaba entre ellos.

—Estoy a sus órdenes, respetado Quispe.
—Díle a Inti que responderás a mis preguntas con la verdad.
—Oh, Inti, ahora me confieso. Diré la verdad.
—Nakena: ¿Por qué la Coya Pacsa se baña en el estero?
—Es un mandato de purificación que le dió la Huaca. Creo que Nayra ha enfermado de un mal desconocido.
—¿Un mal desconocido?
—Ella suspira y llora cuando está sola.

- ¿Tú le has preguntado a ella?
—Sí.
—¿Y qué te ha respondido?
—Que no sabía qué era lo que le sucedía.
—¿Tiene dolores?
—Del cuerpo, no. Yo creo que son dolores de su alma.
—¿Qué dolores?
—El prisionero le dijo a Nayra que cuando a él lo mataran ella lloraría lágrimas de sangre y ella estalló en llanto. Creo que a ella le duele que se vaya a sacrificar a ese cristiano.
—¿Crees que la Coya Pacsa siente afecto por el prisionero?
—Ella misma no lo sabe y yo le aconsejé que hablara con usted.

Sobre una mesa había tres fuentes de cerámica, un cántaro con agua, paños tejidos de algodón, un bastón de ceremonias y varios cuchillos de obsidiana. Al lado de la mesa estaba un recipiente de greda con bellas decoraciones. Dentro un cesto colocado debajo de la mesa se removían inquietos algunos cuyes. El Confesor sacó uno de estos animalitos y tomándolo de la patas traseras lo colgó cabeza abajo. Con el bastón de ceremonias mató al cuy dándole un certero golpe en la nuca. Acto seguido lo puso dentro de una fuente le abrió el vientre, le sacó las víceras y poniéndolas en otra fuente las examinó con detención para leer en ellas si la confesión de Nakena había sido correcta. “Has dicho la verdad, le dijo Quispe a la joven, díle a Thika que pase y a Imilla que espere su turno. Al final conversaré con la Coya Pacsa. Después iréis todas a purificaros al arroyo para que éste lave y se lleve al mar vuestras culpas.”

Mientras Nakena salía a cumplir con el mandato del Sacerdote, éste echó los restos del cuy en el recipiente que estaba junto a la mesa. Luego escanció agua en la fuente que no había ocupado y se lavó las manos secándoselas con un paño de algodón. Con el agua de las manos enjuagó las otras dos fuentes que había utilizado, vaciando el líquido ensangrentado en el recipiente.

Thika entró a la habitación demostrando su respeto al Ichuri por medio de reverencias. Quispe, le dijo: “Por encargo del Gran Sacerdote, tengo que confesarte, Thika. Toma asiento” La joven mamacona tomó asiento en una estera sobre el piso, el Confesor lo hizo en la banqueta y a continuación dijo: “Díle al Sol que responderás con la verdad.”

—Oh, Inti, nuestro Dios, responderé con la verdad.

—¿Qué sabes tú de la enfermedad de la Coya Pacsa?

—No sabía que ella estuviera enferma.

—Nayra ha perdido el sueño y su sana alegría.

—Tal vez se deba a sus sufrimientos.

—¿Quién la hace sufrir?

—A las mujeres no hace falta que alguien nos haga sufrir. Por lo que le sucede a los otros, nosotras sufrimos.

—¿Y por qué sufre la Coya Pacsa?

—Ella no sabe a qué se debe su tristeza.

—¿Tiene algo que ver el viracocha con su dolor?

—Tal vez, pues ella fue ofendida por el prisionero de los ojos de estrellas.

—¿Ofendida?

—El viracocha le dijo que ella lloraría cuando lo sacrificaran.

Quispe apenas podía ocultar su satisfacción. Las dos jóvenes que se habían confesado le habían proporcionado algunos datos muy interesantes. Levantándose con dignidad, el Ichuri se dirigió a la mesa donde mató un segundo cuy y repitió la lectura de la verdad en las víceras del animalito. Luego, dijo: “Has dicho la verdad, Thika, hemos terminado. Ahora díle a Imilla que pase y tú espera junto a Nakena a que todas estéis confesadas y yo haya conversado con la Coya Pacsa para después ir juntas al baño de purificación.”

Imilla era un bello exponente del sexo femenino, como todas las jóvenes que habían sido elegidas acllas. De mediana estatura, delgada, de facciones regulares, nariz aguileña y brillante cabello negro, tan oscuro como sus grandes ojos. Siendo aún una niña, la hermosa joven había sido acariciada y besada furtivamente por un muchacho un poco mayor que ella. Sin proponérselo, el apuesto Vasco de Almeyda le había provocado a la joven el recuerdo de aquellas olvidadas sensaciones.

Desde que se conocieron en el Cuzco, Imilla había sido una gran amiga de Nayra, cuya dulzura, inocencia y belleza eran un imán irresistible para todos cuantos la conocían. Pero la llegada del joven prisionero había cambiado de golpe aquella situación. Dado que Nayra no entendía el amor que le profesaba el portugués, los celos de Imilla no estaban dirigidos en contra de su persona, sino que eran más bien una sensación de despecho producida por la actitud de Vasco que no reparaba en ella porque toda su atención la tenía concentrada en la Coya Pacsa.

Imilla entró al recinto donde la estaba esperando el Ichuri, en el momento en que éste se encontraba distraído meditando, por lo que durante unos instantes no reparó en la presencia de la joven. En tanto la vió, le dijo: “No te sentí entrar, Imilla. Acércate y toma asiento.”

Imilla se sentó sobre la estera al tiempo que Quispe lo hacía en la banqueta. Rompiendo el silencio, Quispe, dijo: “Voy a confesarte. Díle al Sol que responderás con la verdad.”

—Oh, Inti, nuestro Dios, responderé con la verdad.

—¿Sabes tú qué le sucede a la Coya Pacsa, que ha perdido su alegría?

—Yo creo que siente pena porque se va a sacrificar al prisionero cuyos celestes ojos hacen que su mirada llegue al fondo del alma.

Aquellas palabras impresionaron a Quispe. El Ichuri no conocía al prisionero y no podía comprender por qué las Vírgenes del Sol se referían a él en aquellos términos. En aquel momento decidió que tenía que conocer personalmente al joven lusitano. Pero antes debía proseguir con aquella confesión.

—¿Has visto que alguien dirija miradas impropias a la Coya Pacsa?

Imilla reflexionó durante unos instantes y al final respondió:

—No recuerdo nada parecido. Sólo el beso en la mano.

—¿Qué beso en la mano?

—El extranjero besó a la Coya Pacsa en la mano.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Un tiempo atrás, en la prisión.

—¿Se ha vuelto a repetir?

—No, al menos en mi presencia.

El Sacerdote Confesor estaba contento con los datos obtenidos. A continuación sacrificó un tercer cuy, leyendo en sus entrañas que Imilla había dicho la verdad. Mientras se secaba las manos, Quispe dijo: “Hemos terminado, Imilla. Espera junto a las mamaconas y díle a la Coya Pacsa que ya puede entrar.”

Con la finalidad de apartarlos de la vista de la Coya Pacsa, el Ichuri colocó en el suelo, al lado de la mesa sobre la que habían estado, las fuentes y los demás utensilios usados en los sacrificios, y luego de cubrirlos con los paños de algodón fue a esperar a

Nayra en la puerta la habitación. Cuando la joven llegó, la saludó con una reverencia. Retrocediendo inclinado de modo que su cabeza se mantuviera más baja que la de la Esposa del Sol, el Sacerdote guió a la Coya Pacsa hasta la banqueta donde ésta tomó asiento, mientras él se sentaba en el suelo sobre la estera.

—A usted no la puedo confesar, Honorable Coya Pacsa, porque usted es miembro de la familia del Inca y sólo se confiesa ante el Sol, pero la he llamado porque el Hatun Huillca me ha pedido que le haga algunas preguntas. Usted las puede contestar o no, según le parezca.

—Yo no tengo nada que ocultar, Ichuri Quispe.

—Entonces, ante su Esposo el Sol, le preguntaré. Honorable Coya Pacsa: ¿Está perturbado su corazón?

—Siento oprimido mi pecho. Es un dolor sordo y agobiante nunca antes sentido. Por las noches no puedo dormir. A veces pienso que es una enfermedad, pero no estoy segura.

—¿Ha buscado usted consejo?

—Se lo he pedido a la Huaca. Ella que me ordenó ayunar y purificarme a diario.

—¿Ha encontrado alivio?

—No.

—Alguna vez le ha dicho algo el Capitán Kari.

—Ni una palabra.

—¿De qué conversa usted con el prisionero?

—De nuestros dioses.

—¿De nada más?

—De los animales y las plantas.

—¿Por qué ha llorado usted?

—Un día él me dijo que yo iba a llorar cuando a él lo mataran. Entonces me lo imaginé muerto y no pude reprimir las lágrimas.

—Pero él es nuestro enemigo.

—Sufrí una gran aflicción. Después he tenido pesadillas en las que lo veo muerto sobre la piedra de los sacrificios.

—Usted es la Esposa del Sol. Usted no puede amar a ningún hombre.

—Yo no amo al prisionero. Sólo amo a mi Esposo el Sol.
—Pero usted no quiere que él muera.
—Sí, es verdad. No quiero que él muera.
—Pero él será sacrificado a su Esposo en la Fiesta del Sol, y para eso faltan sólo tres semanas.
—Sería una desgracia, porque a mí me parece que los últimos sacrificios realizados no han dado los frutos que esperábamos.

Perplejo, el Sacerdote Confesor permaneció silencioso hasta que Nayra le dijo que si no tenía más preguntas que hacerle, ella se retiraría. No encontrando nada más que preguntar, Quispe alcanzó la puerta del recinto, caminando agachado y sin darle la espalda a la Coya Pacsa, y la abrió para franquearle el paso a la Esposa del Sol. A continuación regresó al sitio donde estaban las fuentes y, aunque en este caso carecía de autoridad para hacerlo, se arrodilló para efectuar el rito del sacrificio de un cuy. En las víceras del animalito leyó que Nayra le había dicho la verdad.

El Capitán Kari estaba enamorado de Nayra desde que la joven era una de las acllas encargadas de la Huaca del Príncipe Paullo y entonces el desearla no estaba penado con la pena de muerte. Kari formaba parte de la guardia personal del Príncipe durante el viaje a Chile de Diego de Almagro. Después de haber sido elevada a la calidad de Coya Pacsa del Reino de la Pampa del Tamarugal, el sólo mirar a Nayra a hurtadillas durante el baño ceremonial, como lo venía haciendo el enamorado guerrero, era suficiente motivo para sufrir un drástico castigo. Pero el amor cegaba al intrépido Capitán, ocultándole los peligros.

La primera vez que el Capitán Kari vio a la Sacerdotisa Suprema en el estero, fue de pura casualidad. Pero el bello cuadro de la joven iluminada por los dorados rayos del Sol, bañándose desnuda

en las cristalinas aguas del arroyo, había impresionado tan profundamente al enamorado guerrero, que a partir de aquel día sólo esperaba la caída de la tarde para ir a su observatorio secreto a admirar desde allí el hermoso cuerpo de aquella mujer.

Pero el Capitán no sólo espiaba a Nayra en el estero, sino también seguía sus desplazamientos en el pueblo. Al principio no le daba importancia a las visitas de la joven a la cárcel, pero llegó el día en que el afiebrado corazón de Kari se comenzó a preocupar. Esto ocurrió cuando Vilca, el Capitán a cargo de la guardia, le contó que la joven sostenía largas conversaciones con el prisionero al que, habiendo llegado el mes de junio, le quedaban sólo tres semanas de vida. En el instante en que recibió el urgente llamado de Quispe, el Capitán Kari se estremeció. Una vez ante él, el Ichuri, le dijo: “Capitán Kari: pase y tome asiento. Por encargo del Hatun Huillca, debo confesarle.

Kari se sentó en el suelo, sobre la estera y el Sacerdote ocupó la banqueta y luego dijo: “Capitán: dígame a Inti que dirá la verdad.” “Oh, Inti, nuestro Dios, expresó Kari en voz alta, responderé con la verdad.”

Como todos los habitantes del Reino de la Pampa del Tamarugal, el Sacerdote Confesor estaba enterado de la temeridad y valentía que el Capitán Kari desplegaba en las batallas y sentía una gran admiración por su leyenda. Por esa razón no encontraba la forma de hacer sus preguntas sin contrariar al héroe que tenía enfrente suyo. Al cabo, le dijo: “Capitán Kari: en días pasados le ví en la meseta mirando a la Coya Pacsa mientras ésta se bañaba en el estero. ¿Qué puede usted decirme de esto?

El Sacerdote Confesor hizo su pregunta con nerviosismo y quedó anhelante en espera de la respuesta. Su asombro no tuvo límites cuando Kari, le dijo: “Seguramente me espera un castigo, Ichuri Quispe, pero debo responder la verdad: conocí a Nayra cuando era una joven aclla en viaje a Chile formando parte del séquito del

Príncipe Paullo. Desde que me fijé en la joven Nayra, me enamoré de ella y tenía la esperanza de que una vez de regreso en el Perú, el Inca Manco me la daría por esposa si yo se la pedía, pero la rebelión contra los viracochas fracasó y en el camino de regreso al Perú con Diego de Almagro, nosotros nos rebelamos, fundamos este Reino y Nayra, que ya había sido elevada a mamacona, se la nombró Coya Pacsa. ¿Comprenderá, Ichuri Quispe, si le digo que mi amor es tan profundo que no lo he podido arrancar de mi corazón? A Nayra la he seguido amando y daría mi vida por ella si fuera necesario, pero jamás le dicho una palabra sobre mis sentimientos. Es cierto que la he espiado mientras tomaba sus baños y que la he seguido con la mirada por las calles del pueblo. Lo siento, Ichuri Quispe, pero no lo he podido evitar. Y si por todo ésto merezco la muerte, bienvenida sea.”

El Sacerdote Confesor no daba crédito a lo que había escuchado y permanecía en su asiento temblando de emoción. Le abrumaba tanto la sinceridad del legendario guerrero cuanto su amor y su abierta confesión. Pasaron largos minutos sin que ninguno de los hombres hablara. Finalmente, Quispe musitó: “Voy a verificar si has dicho la verdad en la entrañas de un cuy, luego informaré al Hatun Huilca y él decidirá qué vamos a hacer.”

El Gran Sacerdote Mamani escuchó con suma atención el informe de Quispe, el Confesor. Los antecedentes entregados por la Coya Pacsa, las mamaconas y el propio Capitán Kari en sus confesiones respectivas, indicaban sin lugar a dudas que este último se le podía declarar culpable de amar a la Esposa de Sol y de espiarla mientras ésta se bañaba en el estero. Por su parte, Nayra ni siquiera se había enterado de las miradas que a hurtadillas y en público le dirigía el Capitán, ni menos de que éste estuviera enamorado de ella. Las mamaconas habían coincidido en señalar que Nayra sufría por

causas que no estaban claras, salvo su preocupación por la suerte del prisionero que sería inmolado en la próxima festividad. Esto último, la Sacerdotisa Suprema lo había reconocido con toda inocencia, sin ver en ello nada reprochable. Por todo lo anterior, los sacerdotes estaban confundidos. Luego de analizar con Quispe los antecedentes disponibles y de meditar durante el resto de la tarde y la noche siguiente, Mamani decidió informar del asunto al Curaca Katari.

Katari recibió a los sacerdotes Mamani y Quispe y escuchó con atención y sin alterarse el infome del Gran Sacerdote, quien terminó diciendo: “Lo que hemos averiguado, respetado Curaca, muestra que la situación puede llegar a ser complicada. Sin embargo, si los sentimientos del Capitán Kari no han interferido en su conducta como guerrero, ni han sido dados a conocer a otras personas, incluyendo por supuesto a la Coya Pacsa, no han dejado de ser un asunto privado del Capitán. Mientras no existan hechos que justifiquen nuestra intervención, lamentablemente no podemos hacer nada. Debemos estar alertas, eso sí, observando cómo se van a ir presentando las cosas.”

Terminado el informe de Mamani, Katari se mantuvo en silencio recordando el informe del Maestre de Campo Huaman acerca de la secreta pasión del Capitán Kari, asunto que él mantenía bajo un discreto control. Al cabo de unos minutos, el Curaca expresó: “Así es, Mamani, aunque lo que a mí más me inquieta son los sentimientos que deja entrever la Coya Pacsa por el prisionero.”

La reunión había terminado. Katari se puso de pie y los sacerdotes le imitaron. Para salir de la habitación, ambos sacerdotes retrocedieron inclinados hacia la puerta a fin de no darle la espalda al Curaca ni sobrepasar su altura con la cabeza, tal era la costumbre entre los incas.

El Curaca Katari, que no tenía lazos de parentesco con los incas, aspiraba en secreto a fundar una dinastía que gobernara en el Reino

de la Pampa del Tamarugal, proyecto que se podía hacer humo si Nayra solicitaba una dispensa especial de su voto de castidad perpetua, se casaba y dejaba descendencia. Sin embargo, dada las circunstancias, todavía no podía hacer nada en contra de la Coya Pacsa.

Los vigías apostados a lo largo del Camino de los Incas, que atravesaba de norte a sur el Reino de la Pampa del Tamarugal, informaron de la presencia en el territorio de un grupo de soldados españoles. Eran seis soldados de a caballo, ocho de infantería y treinta indígenas yanaconas. Procedían del Perú y viajaban a Chile. De inmediato se reunieron el Curaca Katari y el Mallku Huaman para analizar la noticia. Huaman fue partidario de atacar a los extranjeros en la zona de las emboscadas, enviando a su encuentro cuatro contingentes de guerreros, todos bajo el mando del Capitán General Kari. A continuación Katari informó a los sacerdotes lo que se iba a hacer, a fin de que éstos consultaran los agüeros de los dioses.

A la ceremonia religiosa asistieron Katari, todos los sacerdotes, Huaman, Kari, los capitanes Huari, Vilca y Yauca y los guerreros que participarían en la emboscada. El Sacerdote Carnicero llegó con tres cuyes dentro de un cesto y cuando todos estuvieron en torno a la piedra de los sacrificios, procedió a matarlos. Uno a uno les abrió el vientre y les sacó los órganos interiores para que el Sacerdote Adivino leyera en ellos el augurio de los dioses. Antahuara examinó las víceras y, en medio de una oración, exclamó: “Los viracochas y yanaconas van a morir. Nosotros tendremos pérdidas si uno de los capitanes es imprudente.”

Los capitanes que asistían a la ceremonia, se miraron entre sí, sin pronunciar palabra. Entonces, el Curaca expresó: “Capitanes y

guerreros: habéis oído el agüero de los dioses. Os demando ir a la batalla con valentía, sin ser temerarios. Preservad vuestras vidas, que los dioses os recomiendan ser prudentes.”

El mando de los guerreros incas lo ostentaba el Capitán Kari, experto en ataques por sorpresa, táctica que les había deparado innumerables victorias. Llevando al hombro sus armas y las prendas que usaban en los combates, los guerreros salieron del pueblo al amanecer, formados en cuatro escuadrones de alrededor de cien guerreros cada uno. Caminaron durante todo el día, con la sólo excepción de las horas en las cuales los rayos del sol caían verticalmente sobre la tierra. Durante esa parte de la jornada los guerreros se abastecieron en los almacenes secretos que tenían en el desierto y descansaron haciéndose sombra con sus mantas. Al declinar el sol volvieron a caminar hasta la llegada de la noche. El segundo día reiniciaron la marcha mucho antes de que asomara el sol y repitieron lo hecho en la jornada anterior. Por la mañana del tercer día alcanzaron el sector donde iban a realizar la emboscada. Allí los chasquis les informaron que los catorce viracochas, seis de a caballo y ocho de a pie, y los treinta yanaconas, llegarían a ese lugar al día siguiente.

En aquel punto, el Camino de los Incas pasaba por una estrecha garganta entre dos escarpados cerros de regular altura. En su tramo sur, el sendero penetraba en un desfiladero que iba por una depresión del terreno que cortaba en dos la meseta. En total, aquel paso se extendía un poco más de un kilómetro. Lo abrupto de las laderas de los pedregosos cerros, así como las paredes verticales del último sector, hacían imposible su escalamiento por los caballos, el arma de combate de los españoles más temida por los guerreros indígenas. En contra de los caballos, los incas habían construido unas empalizadas móviles con largas picas aguzadas en

sus extremos, de cuatro metros de largo y dos y medio de alto, que mantenían ocultas en una quebrada cercana. Según los últimos cálculos de los espías, la columna de intrusos pasaría por aquel lugar al día siguiente al atardecer. El Capitán Kari ordenó que la emboscada fuese preparada de inmediato.

El dispositivo de la emboscada era simple y había probado su efectividad en anteriores ocasiones. En el extremo sur del paso, donde las curvas del camino no permitía verlos, después del mediodía un grupo de guerreros bajaría al sendero a colocar las empalizadas portátiles de modo que los caballos no pudieran franquearlas. Después de que los soldados españoles entraran al estrecho paso entre los cerros, otro escuadrón de guerreros colocaría las empalizadas en el extremo norte. Una vez cerrados ambos extremos, los españoles serían atacados en el sector más estrecho de la garganta.

Kari le entregó al Capitán Huari y sus guerreros la misión de cortar la retirada hacia el norte a los españoles y al Capitán Yauca y los suyos, la de cerrarles el paso hacia el sur. El Capitán Vilca y sus hombres se ubicaron en los cerros del poniente y el mismo Kari cubrió con los suyos la pendiente del cerro del lado por donde salía el sol. Por ser esta ladera la menos abrupta y estar iluminada por el sol de la tarde a la hora del combate, era el terreno de mayor peligro para los atacantes. El ataque por sorpresa desde los flancos tenía como objetivo matar al mayor número de enemigos en los primeros momentos de la batalla y dispersar y aislar a los restantes en el estrecho cañón. Los blancos principales serían los caballos y sus jinetes, atacados con piedras desde lo alto por los hombres del Capitán Vilca, para luego aislar, rodear y matar a los sobrevivientes. Si algunos jinetes lograban escapar, su huída sería detenida por las empalizadas de los extremos del sector de la emboscada, donde se les estaba esperando para darles muerte.

Para combatir, los guerreros indígenas usaban trajes de algodón fuertemente acolchados y reforzados con varillas de cañas en el

pecho, los hombros y la espalda, que les servían a modo de corazas, y gorros del mismo material. Usaban además unos escudetes de cuero y algodón, que bien poco les protegían del filo de las espadas y del fuego de los arcabuces.

Poco después del mediodía, mimetizándose con el entorno, los guerreros indígenas se ubicaron en sus puestos. Completamente invisibles desde el sendero, quedaron a la espera de la señal que daría comienzo al combate. Las horas pasaron con lentitud bajo el ardiente sol del desierto. Los guerreros aprovecharon el tiempo muerto para descansar y recuperar sus fuerzas, protegiéndose del sol debajo de sus mantas tejidas con lana de llama. Todos ellos eran guerreros curtidos en muchos combates y a la mayoría la tensión de la espera no les impidió dormir una larga y reparadora siesta.

Los conquistadores españoles no habían encontrado en el Perú las riquezas que ambicionaban, por lo que se dirigían al sur para sumarse a las fuerzas de Pedro de Valdivia, a la sazón Gobernador de Chile. Los seis soldados de a caballo llevaban peto, casco y escudo de hierro e iban armados con espadas de acero. Sus caballos estaban entrenados para combatir, por lo que en conjunto jinete y cabalgadura formaban una formidable máquina de guerra. Los ocho soldados de a pie, al igual que los jinetes, se cubrían de hierro y llevaban espadas. Además, tres de ellos portaban arcabuces y los cinco restantes largas picas con puntas de acero. Algunos yanaconas, además de los bultos con las provisiones y los toldos, llevaban mazas o portaban lanzas con puntas de hierro.

A media tarde, con los yanaconas a la cabeza y los soldados de a caballo cerrando la marcha, la partida de viracochas entró en la zona de la emboscada. Una vez que se hubieron internado lo

suficiente, los hombres del Capitán Huari bajaron al sendero con diez empalizadas que colocaron formando dos líneas cortadas y paralelas, cerrando la estrecha garganta. Afirmado inclinadas las empalizadas en varas verticales, las aguzadas puntas de la parte superior quedaron a la altura del pecho de las cabalgaduras. Los espacios que había entre ambas líneas del cerco, les permitía a los guerreros pasar a uno y otro lado con rapidez, cosa que no podían hacer los caballos. Los indígenas estaban armados con mazas o hachas de piedra y largas lanzas con puntas afiladas, muy efectivas para herir tanto a los jinetes como a las cabalgaduras, y boleadoras que les permitían manear a los caballos e inmovilizar a los soldados. Además, todos ellos eran expertos honderos que lanzaban piedras a distancia con gran precisión. La disposición de estos cercos móviles era semejante en ambos extremos del desfiladero, lo mismo que el tipo de armas que portaban los guerreros.

Los españoles y los yanaconas avanzaron confiadamente, sin darse cuenta del peligro que les acechaba, hasta que Kari dio la señal de ataque. Fue ésta el sonido de una concha marina que se propagó por la cañada con cierta delicadeza y, antes de que las profundas y suaves notas del cuerno callaran, el estruendo de la avalancha de grandes piedras que cayó sobre los españoles, llenó el aire. El derrumbe mató a yanaconas y soldados españoles por parejo y provocó en el resto un gran desconcierto. De este sorpresivo ataque escaparon con vida cuatro jinetes, cinco soldados de a pié, entre ellos los tres arcabuceros, y una docena de yanaconas. Dos españoles de a caballo pudieron retroceder, en tanto que otros dos lograban pasar adelante por entre la lluvia de rocas. Mientras se despejaba la nube de polvo sólo fue posible escuchar el griterío de los guerreros y los relinchos de pavor de los caballos que se alejaban al galope en ambas direcciones. Los sobrevivientes de a pie, que habían alcanzado a replegarse hacia la ladera del este, vieron que sobre ellos descendían los guerreros de Kari con la intención de rematarlos. Reponiéndose a medias de la sorpresa, los arcabuceros aprontaron sus armas y dispararon. Tres indígenas

cayeron abatidos, pero los que venían con ellos no les dieron tiempo a recargar sus armas. Los soldados tuvieron que abandonar los arcabuces y sacar sus espadas para defenderse con ellas. Los odiados yanaconas, indígenas de la tribu de los cañaris, que se habían transformado en incondicionales sirvientes de los conquistadores, participando junto a ellos en todas sus tropelías, fueron rodeados y muertos de inmediato. Sabiendo por experiencia que su única posibilidad de salvación dependía de una defensa conjunta, los cinco soldados sobrevivientes se replegaron contra unas grandes rocas y allí, hombro con hombro, iniciaron una desesperada defensa contra la muerte.

Los guerreros de Kari bajaron por la ladera detrás de su Capitán y fueron los primeros en entrar al combate cuerpo a cuerpo. Sin esperar a los hombres de Vilca, que descendían con dificultad por la abrupta pendiente del cerro contrario, el Capitán Kari dividió sus fuerzas. Menospreciando temerariamente la capacidad de los cinco españoles que se defendían respaldados en las rocas, envió la mitad de sus hombres hacia el norte en persecución de los dos españoles de a caballo que habían escapado en aquella dirección y con el resto atacó personalmente a los sitiados. En el primer choque lograron matar a un soldado español, pagando con la vida de cuatro guerreros: uno, que fue decapitado limpiamente; otros dos, que murieron atravesados de parte a parte y un cuarto, al que le cortaron el brazo izquierdo por arriba del codo y varias costillas con una espada. En el segundo asalto murieron dos españoles y cuatro indígenas y él mismo Capitán Kari recibió una estocada que no pudo esquivar del todo, siendo herido en el pecho y en el antebrazo izquierdo. El tercer asalto lo hizo medio centenar de guerreros al mando del Capitán Vilca, los que aplastaron a los dos soldados españoles restantes sin sufrir bajas. A continuación, Kari dispuso que la mitad de los guerreros de Vilca fuera al sur y la otra mitad se dirigiera al norte, para acabar lo más rápidamente posible con los jinetes y sus cabalgaduras.

Los dos españoles de a caballo que escaparon hacia el norte, al encontrarse con las empalizadas comprendieron de inmediato las escasas posibilidades que tenían de superar aquel obstáculo y detuvieron de golpe sus cabalgaduras. Lo hicieron a la distancia justa para evitar que la primera andanada de piedras que los indígenas les lanzaron con sus hondas, les cayera encima. Al retroceder un centenar de metros por el desfiladero, vieron venir a su encuentro el primer grupo de guerreros enviado por el Capitán Kari. Durante unos minutos revolvieron sus caballos buscando algún lugar que les permitiera ascender por las escarpadas laderas de los cerros que flanqueaban el sendero, hasta que se dieron cuenta de que por aquella vía no podían escapar cabalgando y hacerlo a pie equivalía a alejar la muerte sólo unos minutos o un par de horas. Entonces uno de ellos, levantando su espada le indicó a su compañero que debían arremeter contra las empalizadas. Ambos pusieron sus caballos al galope, decididos a vencer el obstáculo que tenían al frente o morir en el intento. El primer caballo que llegó al cerco inclinado se ensartó las puntas de las varas en el cuello, derribando con su impulso las barreras, al tiempo que caía al suelo arrastrando a su jinete. Mientras unos guerreros mataban a la bestia ensartándole sus lanzas en el vientre y dándole mazazos en la cabeza, una docena de indígenas daba muerte a mazazos al jinete allí donde éste había caído. El segundo jinete intentó pasar aprovechando la caída de aquella parte de la barrera y el tumulto producido por el caballo derribado, sin percatarse que detrás de la nube de polvo permanecía en su sitio la segunda empalizada. El jinete trató de eludir el obstáculo girando a la derecha, pero el caballo resbaló, ensartándose de costado en las afiladas puntas del cerco. El soldado español quedó atrapado bajo el peso de la bestia, con su pierna izquierda atravesada por una de las varas sobresalientes. En esa posición, en sólo unos segundos los guerreros incas le dieron muerte. En la barrera de empalizadas del extremo sur, casi al mismo tiempo, los otros dos jinetes españoles corrían idéntica suerte.

Termina la batalla, mientras unos guerreros retiraban los cercos portátiles y los iban a dejar a las quebradas donde los escondían, otros recogían los muertos y los llevaban a la falda oriental del cerro donde se había apostado el Capitán Kari con sus hombres. Allí enterraron a los suyos, dejando desnudos los cuerpos de los odiados españoles, para alimento de aves carroñeras y alimañas. Luego de sacarles los órganos interiores y decapitarlos, los seis caballos fueron descuartizados, dejando sin descuerar las piezas con carne para facilitar su traslado. Mientras los enterradores y los carniceros hacían su trabajo, el resto de los guerreros limpiaba el terreno de todos los indicios que había dejado el rudo combate, recogiendo los tres arcabuces, los escudos, los cascos, las lanzas y las espadas de los españoles. Estos trofeos, junto a los petos, las piezas de ropa y el calzado, los llevaron al pueblo donde estaba el Templo del Sol.

En el pueblo de Kachi, la vida había seguido su curso normal. Vasco recibía, mañana y tarde, las visitas de Nayra, la Sacerdotisa Suprema. La razón del joven lusitano se nublaba en presencia de la Coya Pacsa, debido a la fiebre de amor que le invadía. Le parecía percibir que los negros ojos de la joven se llenaban de ternura al mirarle, que su bella voz se suavizaba aún más al dirigirle la palabra y que su hermoso rostro se iluminaba al cruzarse sus miradas. Sin embargo, aquellas vagas impresiones no eran un simple desvarío de sus dislocados sentidos porque Nayra, sin saberlo estaba enamorada de él, del joven prisionero cuya muerte lenta e inexorablemente se acercaba. Ella efectivamente no sabía qué era lo que le estaba ocurriendo, porque carecía de toda referencia al respecto.

En los últimos tiempos, la Coya Pacsa no dejaba de pensar ni un solo momento en el prisionero y por la noches su recuerdo y la

amenazante sombra omnipresente de la muerte que acechaba al joven Vasco de Almeyda, no la dejaban dormir. Nayra soñaba que ella le acariciaba la afiebrada frente y que él le sonreía, la miraba directamente a los ojos, le besaba la mano y sus ardientes labios le quemaban la piel. Ella despertaba sobresaltada porque a la Sacerdotisa Suprema, la Esposa del Sol, nadie podía osar mirarla, ni acariciarla, ni menos besarle una mano de aquella forma. Despierta, la joven era un fantasma que deambulaba esperando anhelante la hora de la visita a la prisión.

A Vasco de Almeyda le ocurría otro tanto, con la diferencia de que el joven sabía que estaba perdidamente enamorado de Nayra. Cierta noche Vasco soñó que la besaba y Nayra se desmayaba. Pero aquel dulce sueño se transformaba en una pesadilla en la cual ellos huían por el desierto y subían a un cerro, perseguidos por los guerreros incas. Él quería subir, alejarse de sus perseguidores, pero las piernas no le respondían y los guerreros se acercaban blandiendo sus armas. Desde la altura que había alcanzado, Nayra le extendía los brazos para ayudarlo a subir y refugiarse detrás de las rocas, pero él no podía moverse del lugar en la pendiente donde se encontraba. Los guerreros se acercaban amenazantes y cuando llegaban a pocos metros de distancia, Vasco despertó. Temblando de temor y empapado en sudor, estuvo hasta que comprendió que todo aquello había sido un sueño. Pero la tremenda angustia experimentada en la pesadilla le duró todo el día y sólo en parte fue mitigada por la visita matinal de Nayra.

Los victoriosos guerreros fueron recibidos con honores por el Curaca Katari, el Mallku Huaman y todos los sacerdotes. El Sacerdote Hechicero, atendió de inmediato a los heridos, constatando que sólo dos de ellos habían recibido graves pero no mortales lesiones. La herida que el Capitán Kari tenía en la parte

superior del brazo izquierdo era un tajo profundo, aunque no grave, lo mismo que el corte en el pecho. Según el pronóstico del sacerdote, el Capitán se repondría pronto. Los arcabuces, cascos, petos, espadas, escudos y lanzas de los soldados españoles, que los guerreros incas traían como trofeos, fueron dejados alrededor de la piedra de los sacrificios, para que Katari decidiera qué se iba a hacer con ellos.

Después de comer para reponer sus fuerzas, los capitanes incas se reunieron con Katari, el Maestro de Campo Huaman y el Gran Sacerdote Mamani, para darles cuenta del resultado de la misión. No obstante encontrarse herido, el Capitán Kari, que había tenido la responsabilidad de la operación, asistió acompañado de los capitanes Huari, Vilca y Yauca. Cuando todos estuvieron sentados en sus respectivas esteras, el Curaca Katari, les dijo: “Muchísimo nos hemos alegrado de veros regresar victoriosos. Ahora deseo escuchar de vuestros labios el detalle de lo ocurrido hasta alcanzar la victoria. Capitán Kari, podéis hablar.”

—Caminado rápido —expresó Kari—, llegamos al lugar de las emboscadas un día antes que los viracochas y les esperamos allí. Los cuatro batallones ocuparon las posiciones que les asigné y al dar la señal, los guerreros del Capitán Vilca atacaron con piedras a los invasores. Al mismo tiempo, mis hombres y yo bajamos por la pendiente opuesta para matar a los viracochas y yanaconas.que escaparon con vida de los peñascos, mientras dos jinetes huían hacia el sur y otros dos lo hacían hacia el norte. Los cuatro fueron muertos en las empalizadas respectivas. Al final de la batalla habíamos matado a todos los viracochas, seis de a caballo y ocho de a pie, y a tres decenas de yanaconas. Nueve de nuestros guerreros perdieron la vida y otros tantos quedamos heridos. Deseo que los capitanes Huari, Yauca y Vilca relaten ellos mismos su actuación y la de sus hombres.

—Después que los viracochas penetraron en la cañada —informó el Capitán Huari—, nosotros bloqueamos el sendero con las empalizadas. Luego tomamos posiciones y quedamos a la espera.

Poco tiempo después de haberse escuchado la señal de ataque, dos viracochas de a caballo se aproximaron a todo correr en nuestra dirección y al ver nuestra barrera se detuvieron. Cuando quisieron regresar por donde habían venido, avistaron a los guerreros que les venían siguiendo y entonces nos atacaron. El primer caballo chocó con la barrera y cayó herido. De inmediato matamos al animal y al viracocha. El otro caballo murió ensartado en las puntas de la empalizada mientras nosotros le dábamos muerte al viracocha. Entre mis guerreros no hubo muertos ni heridos.

—Mis guerreros y yo estuvimos en la barrera de la salida sur de la cañada —informó Yauca—. Allí todo ocurrió casi de la misma forma como lo ha relatado el Capitán Huari. Nosotros matamos a dos viracochas y sus respectivos caballos y tampoco tuvimos muertos ni heridos.

—Creo que a causa de mi temeridad —agregó Kari—, murieron nueve de mis hombres. Reconozco que tal vez no debí atacar a los viracochas de a pié, en la forma como lo hice.

—Deseo recordar —expresó el Hatun Huillca Mamani—, que el augurio de los dioses decía que todos los viracochas serían muertos, pero que lamentaríamos algunas pérdidas a causa de la imprudencia de un Capitán.

—¿Podría el Capitán Kari explicar lo sucedido? —acotó Huaman.

—Tal vez el Capitán Vilca podría explicar mejor que yo cómo ocurrieron los hechos —dijo Kari.

—El Capitán Vilca puede hablar—autorizó Katari.

—Yo quiero decir —dijo el Capitán Vilca—, que después de una batalla puede haber muchas opiniones acerca de lo que se debió o no hacer durante el combate. Para mí, que estuve al lado del Capitán Kari en la refriega, su comportamiento fue el adecuado, porque cuando la lucha se desarrolla cuerpo a cuerpo, no suelen resultar heridos en el pecho los cobardes.

La Fiesta del Sol, y con ella la muerte de Vasco de Almeyda, se acercaba inexorablemente. Pero el joven lusitano no pensaba en aquello porque cada día esperaba anhelante la llegada de Nayra. Más que respirar el tibio y puro aire del desierto, el enamorado lusitano necesitaba ver los grandes, negros y brillantes ojos de su amada; contemplar su sonrisa, y escuchar su melodiosa voz.

Por su parte, la joven y bella Esposa del Sol dormía acosada de pesadillas que no podía recordar, en todas las cuales estaba presente el prisionero de la mirada azul. Cada vez que estaba junto a Vasco en la cárcel, a duras penas podía retener sus deseos de acariciarle el rostro en el que los ojos del joven resplandecían como dos tristes luceros.

Cierta mañana, a Nayra se le ocurrió pensar en que no obstante los sacrificios humanos realizados al Sol y a los otros dioses, sobre el Reino de la Pampa del Tamarugal habían caído varias desgracias. Entonces concibió la idea de que también podría resultar vana la inmolación de Vasco de Almeyda. Pocos minutos después, la Sacerdotisa Suprema, acompañada de Nakena, salió de la casa de las mamaconas y ambas se encaminaron directamente a la casa del Gran Sacerdote Mamani. Éste se mostró muy sorprendido al ver a la Coya Pacsa pero, debido a las reglas del protocolo, no pudo negarse a concederle una entrevista. Una vez a solas con el Sacerdote, Nayra se sentó en un taburete y el anciano lo hizo sobre una estera, en el suelo, y enseguida, le preguntó “Honorable Coya Pacsa, qué trae usted en su corazón”.

—Hatun Huillca: he estado pensando y he llegado a la conclusión de que no se debe sacrificar al prisionero en la Fiesta del Sol.

—¿Por qué piensa usted eso?

—Porque los últimos sacrificios de viracochas no han evitado las desgracias que nos han caído encima. Además él no es un soldado y no ha causado ningún daño a los incas.

—¿Quién le ha dicho a usted eso?

—El mismo me lo ha dicho, Hatun Huillca.

—Los viracochas suelen mentir, Honorable Coya Pacsa. ¿Cómo puede usted creerle?

—Mi corazón me dice que él no merece morir, que sería más útil vivo que muerto. Por eso le solicito que vea la forma de cambiar lo acordado en relación al sacrificio de este prisionero.

—Presentaré su opinión al Consejo de Sacerdotes y si así éste lo acuerda, le llevaré el asunto al Curaca. Pero no le puedo prometer nada.

—Gracias, Hatun Huillca, confío en su bondad.

El Hatun Huillca Mamani reunió al Consejo de Sacerdotes para analizar la proposición de Nayra, la Sacerdotisa Suprema. Además de él mismo, asistieron los sacerdotes Antahuara, Quispe, Urkko y Apaza. Cuando todos estuvieron sentados, Mamani, les dijo: “La Coya Pacsa piensa que el viracocha que vamos sacrificar en la Inti Raymi, no debiera ser inmolado. Argumenta que los sacrificios de los últimos viracochas no han evitado las desgracias que hemos padecido y ni siquiera las han vaticinado; que el prisionero no es un soldado, que nunca le ha hecho daño a nadie, y que podría ser más útil vivo que muerto. Ella propone que no se le quite la vida. Yo accedí a presentar su proposición a este Consejo, sin prometerle nada. Sacerdotes del Culto del Sol: deseo escuchar vuestras opiniones.”

Se produjo un largo silencio durante el cual cada uno de los sacerdotes estuvo analizando para sí los pro y los contras de las palabras del Hatun Huillca. Finalmente, Quispe, dijo: “Tratando de descifrar el augurio de los dioses que todos ustedes conocen, efectué varias confesiones, las que indicaron que la Honorable Coya Pacsa estaba preocupada por la suerte del prisionero que será inmolado en la próxima festividad, lo que ella misma reconoció

con toda inocencia. Usted fue debidamente informado por mí, honorable Hatun Huillca.”

—Yo no ví nada malo en ello —expresó Mamani—, y además estimé que no se podía hacer nada, mientras no existieran hechos que lo justificaran, que debíamos estar atentos observando las cosas. Cuando le informamos al Curaca Katari, éste dijo que a él siempre le habían inquietado los sentimientos de la Coya Pacsa por el prisionero.

—¿Por qué vemos nosotros esta proposición, Honorable Hatun Huillca? —preguntó Urkko.

—A mí el corazón me dice que la Coya Pacsa actúa guiada sólo por sus buenos sentimientos. Creo que no hay nada censurable en su planteamiento. Por esos motivos he requerido el consejo de vosotros.

—A mí me parece —dijo Antahuara—, que si no hay nada reprochable en los motivos que tiene la Coya Pacsa para proponer que no se sacrifique al prisionero, deberíamos analizar su petición.

—La Coya Pacsa —expresó Mamani—, argumenta que el prisionero no es un soldado y que no le ha hecho daño a nadie y por eso propone que no sea inmolado.

—Sin embargo, el último viracocha sacrificado era un sacerdote.

—Sí, lo era. Pero su comportamiento había sido igual, y en cierto sentido peor, que el de los propios soldados viracochas. Incluso tenía tres churis (hijos) en una joven mujer indígena con la cual vivía amancebado, siendo que los sacerdotes viracochas tendrían que ser célibes.

—Los informes sobre el prisionero dicen que, efectivamente, él se ha comportado bien con los indígenas. Incluso aprendió nuestro *runa simi* (*runa*, gente; *simi*, idioma) y se interesa por nuestra historia, nuestras costumbres y nuestras cosas.

—Si prometiera a ayudarnos, se le podría perdonar la vida.

—¿Qué clase de ayuda?

—Podría servirnos de intérprete.

—Yo me pregunto si podríamos confiar en él.

—¿No sería mejor que él le enseñara su idioma a un grupo nuestros niños? Así tendríamos intérpretes de nuestra confianza.

—No debemos aprender el simi de los invasores.

—Eso es cierto, pero tener intérpretes de nuestra confianza, me parece una buena idea.

—Estoy de acuerdo, porque no olvido lo que el infame Felipillo le hizo a Atahualpa.

—Resumiendo ¿concordáis con la proposición de la Coya Pacsa?

—preguntó Mamani.

Los sacerdotes se miraron entre sí y asintieron. De aquellos gestos el Gran Sacerdote sacó la conclusión de que todos estaban de acuerdo en plantearle al Curaca que se le perdonara la vida a Vasco de Almeyda. Finalmente, en un tono solemne, Mamani expresó: “Entiendo que estamos de acuerdo en que si el prisionero nos jura fidelidad y se compromete a ayudarnos, se le perdonaría la vida. En consecuencia, le llevaré esta proposición al Curaca, a quien le corresponde tomar la decisión final.

El Gran Sacerdote puso en conocimiento del Curaca Katari, el acuerdo del Consejo de Sacerdotes del Culto del Sol que acogía y hacía suya la proposición de Nayra, la Coya Pacsa. Dado que Vasco de Almeyda era un prisionero de guerra y para mejor resolver, Katari citó al Maestre de Campo Huaman y al Capitán General Kari. Ante ellos, el Gran Sacerdote Mamani expuso el asunto que motivaba aquella reunión: “Argumentando que el prisionero no le ha hecho daño a ninguno de los nuestros, que no es un soldado y que sería mucho más útil vivo que muerto, la Coya Pacsa ha pedido que no sea sacrificado en la Fiesta del Sol. Yo presenté su proposición al Consejo de Sacerdotes en atención a que mi parecer es que ella actúa guiada por sus buenos sentimientos y de que no había nada censurable en su proposición. En

consideración a que los informes sobre el prisionero confirman su buen comportamiento con los indígenas, que aprendió nuestra lengua y que se interesa por nuestras cosas, los sacerdotes acordamos que si él nos juraba fidelidad y prometía ayudarnos, se le podría perdonar la vida.”

—¿En qué nos podría ayudar?

—Podría enseñarle su *simi* a un grupo de nuestros niños.

—¿Y si intenta escapar?

—Creo que es difícil que lo haga, porque él no conoce esta región y sería muy fácil capturarlo de nuevo —dijo Huaman.

—Para nosotros sería sencillo vigilarle —agregó Kari.

El Curaca estuvo meditando acerca de los pro y contras que presentaba el hecho de perdonarle la vida al prisionero. Si lo dejaba vivo y en libertad, se abría la posibilidad de que la Coya Pacsa cometiera una imprudencia en su relación con el apuesto joven y en tal caso se podrían tomar medidas en contra de ella. Si el prisionero trataba de escapar, se le podía dar muerte sin juicio. Finalmente, el Curaca sentenció: “Decido que se le deben presentar al prisionero nuestras condiciones. Si él las acepta no será ofrendado al Sol, pero si más adelante intentara escapar sería muerto en el acto. El encargado de hablar con él será el Gran Sacerdote o quien él decida. Después, el extranjero tendrá que prestar un juramento”

Mamani visitó a Nayra y después de los saludos protocolares, le dijo: “Habiéndose confirmado el buen comportamiento del prisionero con los indígenas y que ha aprendido nuestra lengua, si él nos promete fidelidad y acepta enseñarle su *simi* a un grupo de nuestros niños, los sacerdotes acordamos apoyar su proposición, Honorable Coya Pacsa. A continuación se la llevamos al Curaca.

Él estudió la propuesta y decidió de que si el prisionero aceptaba nuestras condiciones no sería ofrendado al Sol. Pero si intenta escapar, se le daría muerte en el acto. La misión de informarle al prisionero quedó en mis manos, pudiendo yo delegar en otra persona.”

—Hatun Villca Mamani—dijo Nayra, sin ocultar su alegría—: le agradezco sus gestiones y tengo la seguridad de que no se va a arrepentir de haberlas hecho. Ahora le pido que me de la alegría de ser yo la persona que le comunique al prisionero esta decisión.

—No tengo ningún inconveniente, Honorable Coya Pacsa.

Mamani salió de la casa de las mamaconas, dejando a Nayra conteniendo a duras penas su alegría. Luchando para no echarse a correr, la Sacerdotisa Suprema se dirigió de inmediato a la cárcel y en su exaltación olvidó que debía hacerse acompañar por una mamacona. Sólo al llegar ante los guardias que custodiaban la cárcel se dió cuenta de que iba sola. Al Capitán Yunque le extrañó que la Coya Pacsa llegara sin sus habituales acompañantes, pero no puso inconvenientes al pedido de la Sacerdotisa Suprema de que la dejara entrar a la cárcel. Él mismo le abrió la puerta y entró detrás de ella.

Al ver a Nayra entrando a la prisión en forma tan inesperada, Vasco de Almeyda se levantó para saludarla y ella, sin poder contenerse por más tiempo, le dijo: “Si nos prometes fidelidad, no tratar huir y aceptas enseñarle tu idioma a nuestros niños, el Curaca te perdonará la vida y no serás ofrendado a los dioses.”

Vasco se quedó mudo de la sorpresa, pues en aquella ocasión no esperaba recibir esa noticia, pero la alegría que desbordó su corazón lo hizo reaccionar como un peninsular: se abalanzó sobre Nayra, la estrechó en sus brazos y con la joven en vilo alcanzó a girar un par de vueltas antes de que los fuertes brazos del Capitán Yunque detuvieran aquella para ellos inaceptable expresión de alegría. El guerrero separó a la pareja con rudeza, lanzando al

joven contra una de las paredes de la habitación. El lusitano se golpeó en la cabeza y cayó al piso, pero Nayra se interpuso y con un gesto detuvo al Capitán. La joven le explicó al rudo guerrero que el prisionero no la había atacado, sino que su abrazo había sido una simple muestra de su alegría. Entonces el Capitán se retiró hasta la puerta, dando por superado el incidente.

—Acepto las condiciones que me ponéis —le dijo Vasco a Nayra, una vez recuperada su compostura—. Y ahora, ¿qué tengo que hacer?

—Tendrás que prestar un juramento ante el Curaca, del que serán testigos los sacerdotes y algunos capitanes, pero hasta que llegue ese momento seguirás recluso en esta prisión.

Después del baño diario de purificación en los pozones del estero y una vez en la casa que compartía con las mamaconas, recién Nayra reaccionó al abrazo que le había dado Vasco. Desde que fue elegida como aclla, la joven jamás había sido abrazada por un hombre. Sólo durante la travesía de la cordillera, en medio de la horrible tormenta que mató de frío por igual a personas y bestias, Nayra había dormido abrazada a sus perros de la luna y las acllas y mamaconas encargadas del cuidado de la Huaca del Príncipe Paullo. Después de aquella trágica experiencia, no había vuelto a ser abrazada hasta que Vasco de Almeyda, descontrolado por su alegría, la tomó en sus brazos.

Agarrándola por la cintura, Vasco la había levantando en el aire y luego, apretándola contra el pecho, había alcanzado a dar un par de giros antes de que el rudo Capitán Yunque interviniera como lo hizo. Aquel abrazo, que la sorprendida Nayra desde el principio interpretó como una simple y descontrolada manifestación de alegría del lusitano, también le produjo unas extrañas sensaciones

que sólo después, en la tranquilidad de su cuarto, las volvió a sentir. Recordó que mientras Vasco daba vueltas con ella enalzada en vilo, junto con el miedo de caer al piso se había sentido segura en sus brazos. Con toda naturalidad él la había apretado contra su pecho y ese recuerdo la perturbaba. Pero había algo más, inexplicablemente, Nayra no podía apartar de sí el deseo de ser nuevamente abrazada por él.

Aquella noche, la Coya Pacsa soñó que Vasco daba vueltas con ella en sus brazos mirándola con alegría con sus azules ojos de estrella y ella se dejaba llevar hasta que aquella especie de danza era bruscamente detenida por el Maestro de Campo Huaman, quien derribaba a Vasco e intentaba agredirlo con su maza.

A media mañana se abrió la puerta de la celda y el Capitán Vilca entró con media docena de guerreros. Vasco de Almeyda, que se había sobresaltado al verlos, se serenó cuando escuchó que Vilca le decía: “Prepárate, viracocha, te llevaremos ante el Curaca.”

—¿Qué sucede?

—Me han enviado a buscarte, es todo lo que yo sé.

Vasco de Almeyda se vistió sus deterioradas vestimentas y salió al exterior en medio del grupo de guerreros. Caminado de prisa, en pocos minutos llegaron a la casa del Curaca Katari. En el patio interior de la vivienda estuvieron esperando hasta que uno de los sirvientes le dijo a Vilca que entrara con el prisionero. Vilca le explicó a Vasco que ante el Curaca debía entrar descalzo e inclinado. Siempre en medio de sus guardianes, Vasco de Almeyda entró a la espaciosa habitación donde Katari se encontraba sentado en una banqueta colocada arriba de una tarima en la que junto a él, sobre alfombras, estaban sentados los sacerdotes del Culto del Sol,

Huamán y sus capitanes y las mujeres del Curaca. Cuando Vasco llegó frente a la tarima, Vilca le indicó que se sentara en una estera extendida en el suelo. A continuación, el Gran Sacerdote, le dijo: Se te ha traído ante la presencia del Curaca Katari para escuchar de tus propios labios si aceptas nuestras condiciones para perdonarte la vida y luego, si éste es el caso, tomarte el juramento. La Coya Pacsa te ha informado de nuestra proposición, por lo que ya la conoces y, según lo que ella me comunicó, en principio habéis aceptado. Si es así, daremos comienzo a la ceremonia del juramento.”

Vasco dijo que así era y entonces los cuatro sacerdotes restantes se levantaron y retrocediendo inclinados para no darle la espalda al Curaca se fueron a colocar a ambos lados de Vasco en reemplazo de los guerreros quienes, retrocediendo en la misma forma que los sacerdotes, se retiraron hasta las puertas de la sala. Luego el Curaca se puso de pie sobre la tarima y lo mismo hizo el Gran Sacerdote a nivel del suelo para luego, en tono solemne, decir: “¡Oh, *Hatun Inti* (Supremo Sol). Invocando tu presencia vamos a solemnizar el juramento de Vasco! Vasco: te hemos ofrecido respetar tu vida si bajo juramento nos prometes lealtad y ayuda en la tarea de enseñar tu lengua a nuestros niños. Con la condición de no intentar huir, pero, si lo intentaras serías muerto allí donde se te diera alcance. ¿Prometes ante *Hatun Inti* que de corazón aceptas nuestra propuesta? Si aceptas, debes decirlo.”

—De corazón les prometo lealtad y acepto vuestras propuestas.

—Te habéis comprometido ante el Sol, Vasco. Y nosotros te creemos.

A continuación las mujeres del Curaca tomaron unas bellas vasijas de greda con chicha y la escanciaron en vasos de oro que luego repartieron entre los varones presentes, comenzando por Katari y dejando a Vasco de Almeyda para el final. El Curaca hizo un brindis en honor del Sol y todos bebieron, dando por terminada de aquella forma la ceremonia.

Al término de la ceremonia del juramento de Vasco de Almeyda, el Gran Sacerdote le informó de que a partir de aquel momento sería considerado como un miembro más de la comunidad inca, que seguiría viviendo en la casa que había sido su prisión, solo que de ella podría salir y entrar libremente. También le dijo que, si lo apetecía, podía contraer matrimonio o vivir amancebado con cualquiera de las muchas jóvenes solteras que había en los ayllus. Agregó Mamani que el encargado de enseñarle las costumbres del Reino y de explicarle sus tareas y deberes sería el Capitán Kari quien, por estar convalesciente de sus heridas, estaría en reposo durante un cierto período.

Aquel mismo día, unas mujeres de la Panaca del Curaca le llevaron frazadas tejidas de lana de llama y cueros a medio curtir, con los cuales le hicieron una cama mucho más confortable que la que había estado usando como prisionero. Las mujeres asearon la pieza que había sido su prisión y en ella instalaron una rústica mesa, un banco sin respaldo y una banqueta para sentarse. Terminadas estas tareas, la más vieja de las mujeres le dijo a Vasco que todos los días ellas le traerían comida. En tanto salieron las mujeres, el Capitán Kari entró a la vivienda, para decirle: “Tengo la misión de darte a conocer las costumbres en este reino y tus tareas. Mientras se seleccionan los niños a los cuales les enseñarás tu idioma, tendremos algunos días para esto. Mañana por la mañana comenzaremos. Por ahora sólo debo decirte que debes estar dentro de esta casa antes de que oscurezca y no podrás salir de noche al exterior, porque los guardias que vigilan el pueblo, lo interpretarán como un intento de fuga y ya sabes lo que eso significaría para tí. Para hacer tus necesidades tendrás que usar los mismos tientos que utilizabas cuando estabas preso.”

—¿Por qué tantas restricciones?

—No te olvides de que estamos en guerra. ¿Tienes otra pregunta?

—Por el momento, ninguna.

A la mañana siguiente Vasco desayunó con los alimentos que le llevaron las mujeres y, tal como él lo había anticipado, el Capitán Kari fue a buscarlo temprano. Después de los saludos, Kari le dijo: “Vamos a recorrer el pueblo, para que lo conozcas.”

El pueblo de Kachi había sido levantado en un corte en la meseta, una quebrada, en un sector en que ésta tenía cuarenta metros de profundidad, alrededor de trescientos de metros de anchura y más de media legua de longitud. Por el fondo discurría un estero cuyas aguas provenían del deshielo de las nieves eternas de la cordillera de los Andes. El Templo del Sol, la plaza y las casas principales estaban sobre una planicie arrimada a la pared norte del cañadón. Para llegar al estero, desde la plaza, había que caminar una cuadra y media, descendiendo cerca de quince metros. Los dos ayllus que vivían en el pueblo, habían levantado sus viviendas en sectores opuestos, a partir de los espacios libres de la planicie alrededor de la plaza. Las viviendas de los sectores bajos cercanos al curso natural del estero, que habían sido arrastradas por las aguas durante las lluvias caídas en hatun pucuy (marzo), ya habían sido reconstruídas.

La casa donde Vasco había estado preso y en la que iba vivir a partir de aquel día, quedaba cerca de la plaza, el centro de todas las celebraciones y rituales. En plaza estaba la piedra de los sacrificios y en torno a ella se ubicaban el Templo del Sol, las casas de las mamaconas y de las acllas; las habitaciones de los sacerdotes y las casas del Curaca. Los capitanes y sus guerreros vivían en construcciones que habían levantado hacia el poniente, alejadas del pueblo. De aquella forma los escuadrones de guerreros, que se

turnaban para mantener una guardia, no interferían la vida de los habitantes de Kachi y podían realizar con tranquilidad sus ejercicios de guerra.

El Capitán Kari le explicó a Vasco de Almeyda que mientras los guerreros no estaban en campaña, en ejercicios o de guardia, participaban en las tareas habituales de sus ayllus respectivos, en las quebradas y valles secretos donde estaban ubicados, haciendo una vida normal con sus mujeres e hijos y los demás miembros de su comunidad. Los ayllus estaban gobernados por Camayoc, los que se mantenían permanentemente comunicados con el Curaca por medio de un efectivo servicio de chasquis. No obstante, el Capitán Kari se cuidó de referirle a Vasco que el Camino de los Incas, que atravesaba de norte a sur la Pampa del Tamarugal y el Desierto de Atacama, era vigilado de forma continua por los indígenas atacameños y diaguitas, quienes enviaban las noticias con los chasquis. De esta forma, todo el territorio del Reino de la Pampa del Tamarugal contaba con un efectivo sistema de información, que hacía viable su defensa.

Después de mostrarle al recién perdonado prisionero los límites del terreno en el cual se podía mover libremente durante el día, el Capitán Kari llevó a Vasco al sector del estero cordillerano donde estaba permitido bañarse. Aquel sitio estaba ubicado al poniente del pueblo, una vez que las aguas del estero, que se utilizaban para beber y preparar los alimentos, habían atravesado el sector donde vivía la gente. Pensando en que Nayra se bañaba allí todos los atardeceres, Kari le dijo a Vasco que él sólo podía bañarse por las mañanas.

—Nosotros estamos en contacto con el sucesor de Manco, el Inca Xairi Tupac. Él vive en un valle secreto de los Andes y a él estamos sometidos.

—Según he sabido —le respondió Vasco—, únicamente el Inca puede dictar la pena de muerte. ¿Autorizó el Inca la muerte de los españoles que andaban conmigo?

—No. Tus compañeros no fueron ajusticiados, sino sacrificados a Inti. Manteniendo la tradición de los incas, en nuestro reino sólo se condena a muerte a los autores de ciertos delitos y a los homicidas, adúlteros y violadores

Cierto día al atardecer, mientras el Sol se estaba poniendo y sus rayos sólo iluminaban a gran altura, un grupo de cóndores volaba majestuosamente en los últimos vestigios de la luz solar. El Capitán Kari y Vasco de Almeyda observaban, sin hablar, el vuelo de las aves. Entre los dos hombres habían surgido algunos lazos de amistad basados en el modo de ser sincero y franco que a ambos caracterizaba. A medida que lo iba conociendo en profundidad, aumentaba la admiración que Vasco sentía por Kari. Al cabo de unos momentos en silencio, le preguntó: “Kari: ¿Cómo llegaste a ser Capitán y por qué tus guerreros te son tan fieles?”

—En el Ejército del Inca, los grados se ganaban en el campo de batalla. Los guerreros que me acompañan proceden de los ayllus de la comarca donde mi padre era Curaca. Todos somos como parientes y nos conocemos desde niños. De ahí viene la fidelidad.

—Pero tú eres noble.

—Es cierto. Pero los jóvenes, nobles y plebeyos, al mismo tiempo de ser iniciados como adultos, pasábamos a ser guerreros. En mi caso sucedió así: Poco tiempo después de haber terminado los estudios en la escuela para nobles, creada por Inca Roca, un día mi padre me dijo: “Entrarás como yana en la panaca del Inca, donde yo presto mis servicios.” Estando en esa condición alcancé la edad para ser iniciado en el mundo de los adultos y guerreros. La *Huarachicuy* (Iniciación) duró cuatro meses. Comenzó en *cuyaq raymi* (octubre) cuando mi madre, junto a las madres de los demás jóvenes que también iban a ser iniciados, empezaron a tejer los vestidos que íbamos a usar en las ceremonias. Eran éstos el *huara*

(calzón), la *uncu* (camiseta), la *yaccolla* (manta) y el *llautu* (banda tejida de lana que se arrolla en la cabeza).

—Es notable la variedad y belleza de los colores con los que tiñen la lana las mujeres y la finura de los tejidos —acotó Vasco.

—En el mes de noviembre —prosiguió Kari— iniciamos los ritos en el cerro Huanacauri, donde *Ayar Uchu* (hermano del primer Inca) está transformado en piedra. Durante los ocho primeros días del mes, nuestros padres y parientes nos prepararon las *usutas* (sandalias) y con *cabuya* (cuero crudo) nos hicieron las *huaracas* (hondas). Pasamos una noche en el cerro Huanacauri, imitando ritualmente la llegada al Cuzco de nuestros antepasados, y presentamos nuestras ofrendas a la *Huaca* de *Ayar Uchu*, donde los *tarpuntaes* (sacerdotes) nos dieron a cada uno una huaraca y nos pintaron la cara con la sangre de un llama macho recién sacrificado. En *ayamarca raymi* (mes de diciembre) se efectuaron las celebraciones principales. Los participantes en la ceremonia de iniciación teníamos que estar en estado de pureza. Nosotros los jóvenes la conseguíamos dejando de consumir sal y ají, lo que ya habíamos comenzado a hacer el primer día de *ayamarca raymi*. Los adultos se purifican dejando de consumir sal, ají, carne y chicha y mediante la abstinencia sexual. Forma parte de la purificación la confesión de pecados tales como fornicación, robos, faltas al ritual o brujería. Los miembros de la familia del Inca se confiesan directamente al Sol y luego se bañan en un río pidiéndole a éste que se lleve sus pecados. Nosotros los nobles y la gente común vamos donde un *Ichuri* (Confesor) a quien le damos a conocer nuestras faltas. El *Ichuri*, echando suertes con cuentas o examinando las entrañas de un cuy, ve si la confesión ha sido veraz. Si el auspicio es negativo, exige una nueva confesión. A los infractores se les imponen penitencias, como ayunos, que finalizan con un baño para lavarse las faltas.

—Tengo entendido que Quispe es el *Ichuri* aquí en la Pampa del Tamarugal —intervino Vasco.

—Así es, Vasco. Sigo con mi relato: A todos los jóvenes que nos estábamos iniciando nos raparon la cabeza en medio de la plaza. Una vez que estuvimos vestidos salieron a la plaza las ñustas con

unos cantaritos de greda bellamente decorados, llenos de chicha. Bebimos, y después, junto a las ñustas, nuestros padres y demás parientes nos dirigimos a los Templos del Sol y del Trueno para sacar las Huacas a la plaza. Las mamaconas sacaron en andas la Huaca de Quilla, que estaba a cargo de ellas. Otro tanto hicieron los varones con las momias de sus antepasados, las que estaban secas, sentadas con los brazos cruzados sobre el pecho, con sus cabelleras intactas y con las insignias propias de su rango. Las momias eran livianas, de modo que un hombre podía llevar una sobre sus hombros. En la plaza los padres presentaron a sus hijos que iban a ser iniciados. Entonces salió el Inca y se fue a colocar junto a la esfinge de *Inti* (el Sol). Nosotros nos pusimos de pie y, de acuerdo a nuestro rango, fuimos a adorar a Inti y al Inca. Ante ellos hicimos una reverencia y permanecemos de pie hasta el mediodía. Con Inti en su cenit hicimos las reverencias rituales a las Huacas y le pedimos licencia al Inca para hacer nuestros sacrificios. Nos dirigimos nuevamente al cerro Huanacauri, esta vez con un *napa* (llama macho). Fuimos en procesión, con nuestros parientes. Además del *napa* llevamos el *Sunturpaucar* (estandarte real) y varios *apurucus* (llamas machos viejos) para el sacrificio. Durante la noche pernoctamos al pie del cerro en un lugar llamado Matahua y al día siguiente al amanecer dejamos los llamas para el sacrificio al pie del cerro y en ayunas subimos a lo alto, hasta donde estaba el Templo. Allí les entregamos nuestras huaracas a los tarpuntaes y un *Narac* (Carnicero) dio muerte a cinco llamas machos que luego fueron quemados delante de la Huaca. Mientras los cuerpos de los animales se consumían en la hoguera, el *Huillca Huma* (Sumo Sacerdote) solemnemente, exclamó: «¡Oh, Huanacauri! padre nuestro, siempre el Hacedor Apu Inti, Illapa y Quilla sean mozos y no envejeczan, y el Inca tu hijo sea siempre mozo, y en todas sus cosas siempre haya bien; y nosotros tus hijos y descendientes que ahora te hacemos esta fiesta, el Hacedor, Sol y Trueno y Luna y Tú nos tened siempre de vuestras manos y nos dad lo necesario para nuestra vivienda.» (7) Los tarpuntaes les sacaron sangre a los apucurus y con ella nos pintaron la cara y nos devolvieron las hondas, diciéndonos: «¡Tomad estas huaracas. Os

las da la *Huaca de Huanacauri* para que os hagáis guerreros!» En el camino de regreso al Cuzco, nuestros parientes nos esperaban ocultos en una quebrada donde nos asaltaron por sorpresa arrebatándonos las huaracas. Mientras nos daban latigazos, nos decían: «¡Os azotamos para que seáis valientes!» A mediados de *capac raymi* (mes de enero) los jóvenes nos congregamos en la plaza del Cuzco y allí el Huillca Huma nos repartió huaras y uncus. Nos vestimos aquellas prendas y fuimos al cerro *Anahuarque*. en aquel lugar nuestros parientes nos volvieron a azotar. Luego participamos en una carrera, que terminó con más ofrendas en el cerro *Ravaraya*, y regresamos a la plaza del Cuzco a bailar *huari*. Después fuimos al cerro *Yavira* y en aquel sitio, tras nuevas ofrendas, azotes y bailes, recibimos finalmente las *huaras* tejidas por nuestras madres y, de parte del Inca, orejeras de oro que nos atamos a las orejas. Para purificarnos nos fuimos a dar un baño en la fuente de *Calispuquio*. Terminado el baño ritual, cada uno de nosotros recibimos, de parte de un tío materno, nuestras armas de guerra.

Para Vasco de Almeyda, la vida en el pueblo transcurrió casi sin variaciones hasta que conoció a los ocho muchachos, entre siete y doce años de edad, que habían sido seleccionados para que él les enseñara castellano. Una yana de la casa del Curaca fue la encargada de presentarle a Vasco sus alumnos. Cada niño, al momento de decir su nombre, dio un paso al frente. De aquella forma el improvisado maestro pudo saber cómo se llamaban sus alumnos y de paso reconocer a algunos de los que habían participado en el líquido recibimiento que él y los soldados españoles habían tenido cuando llegaron como prisioneros. También formaba parte del grupo el muchacho que se abstuvo de orinarlos.

Vasco, cuya única experiencia en la enseñanza había sido asistir como alumno a la escuela de la parroquia de su pueblo, debió improvisar como maestro. Comenzó recorriendo el poblado con sus alumnos, enseñándoles el nombre en castellano de todas las cosas y aprovechaba todo lo que los niños hacían para enseñarle los verbos. Al mismo tiempo, él aprendía quechua con la ayuda de sus alumnos. Debido al juramento de lealtad prestado por Vasco, ellos lo consideraban uno de los suyos, y muy pronto el maestro improvisado se interiorizó de las rutinas de Kachi, el poblado secreto de los incas de la Pampa del Tamarugal. Y de la misma forma se hizo apreciado y respetado por sus discípulos.

Aprovechando los frecuentes diálogos que surgían entre ellos Vasco le preguntó a un alumno que le había orinado cuando llegó prisionero, por qué lo había hecho. El niño le respondió que mear al enemigo derrotado o muerto, era una forma mostrarle odio y desprecio. Entonces Vasco le preguntó al niño, que no le había orinado, si acaso él no odiaba a los españoles. El muchacho le respondió: “Odio a los viracochas por cómo ellos se comportan con nosotros, por sus crímenes, sus abusos con las mujeres y sus robos, pero yo no les oriné porque no quise ser tal como eran ellos.”

Un día, mientras Vasco y sus alumnos descansaban luego de la merienda del mediodía, un niño comenzó a tocar una *ocarina* hecha de greda cocida. Al oír aquel instrumento de viento, Vasco concibió la idea de enseñarle a los alumnos algunas canciones de su tierra, como una forma de acrecentar el vocabulario de los niños. Al punto le surgió la necesidad de disponer de un instrumento y se dio a la tarea de buscar los materiales para hacerse una bandurria en reemplazo de la que desapareció cuando fue hecho prisionero.. Vasco había visto que los escasos guerreros que manejaban arcos y

flechas, usaban cuerdas de tripas crudas, retorcidas y secas, para sus arcos. En Portugal los músicos hacían cuerdas semejantes para las guitarras y otros instrumentos, por lo que a él le resultó fácil resolver aquella parte de su proyecto. Después se dio a la tarea de buscar madera para hacer la caja. Conversando con sus alumnos les explicó qué era lo que necesitaba y los muchachos decidieron ayudarlo. Fue así como un día un niño le llevó a Vasco la caparazón de un armadillo, pensando que la podía usar como caja. Dada su anchura, Vasco calculó que a lo sumo se podrían usar cuatro o cinco cuerdas. Conseguir el resto de los materiales necesarios no fue difícil, de modo que en un par de semanas terminó la parte de resonancia de la bandurria. En el intertanto había torcido y puesto a secar cuerdas de tripa de diversos grosores, de modo que una semana más adelante, su instrumento estaba listo. Para afinarlo necesitó otra semana, al cabo de la cual dio su primer concierto. Los indígenas quedaron sorprendidos y maravillados, porque nunca habían escuchado un instrumento de cuerdas como el de Vasco de Almeyda, ni el tipo de canciones que él cantaba. Pronto comenzaron a llegar los músicos locales con caparazones de armadillos para que él les enseñara a fabricar instrumentos semejantes. Vasco accedió con entusiasmo, de modo que al poco tiempo su modelo de bandurría había traspasado las fronteras de la región.

Transcurría el mes de junio y era invierno. Un invierno en nada parecido al de la península ibérica, porque en la Pampa del Tamarugal no llovía y durante el día la temperatura era agradable. Sólo nevaba en las cumbres de las altas montañas. La fecha en que se iba a celebrar la *Inti Raymi* (Fiesta del Sol) llegó cuando las noches eran las más largas del año. En reemplazo del cerro *Manturcalla*, cercano al Cuzco, donde los incas creían que el Sol bajaba a dormir, los sacerdotes de la Pampa de Tamarugal habían elegido un cerro de las inmediaciones, ubicado al poniente del poblado.

Hacia ese lugar salió en procesión toda la comunidad encabezada por el Curaca y el Gran Sacerdote. La gente iba contenta, todos vestidos de fiesta con sus mejores galas. Junto con el estandarte del Curaca, los guerreros llevaban al *Napa* del Reino, un llama macho de color blanco que simbolizaba el primero de su especie que apareció después del diluvio. Le seguían ocho guerreros distinguidos que cargaban sobre sus hombros, de cuatro en cuatro, dos *apurucus*, llamas viejos, mientras otro grupo llevaba de tiro dos llamas de color pardo y dos llamas pintas. Detrás iba un grupo de indígenas cargado con ropa, con llamas hechas con cueros rellenos con paja y con figuras labradas en madera, con forma de hombres y mujeres, vestidas con sus prendas características. Cantando y bailando, adultos y niños se iban entremezclando.

A cierta distancia de los pies del cerro, donde había un muro de rocas, se detuvo la multitud. Los sacerdotes se ubicaron delante de un altar de piedra construido al comienzo de la ladera del cerro, mientras el Curaca y su panaca hacían lo propio a un costado de la rústica construcción. Al lado contrario se colocaron los capitanes con los guerreros que portaban la *Sunturpaucar* (divisa) del Curaca, los estandartes de los seis batallones y el Napa. Los animales que iban a ser sacrificados quedaron, junto a sus portadores, entre el altar y la multitud.

El Gran Sacerdote Mamani inició la ceremonia con un cántico dirigido al Sol, que los concurrentes corearon. Mientras todos los demás cantaban, dos sacerdotes dirigían el trabajo de los que maniataban a los dos *apurucus* y los colocaban en el lugar donde iban a ser sacrificados. Terminado el cántico, Apaza, el Sacerdote Carnicero le dió muerte a los animales cortándoles la yugular. La sangre de las llamas fue recogida en fuentes, para preparar *yahuarsanco*, bollos de harina de maíz amasada con sangre de llamas. A continuación, los sacerdotes sacrificaron las dos llamas de color pardo y mientras unos llevaban a cabo esta tarea, los otros ofrendaban la ropa a la estatua de Pacahcámac que estaba dentro de una cavidad horadada en el cerro, detrás del altar.

Al término a la ceremonia, el Gran Sacerdote hizo las ofrendas a *Illapa* (el Rayo). Estas consistieron en las dos llamas pintas que fueron sacrificadas de la misma forma que las anteriores. Por último, todas las figuras de hombres, mujeres y llamas fueron quemadas, mientras los asistentes adultos bebían chicha de maíz.

Desde el día en que Nayra le informó de la decisión del Curaca Katari de perdonarle la vida a cambio de su juramento de lealtad, Vasco sólo había visto en una ocasión y desde lejos a la Coya Pacsa. Fue al día siguiente de la Fiesta del Sol, a la que Nayra no asistió, en una ceremonia efectuada en la plaza en la cual la joven estuvo todo el tiempo rodeada de sacerdotes. En aquella oportunidad los jóvenes no pudieron hablar entre ellos, porque tal cosa estaba fuera del protocolo.

Vasco, pasaba mucho tiempo con sus alumnos en la plaza del pueblo, mirando con disimulo hacia el Templo del Sol y la casa de las mamaconas. Los niños a los cuales les enseñaba castellano, se retiraban a sus casas a media tarde y Vasco disponía del resto del día para conversar con el Capitán Kari, quien lo instruía acerca de las costumbres y creencias de los incas al tiempo que le refería sus experiencias. Cierta día los dos fueron al Templo del Sol, pues Vasco había manifestado su interés por conocer la Huaca del Reino, lo que sólo era posible con la venia de Nayra, su guardiana principal. La mamacona que salió a atenderlos en la puerta de la casa de las vírgenes del Sol, fue Nakena. A ella, el Capitán Kari le dijo que ambos querían entrar al Templo del Sol a ver la Huaca. La joven entró a la casa y después de unos minutos salió para decirles que debían regresar al día siguiente, promediando la tarde.

Como se les había indicado, Kari y Vasco llegaron al Templo del Sol a media tarde. Nayra y dos mamaconas les esperaban dentro del Templo, listas para iniciar la ceremonia de iluminación de la Huaca con los rayos del Sol, el padre de todos los seres vivos. A Vasco le llamó la atención el interior del Templo, imposible de comparar con las edificaciones que había visto en otros pueblos, a pesar de que de las murallas y el cielo raso estaban estucados con arcilla blanca. No obstante, aquella sencillez le produjo una sensación de paz interior semejante a la que sentía cada vez que entraba a una iglesia.

La Huaca, la que según le había explicado el Capitán Kari había pertenecido al Príncipe Paullo, estaba sobre una mesa cercana a la muralla del fondo, cubierta con una manta de lana. Cuando sus ojos se acostumbraron a la semioscuridad del interior del Templo, Vasco vio un bulto sobre la mesa y gran cantidad de figurillas adornando la muralla. Poco después distinguió a Nayra sentada en una banqueta y a las mamaconas Imilla y Nakena sentadas en el piso.

Iniciando la ceremonia, Nayra se acercó a la mesa efectuando un gracioso movimiento corporal, al ritmo del cántico ceremonial que las mamaconas le coreaban. Al terminar el canto le sacó la manta al bulto, dejando a la vista un bello trozo de cristal de roca. Con una larga vara Nakena abrió un ventanuco en lo alto de la pared por donde entraron los rayos del Sol. Al caer la luz sobre la Huaca, las paredes y el techo de la habitación se iluminaron con los colores del arco iris. Vasco y Kari quedaron impresionados con aquel prodigio.

—¡Oh, Huaca sagrada! —dijo Nayra—: Aliméntate con la luz de Inti (el Sol). ¡Oh, *Apu Inti* (Señor Sol), Padre de los incas! Entrégale tu fuerza a nuestra Huaca para ella que nos proteja.

Todos se mantuvieron quietos y en silencio hasta que los rayos del Sol dejaron de iluminar la Huaca. Entonces Nayra se acercó ella y

la tapó con la manta. En ese momento Kari le indicó a Vasco que debían salir del Templo. Salieron retrocediendo y agachados para demostrar su respeto a la Coya Pacsa, como era la costumbre entre los incas. Cuando las mujeres abandonaron el Templo para dirigirse a la casa de las mamaconas, Kari y Vasco ya habían desaparecido de la plaza del pueblo.

Cierto día el Capitán Kari llegó portando uno de los mosquetes que les habían tomado a los soldados españoles muertos en la última emboscada. Traía el arma secretamente envuelta en su manta y cuando llegaron a un sector alejado del pueblo, detrás de unas elevaciones del terreno, el Capitán le mostró con respeto el mosquete a Vasco, diciéndole: “Traigo el Rayo de los viracochas, para que me enseñes a usarlo.”

El arma era de gran calibre, con el cañón de hierro forjado en forma acampanada y muy pesada. Vasco constató que estaba en perfectas condiciones y que además, en un saquito de cuero amarrado a la culata, había una buena porción de pólvora. Sólo faltaban las bolas de hierro que se usaban como proyectiles, la mecha para hacer explotar la pólvora y la horquilla utilizada para apoyar el mosquete en el suelo. Mientras inspeccionaba el trabuco, Vasco pensó en las consecuencias que le podían acarrear a los conquistadores si los indígenas aprendían a usar esas máquinas de guerra. Mientras tomaba una decisión, se entretuvo en el examen del artefacto hasta que recordó que su juramento de ayuda no incluía el adiestramiento militar, sino sólo la enseñanza del castellano a los niños que serían intérpretes. Entonces comenzó a buscar un buen pretexto para negarse a lo que Kari le pedía, sin perder su amistad. Cuando creyó haber encontrado una buena razón como disculpa, dijo: “Tú sabes que yo no soy soldado y que nunca he usado estas armas. Pero ésta está incompleta y así no

puede funcionar.” “¿Qué le falta?” “Le faltan algunas partes y sin ellas, no puede producir el rayo que mata.”

El Capitán Kari le creyó, pero quedó decepcionado porque había alimentado la esperanza de poder producir aquel rayo mortal, que tantos estragos causaba entre sus guerreros, para emplearlo en contra de los conquistadores.

Los ayllus de los poblados cercanos hacían una vida regida por las mismas normas y períodos de siembra y cosecha señalados por los sacerdotes para toda la Pampa del Tamarugal y nutridas representaciones de ellos acudían a las festividades y ceremonias que se efectuaban en el pueblo de Kachi, donde estaba el Templo del Sol. La presencia de Vasco de Almeyda era conocida de todos y su persona despertaba mucha curiosidad, especialmente entre las mujeres jóvenes y solteras que se sentían atraídas por su juventud, esbelta figura coronada de rubios cabellos y, muy particularmente, por sus bellos ojos azules, color de ojos que casi todas ellas veían por primera vez. Lila, la hermosa hija de Tuku, el Camayoc de uno de aquellos valles, no obstante su noviazgo con el Capitán Huari, se prendó del apuesto lusitano y aprovechando una fiesta familiar que se iba a realizar en el ayllu, le rogó a sus padres que invitaran a Vasco a quien quería conocer de cerca. El padre accedió al pedido de su primogénita, debido a ella era la luz de sus ojos a la que nunca le había negado nada y, también, porque la joven estaba en edad de casarse y el joven extranjero a él también le parecía un buen partido.

Por el hecho de que aquella fiesta iba a durar toda la noche, Vasco asistió en compañía de Kari. Una vez presentado formalmente al Camayoc Tuku, éste quedó favorablemente impresionado por el carácter reservado del joven, su apostura y la seriedad de su

persona. Al término de la celebración en público, las familias se recogieron en sus moradas para finiquitar la fiesta en privado. Entonces Vasco y Kari fueron llevados a la casa del Camayoc donde comieron y bebieron chicha. Al ver cómo su hija miraba arrobada al mancebo peninsular, Tuku llamó a Vasco a su lado y le ofreció su hija para que se la llevara a su casa y viviera con ella, ofrecimiento que produjo la alegría de la madre y la felicidad de la hija. Colocado en ese trance, a Vasco no le quedó más remedio que llevar a las dos mujeres al patio para explicarles sus convicciones acerca del matrimonio y el sexo. Les dijo que no podía vivir con la joven sin casarse con ella y que para él el matrimonio era un sacramento, algo sagrado y para toda la vida. Les explicó que él pensaba que los hijos los mandaba Dios para que fuesen criados por sus padres en la religión de ambos, por lo que él, en primer lugar, no podía casarse con una mujer que no profesaba su misma religión, ya que ello sería un problema para los hijos. La madre de Lila comprendió el punto de vista de Vasco y le agradeció sus explicaciones, pero la hija quedó muy contrariada y Vasco de Almeyda se ganó un enemigo en la persona del Capitán Huari. “Lo que pasa es que él ama a otra mujer.”, le dijo Lila, con rencor, a su madre.

Huaman, que había sido Capitán en el ejército de Atahualpa, también se acercaba a Vasco de Almeyda para conversar con él. Huaman era de carácter reservado pero con el ex prisionero, tal vez debido a la simpatía de éste, se mostraba amistoso. Vasco tenía interés por conocer la explicación del desmoronamiento del Imperio ante la llegada de una fuerza tan escasa de soldados españoles, de modo que en los contactos con el experimentado guerrero le hacía muchas preguntas. Respondiendo a una de éstas, Huaman le contó el aviso de Quilla al Inca Huayna Capac en relación a la inminente caída del Imperio Inca y en otra ocasión le

reveló algunos aspectos de su participación en la última guerra de conquista: “Cuando nuestro Inca Huayna Capac se preparaba para dirigirse al norte, al frente de las operaciones militares destinadas a ampliar el Imperio, mi padre me dijo: ‘Huaman, ha llegado la hora de que tomes las armas’. Me incorporé al Ejército Imperial y participé en las batallas en las que vencimos a los Chachapoyas, a los Cañaris y a los Caras. Mi comportamiento en aquellos combates me valió el ascenso a Capitán y, además, tal como era entonces la costumbre, en señal de reconocimiento recibí de parte del Inca valiosos regalos. El presente que más me llenó de alegría fue Ayma, la más bella y agraciada de todas las *acllas*. Fue en aquellos días cuando se supo de la presencia en las costas del Perú de un barco tripulado por gentes extrañas, nunca antes vistas. Recordando el presagio de la Luna, el Inca dio por terminada la campaña de conquista. Poco después de celebrar mi matrimonio con Ayma, repentinamente falleció Huayna Capac, sin haber nombrado sucesor.

—¿No era el hijo mayor del Inca el heredero legítimo?

—Cierto, el hijo mayor habido en su hermana era, según la costumbre el sucesor. Pero en este caso, Huascar no tenía la edad para asumir el cargo. Este hecho dio lugar la disputa entre los medio hermanos Atahualpa y Huascar. Atahualpa era mayor de edad pero era hijo de una princesa quiteña, una de las concubinas del Inca. Detrás de ambos se movían dos grupos muy poderosos: los nobles que respaldaban a Huascar para no perder el poder y los generales que apoyaban a Atahualpa, para alcanzarlo. En esta pugna, los capitanes fuimos meros instrumentos.

—Aquella disputa llevaba a la guerra civil. ¿No hubo forma de evitarla?

—Se quiso evitar la guerra civil dividiendo el Imperio, pero el Inca Huascar no lo aceptó y cuando envió a Atoco a someter a su hermano, la guerra civil se hizo inevitable. Por toda respuesta, Atahualpa se levantó en armas.

—¿Quién era Atoco?

—Atoco era un noble, no un militar. A pesar de que luchó con gran valentía, fue derrotado y muerto a orillas del río *Ambato*. Pero Huascar prosiguió la guerra y en la batalla siguiente, la perdió del todo. En ella se le fue la vida y la de toda su familia. Finalmente, como ya sabéis, Atahualpa fue apresado y asesinado por Pizarro después de haberle robado su tesoro. Tiempo después, cuando el Inca Manco Capac llamó a rebelarse contra los viracochas, todos los guerreros nos unimos a él y ahora nosotros seguimos luchando para expulsarlos.

Habían transcurrido dos semanas desde la Fiesta del Sol y Vasco estaba desesperado porque llevaba un mes sin conversar con Nayra. Acompañado de sus alumnos pasaba todo el tiempo que podía en la plaza del pueblo, más atento a los movimientos de personas entorno al Templo del Sol y la casa de las mamaconas que a los juegos y bromas de los niños. Éstos habían hecho grandes progresos en el aprendizaje del castellano y todos se sentían muy a gusto con su maestro al que ellos, por su parte, le estaban enseñando los nombres en quechua de los pájaros y las flores que habitaban en las riberas del riachuelo.

Por su parte, Nayra andaba deprimida sin explicarse el motivo. Ni siquiera los cariños de Chasca, la leona, lograban aliviar el peso que oprimía su corazón. Los insistentes ruegos a la Huaca, los ayunos y las purificaciones en las aguas del estero, tampoco aplacaban el mal que la embargaba. Su corazón daba un vuelco y latía apresurado cada vez que divisaba a la distancia el rubio pelo que coronaba la testa de Vasco de Almeyda, flameando como una bandera cuando el joven recorría el pueblo con sus alumnos. Desde lejos el lusitano era fácilmente identificado por su cabellera, vestimenta y figura, de modo que no tenía ninguna posibilidad de pasar desapercibido.

Un día, cerca de la hora en que los niños almorzaban, de la casa de las mamaconas salió Nakena. Sin poder controlar su repentino impulso, Vasco corrió hacia la joven, alcanzándola antes de que entrara al Templo del Sol.

—Nakena, Nakena —le dijo entre anhelante y turbado—. ¿Puedo hablar contigo?

—Díme qué deseas, pero rápido.

—¿Le sucede algo a Nayra? ¿Está enferma?

—¿Por qué lo preguntas?

—Hace demasiados días que no la veo.

—Eso no tiene nada de particular. Ella es la Esposa del Sol y sólo sale cuando le corresponde participar en alguna ceremonia. El resto del tiempo...

—Pero yo estoy sufriendo sin verla, Nakena.

—Tú no puedes decir eso, mereces ser castigado.

—No me importa, Nakena. ¿Podrías decirle a Nayra lo que siente mi corazón?

—No, no lo haré. Tú ni siquiera deberías mirarla, Vasco. Adios.

Dando media vuelta Nakena entró al Templo del Sol, donde Nayra, con el corazón agitado dentro del pecho, había escuchado aquella inusitada conversación. En la semipenumbra, Nakena encontró a Nayra mirándola con ojos de espanto. La Coya Pacsa mostraba el asombro que las palabras de Vasco de Almeyda le habían provocado y la oleada de confusos sentimientos que la invadía. Por fin había comprendido que la pena que ella sentía al no poder estar cerca de Vasco como antes, también zahería al lusitano, y ésto la espantaba. Decidió confiar en su amiga y en medio de sollozos, le dijo: “Nakena, soy la Esposa del Sol, lo sé. Pero ¿qué me sucede? La pena que Vasco siente también la siento yo. Ayúdame, amiga mía.”

—¿Cómo podría ayudarte sin pecar? ¿Qué quieres que haga? Lo que tengo que decirte ya se lo he dicho a él y tú me has escuchado.

—Quisiera poder verle a menudo como cuando él estaba cautivo.
—No digas eso, Nayra.
—No lo digo yo, es mi corazón el que habla. Yo sólo dejo fluir las palabras..

Vasco de Almeyda estaba enterado de que los capitanes Huaman y Kari habían combatido en bandos enemigos durante la guerra civil de los incas, entre los medio hermanos Huascar y Atahualpa. Por eso, una vez escuchado el punto de vista de Huaman sobre aquel sangriento conflicto, quiso conocer la versión de Kari. En respuesta a sus preguntas, éste le dijo: “Calicuchima, el Capitán General de Atahualpa, y los capitanes Quizquiz y Ucumari, en las inmediaciones del pueblo de Ambato atacaron a Atoco y sus guerreros, quienes habían sido enviados por el Inca Huascar a disuadir a su hermano de sus pretensiones al poder. A pesar de que los hombres de Atoco combatieron con valentía, fueron derrotados. Atoco, y los miles de guerreros apresados junto con él, fueron muertos por orden de Atahualpa. A continuación, Atahualpa se dirigió al norte. Cuando los jefes cañaris se enteraron de que Atahualpa se dirigía a sus tierras al frente de sus guerreros, pensando que él se iba a vengar de ellos por haberlo apresado con anterioridad, enviaron a muchos hombres, mujeres y niños a pedirle perdón. Pero Atahualpa no los perdonó y sólo escaparon de la muerte algunos niños. Después Atahualpa hizo la ceremonia ritual y se nombró Inca

—En aquellos días había dos Incas. ¿Qué hizo Huascar?

—Con la ayuda recibida de parte de los nobles del sur, el Inca Huascar rehizo sus fuerzas y nombró Jefe de su ejército a su hermano Huanca Auqui. Los capitanes Ahuapanti, Inca Roca, Illapa, Urkko y yo mismo, integramos aquel ejército. Cerca de Cajabamba nos encontramos con los guerreros de Atahualpa y nos trabamos en un fiero combate que arrojó miles de muertos. Pero

Atahualpa nos venció y después en el Cuzco sus capitanes mataron al Inca Huascar, sus mujeres, todos sus hijos y muchos de sus parientes directos. Los partidarios de Huascar también fuimos perseguidos.

—No obstante, después de unieron.

—Francisco Pizarro nombró Inca a Manco Capac, hermano de Huascar y de Atahualpa, y todos los guerreros de Huascar nos integramos de inmediato a sus tropas. Finalmente, cuando Manco Inca llamó a la rebelión contra los viracochas, todos los capitanes de Atahualpa lo reconocieron como Inca. Olvidando nuestras antiguas diferencias, desde entonces estamos luchando unidos contra los invasores.

Lila, la bella hija del Camayoc Tuku, seguía enamorada de Vasco y no había podido reponerse de la negativa de éste a vivir con ella. Recurriendo a diversos pretextos visitaba a menudo el pueblo de Kachi. Durante sus visitas la muchacha pernoctaba en casa de unos parientes que servían en la panaca del Curaca y en compañía de sus sirvientas durante el día recorría el pueblo tratando de encontrarse con el hombre de sus sueños.

La joven escuchaba con interés todos los chismes que circulaban de boca en boca, sobre todo los que se referían Vasco, su amado, y sus actividades en el pueblo. De todas aquellas habladurías la joven sacaba sus propias conclusiones, porque en el fondo estaba buscando pistas que le permitieran descubrir cuál era la mujer que él había elegido. Su obsesión era conocer la identidad de su rival, ya que su afiebrada pasión no le permitía perder las esperanzas.

Aprovechando su posición social, Lila conversaba con todas las personas importantes del reino y del pueblo, incluyendo los capitanes, los sacerdotes y los familiares de Katari. Bajo una

cuidada capa de falsa simpatía, con la cual lograba engañar a casi toda la gente, la joven ocultaba su carácter mezquino, doble y rencoroso.

Cierto día divisó a Vasco con Nakena a la entrada de la casa de las mamaconas y comenzó a espiarlo. Así se enteró de que el lusitano conversaba casi a diario con Nayra. Guiada por su certero instinto de amante despechada y vengativa, Lila sacó de inmediato la conclusión de que el joven estaba enamorado de la Coya Pacsa. El sentimiento de derrota y el ansia de venganza que le invadió le nubló la razón. Despechada, hizo correr entre la gente del pueblo el rumor de que Vasco tenía una relación secreta e inconfesable con Nayra, la Coya Pacsa.

Invitado por el Capitán Kari, Vasco de Almeyda visitó en diversas ocasiones el campo de entrenamiento de los guerreros incas en las afueras del pueblo. Los batallones se reemplazaban unos a otros siguiendo un calendario fijado de antemano. En el Campo de Marte de los indígenas el joven lusitano conoció las diferentes armas de los guerreros y presencié los ejercicios que hacían con ellas.

Haciendo girar a gran velocidad sobre la cabeza unas correas de cuero crudo o de hilos de lana fuertemente trenzados, los guerreros lanzaban a distancia, con gran velocidad y precisión, piedras del tamaño de un puño. Las piedras las sacaban de los lechos de los ríos cordilleranos eligiendo las de forma redonda. Aquellas armas eran las *huaracas*.

Los *ayllos* consistían en un conjunto de tres o cuatro cuerdas unidas entre sí con piedras redondas o bolas de madera colocadas dentro de bolsitas de cuero amarradas en los extremos libres de las

cuerdas. Las hacían girar en el aire, como las huaracas, y luego las lanzaban contra el enemigo al que inmovilizaban al enrollarse las cuerdas en su cuerpo o en sus extremidades. De aquella forma también detenían a las cabalgaduras. En tiempo de paz las usaban para cazar huanacos, vicuñas y otros animales salvajes, lanzándoselas a las patas para capturarles.

Las puntas de las lanzas de los guerreros eran de cobre, de piedra obsidiana o habían sido endurecidas con fuego. Los lanceros combatían formados en escuadrones que por lo general precedían a los guerreros armados de mazas y espadas con incrustaciones de piedra o de cobre.

A Vasco de Almeya le llamó la atención la destreza de todos en el manejo de estas armas. Aquello se debía, según le explicó Kari, al hecho de que ellos las habían comenzado a usar siendo niños. En cambio no eran especialmente hábiles con el arco y la flecha, ya que esta arma era de uso reciente entre los incas. Fue un aporte de los guerreros de las tribus de la selva amazónica, que fueron de las últimas en ser conquistadas antes de la llegada de Francisco Pizarro y sus soldados. El buen estado físico lo mantenían trotando durante las mañanas, ejercitándose con las armas y efectuando simulacros de combate, por las tardes. Los guerreros eran fuertes y de cuerpo bien proporcionado.

La gente del pueblo transformaba en conjeturas todo aquello que no entendía y de aquel modo acrecentaba los rumores esparcidos por Lila, la hija del Camayoc Tuku en torno a Vasco de Almeйда, las mamaconas y la Coya Pacsa. Preocupado por esos rumores, Kari decidió advertir a Vasco de lo que decía entre el pueblo. El Capitán llegó a la casa del lusitano y, luego de saludarlo, le dijo:

“He escuchado ciertas habladurías, Vasco, que me han hecho venir a conversar contigo.”

—¿De qué se trata?

—Se dice que tú estás enamorado de una de las mamaconas.

—Te tengo que reconocer, amigo Kari, que estoy enamorado de Nayra, pero...

—Ella es la Esposa del Sol. ¿No sabes que ella es intocable? ¿No sabes el peligro que corres?

—Lo sé. Pero no puedo evitar amarla...

—Y ella, Vasco, ¿te corresponde?

—No lo sé. Nunca le hablo abiertamente de mi amor.

Al conocer la pasión del portugués por Nayra y pensando en el peligro que corría la Coya Pacsa, el Capitán Kari reprimió sus celos y alertó a Vasco de los peligros que entrañaba su amor, tanto para él como para su amada. Pero los rumores que corrían entre la gente del pueblo ya estaban en conocimiento de las autoridades. El Curaca Katari, que desde hacía tiempo esperaba una excusa adecuada para alcanzar su aspiración de crear su propia dinastía, en reemplazo de los descendientes de los incas, cuyo único representante en la Pampa del Tamarugal era Nayra, estimó que se daban las circunstancias apropiadas para llevar adelante sus planes. El Curaca sabía que Nayra, aunque había hecho un juramento de castidad perpetua, en un caso excepcional como aquel en el que se encontraba la dinastía de los incas, a punto de desaparecer por falta de descendencia, aquel juramento de castidad podía ser revocado por la máxima jerarquía religiosa o por el propio Inca y Nayra podría contraer matrimonio y dejar herederos legítimos al trono del Inca en la línea sucesoria de Manco Inca.

Para llevar adelante con éxito su plan, el Curaca creía que en el sector militar podía contar con el apoyo del Maestre de Campo Huaman, quien había sido partidario de Atahualpa, lo mismo que los capitanes Yauca y Yunque. Y pensaba que estos guerreros podían ganar para su partido a los capitanes Huari y Vilca y

disuadir con la fuerza, si llegaba a ser necesario, al Capitán Kari, quien había formado parte del ejército del Inca Huascar.

Para ganarse o neutralizar a la jerarquía religiosa, Katari había elaborado un plan basado en la personalidad de cada uno de los sacerdotes, a quienes había estado estudiando desde el día en que le nombraron Curaca. En líneas generales, consideraba que a Mamani, el Gran Sacerdote, quien era un fiel servidor de la dinastía de los incas, sólo cabía neutralizarlo o eliminarlo; al ambicioso y solapado Antahuara era posible ganarlo a costa de sobornos; al componedor y tímido Quispe, se le podía presionar; al testarudo Urkko, que tenía un carácter fuerte y era una persona difícil de manejar, había que sacarlo de sus funciones sacerdotales, y, respecto de Apaza, quien llevaba mucho tiempo ubicado en el peldaño más bajo de la escala sacerdotal por ser de escasas luces, el Curaca pensaba que se inclinaría al lado de los vencedores.

Una vez tomada la decisión de acusar de adulterio a la Coya Pacsa a fin de sacarla definitivamente de su camino, Katari centró sus esfuerzos en la preparación de la condena, sobornando y presionando a los sacerdotes que iban a formar parte del tribunal que llevaría adelante el juicio. El Curaca llamó a su presencia a Quispe. En tanto el Confesor se presentó ante él, Katari le espetó: “¿Me puede usted explicar por qué no ha cumplido su misión? Lleva más de tres meses investigando sin encontrar una respuesta satisfactoria al presagio de los dioses.” El interpelado, que no esperaba una acogida tan dura del siempre circunspecto Curaca, se sorprendió. Sin esperar a que el Sacerdote se repusiera de la primera impresión, Katari continuó: “Ahora que el pueblo se ha llenado de rumores, ¿qué piensa hacer usted ? ¡Estamos esperando a que usted resuelva el enigma antes de que las cosas que están ocurriendo se transformen en un problema para todos!”

—Yo he hecho muchas averiguaciones, que lamentablemente no han dado los resultado esperados, respetado Curaca —respondió Quispe, usando un tono de disculpa que mostraba su temor.

—Precisamente, de eso se trata. A mí me han llegado ciertas informaciones, pero necesito que usted las investigue. Si usted no averigua nada, yo tendría que pedirle al Consejo de Sacerdotes que tome una drástica medida en contra suya.

—¿Cuáles son esas informaciones?

—Las que comenta todo el mundo: que hay una relación impropia entre la Coya Pacsa y el extranjero. Yo necesito que usted confirme estas sospechas, para librar a nuestro reino de males mayores.

—Voy a hacer todo lo que pueda, respetado Curaca.

—¡No sólo lo que pueda, Ichuri Quispe, sino lo que debe. Si Nayra ha pecado, debe ser castigada.

Ofreciéndole el cargo de Gran Sacerdote, para después de concluido el juicio a Nayra, el Curaca Katari sobornó a Antahuara siempre que éste aceptara la culpabilidad de la Coya Pacsa. Al Sacerdote Apaza le resultó fácil convencerlo de la conveniencia de enjuiciar y castigar a Nayra por una falta tan grave como el adulterio, delito que la joven no había cometido pero que en el fondo aquel era un detalle que carecía de importancia. Al cobarde Quispe, Katari lo designó Acusador y al voluntarioso Urkko, al que no pudo convencer de buenas a primeras, lo designó Defensor de la Coya Pacsa, pensando que al fin de cuentas los que iban a decidir serían quienes officiarían de jueces, es decir, él mismo y los sacerdotes Mamani, Antahuara y Apaza.

El juicio a la Coya Pacsa se efectuó en la casa de gobierno del Curaca. El propio Katari y los sacerdotes Mamani, Antahuara y Apaza hicieron el papel de jueces. Quispe ofició de Acusador y Urkko, de Defensor de Nayra, la única acusada. Los testigos que Quispe llamó a comparecer ante el tribunal lo hicieron por separado y prestaron sus declaraciones en ausencia de Nayra.

El primer testigo llamado por el Acusador fue la mamacona Nakena. Respondiendo a las preguntas de Quispe, la joven dijo que ella pensaba que la Coya Pacsa había enfermado de un mal desconocido, por cuanto la joven lloraba al encontrarse en soledad, andaba desacostumbradamente intranquila y no podía conciliar el sueño, y que ella creía que era el alma de Nayra la que sufría, porque al principio le dolía que al prisionero lo fueran a sacrificar y más adelante ni ella misma sabía qué era lo que le pasaba.

La mamacona Thika fue la siguiente testigo presentado por Quispe. Interrogada por el Acusador, la joven aseguró que no sabía si Coya Pacsa había estado enferma antes de Inti Raymi (Fiesta del Sol) o si sólo la había perdido el sueño y su alegría a causa de la tristeza que le producía el hecho de que se acercaba la fecha del sacrificio de Vasco de Almeyda. Thika afirmó que ella no había visto a Vasco besarle la mano a Nayra.

El tercer testigo fue la mamacona Imilla quien, sin ninguna duda, afirmó que ella creía que Nayra estaba apenada porque iban a sacrificar al prisionero de la celeste mirada que le había dado un beso en la mano. Pero agregó que Vasco no le dirigía miradas impropias a la Coya Pacsa.

El cuarto testigo fue Lila, la despechada hija del Camayoc Tuku. La muchacha confirmó que Vasco de Almeyda había rechazado tomarla como concubina y terminó su testimonio afirmando que ella creía que la razón por la cual el lusitano no la había aceptado se debía al hecho de que estaba enamorado de otra mujer. Pero no fue capaz de decir quién era la afortunada.

El Capitán Yunque fue el quinto testigo llamado por Quispe. El guerrero se limitó a declarar lo que había visto: que Vasco había, estrechado a la Coya Pacsa en sus brazos girando un par de vueltas con ella en vilo antes de que él le arrebatara a la joven con

violencia y que luego Nayra le había explicado que aquel abrazo de Vasco había sido una muestra de su alegría.

El sexto testigo presentado por el Acusador fue el Capitán Kari quien fue derechamente al grano al decir que él reconocía su afecto por Nayra, de la que se había enamorado durante el viaje de Almagro a Chile, manteniendo durante aquel tiempo la esperanza de que al regresar al Perú, el Inca Manco se la daría por esposa. El fracaso del alzamiento contra los viracochas y la creación del Reino de la Pampa del Tamarugal, con la consiguiente elevación de Nayra al rango de Coya Pacsa, había dado al traste con sus esperanzas. Agregó que a Nayra la seguía amando pero que jamás le había dicho una palabra acerca de sus sentimientos. Kari terminó su testimonio reconociendo que había espiado a la joven mientras ésta se bañaba y que siempre la miraba con admiración, pero que nunca la joven Coya Pacsa se había enterado de su pasión.

El séptimo y último testigo fue Vasco de Almeyda quien con gran ingenuidad reconoció su amor por la Coya Pacsa y cayó en contradicciones cuando Quispe le preguntó si le había participado aquellos sentimientos a Nayra. Al final de su comparencia, dándose cuenta de que su primera declaración podía prestarse para ser mal interpretada, negó rotundamente que ella le hubiese dado a conocer de alguna forma que le correspondía aquellos sentimientos.

Luego de las declaraciones de los testigos, el Tribunal hizo una pausa. A continuación compareció Nayra, la Coya Pacsa. La joven tomó asiento en una banqueta sobre una tarima, quedando su hermosa cabeza más arriba que la de todos los presentes, incluido el Curaca, dando así por cumplida la regla del protocolo social de los incas. En respuesta a la inquisitoria a la que fue sometida por Quispe, Nayra declaró que desde hacía unos meses sentía un inexplicable dolor en el pecho y no podía dormir; que le había pedido consejo a la Huaca sin haber hallado alivio; que nunca el Capitán Kari le había hablado de sus sentimientos; que con Vasco

conversaba de los dioses y de la naturaleza y que el día en que él le dijo que ella lloraría cuando lo mataran, no había podido evitar llorar; que en señal de agradecimiento en cierta ocasión el joven le había dado un beso en una mano, y que al comunicarle la conmutación de su sacrificio Vasco le había abrazado. Finalmente expresó que su proposición en favor de la vida del ex prisionero se había demostrado como un hecho muy provechoso para todos. A las últimas preguntas, que se las hizo el Curaca, respondió que jamás le había faltado al Sol, del cual era su esposa, y que no amaba a Vasco ni a ningún otro hombre.

Terminada la comparencia de Nayra, ésta abandonó la sala y, en compañía de sus amigas que la estaban esperando en el exterior, regresó a la casa las mamaconas. A continuación, los miembros del Tribunal se tomaron una pausa mientras Quispe preparaba su intervención.

Ante la sola presencia de los miembros del Tribunal, el Acusador, hizo un resumen de las declaraciones afirmando que, según los testigos, los hechos eran los siguientes: que la Coya Pacsa había perdido su habitual serenidad, su alegría y el sueño por la pena que sentía cuando a Vasco lo iban a sacrificar. Que Lila, la hija del Camayoc pensaba que Vasco la había rechazado porque estaba enamorado de otra mujer. Que Vasco había reconocido su amor por la Coya Pacsa, negando que ella le correspondiera. Que el Capitán Kari también había reconocido que amaba a Nayra y que la había espiado pero que nunca le había dado a conocer sus sentimientos. Que por su parte la Coya Pacsa había reconocido que un extraño dolor en el corazón no le permitía dormir; que le había pedido consejo a la Huaca sin hallar alivio; que nunca el Capitán Kari le había hablado de amor; que había llorado pensando que a Vasco lo iban a sacrificar, y que aunque el joven le había besado

una mano y la había abrazado, ella jamás le había faltado a su Esposo, el Sol.

—Estos son los hechos —afirmó Quispe—. De ellos se desprende que los sentimientos del Capitán Kari no habían trascendido, por lo que no afectaban ni a Nayra ni a él mismo. Que Vasco ama a la Coya Pacsa y de que ésta le ha permitido al joven que la abrazara y le besara una mano, sin denunciarlo. En resumen, he llegado a la conclusión de que la Coya Pacsa ha faltado a su juramento de castidad y Vasco ha cometido el delito violación. Ante estas trasgresiones, de acuerdo a las normas del Imperio Inca sólo cabe condenarlos a ambos.

A continuación le correspondió el turno a Urkko, el Defensor. Éste, que ya se había dado cuenta de que el juicio que se le estaba haciendo a la Coya Pacsa no era imparcial y en la seguridad de que sus palabras no iban a ser tomadas en cuenta, decidió ir de inmediato al grano: “Honorables miembros de este Tribunal: los hechos presentados a ustedes por el Acusador, son claramente ambiguos. Y sacados del contexto en que ocurrieron se pueden interpretar de formas opuestas. De ese modo, lo que fue un acto legítimo e inocente, dentro de la cultura de Vasco, desde el punto de vista de nosotros los incas puede ser considerado un delito. Me refiero al beso que Vasco le dio en la mano a la Coya Pacsa y al abrazo con el cual Vasco manifestó su alegría. Pero también la presentación del Acusador es inexacta, pues nuestras normas consideran como adulterio, un delito muy grave que se castiga con la muerte de ambos delincuentes, la consumación del acto carnal entre un hombre y una mujer. No se puede, por tanto, afirmar que un beso en una mano y un abrazo de alegría hayan sido una violación, como el Acusador lo afirma. Finalmente, si este Tribunal considerara que el Acusador tuviera la razón en sus planteamientos, como desgraciadamente yo tengo el temor de que así va a suceder, para aplicarle la pena de muerte a los acusados se debe pedir la autorización al Inca Xairi Tupac, quien es la única autoridad con facultad para decretar la pena de muerte,

especialmente en el caso de la Coya Pacsa quien es hija del Huillac Huma y, por lo tanto, pariente del actual Inca.”

Terminada la intervención del Defensor, éste y el Acusador, abandonaron la sala para permitir que el Tribunal deliberase. Pronto quedó en claro, en la discusión de los cuatro jueces, que los mesurados argumentos del Gran Sacerdote Mamani, no eran tomados en consideración por los sacerdotes Antahuara y Apaza a quienes el Curaca Katari había sobornado. Finalmente, los tres jueces que estaban predispuestos a condenar a la Coya Pacsa, se impusieron por mayoría sobre el anciano Mamani y acogieron la propuesta del Acusador. Una vez acordada la sentencia, Nayra entró al Tribunal y tomó ubicación en el lugar correspondiente a su rango. Antahuara, el encargado de comunicarle lo acordado, le dijo: “Honorable Coya Pacsa: este Tribunal le ha encontrado culpable del delito de adulterio y, de acuerdo con las normas de los incas, le hemos condenado a muerte conjuntamente con Vasco de Almeyda, el violador. La pena se cumplirá al amanecer del séptimo día a contar de hoy y será por despeñamiento. A partir de ahora, usted permanecerá reclusa en la cárcel colindante con la casa de las mamaconas.”

Después hicieron entrar a Vasco de Almeyda, le notificaron la sentencia a la pena de muerte y un piquete de guerreros lo condujo a la casa donde vivía y allí lo dejaron preso.

Evitando darle expresión a su gran sorpresa, el Capitán Kari se enteró de que Katari había condenado a muerte a Nayra y a Vasco por los delitos de adulterio y violación. Le invadió una enorme indignación, pero tuvo buen cuidado de no expresarla. La certeza de que se estaba cometiendo una injusticia, acentuada por el hecho de que se acusara y condenara falsamente nada menos que a la

mujer que él amaba, estuvo a punto de sacarlo de sus casillas. En un primer momento, pensó enfrentar directamente al *Curaca* para hacerle ver el error que estaba cometiendo. Pero luego, pensando que cualquier petición en tal sentido que hiciera en aquellos momentos no iba a ser oída, a duras penas controló sus impulsos de pasar a la acción y comenzó a pensar en la mejor forma de solucionar aquel terrible problema. Entonces decidió consultar a Mamani, el Gran Sacerdote, quien le recordó que las penas de muerte debían ser autorizadas por el Inca, sobre todo por tratarse en este caso de Nayra, una persona que llevaba su misma sangre. Según la opinión de Mamani, había que apelar al Inca Xairi Tupac, quien a la sazón se encontraba en Vilcabamba. En atención a que la condena establecía que la Coya Pacsa sería ejecutada dentro de siete días, la única solución consistía en sacar a Nayra de la prisión y llevarla personalmente ante el Inca. Consciente de que una acción de esa naturaleza desencadenaría en la Pampa del Tamarugal un proceso de imprevisibles consecuencias, Kari decidió consultar la opinión de Huari y Vilca, ambos capitanes de su confianza junto a los cuales había combatido en el Ejército del Inca Huascar. Los dos capitanes, que ya habían comentado entre ellos la sorprendente condena atribuyéndola acertadamente a la aspiración del Curaca Katari de establecer su propia dinastía en el la Pampa del Tamarugal, se pusieron incondicionalmente a las órdenes de Kari, dispuestos a correr los riesgos que fuesen necesarios con la finalidad de salvar a la única representante en la región de la noble casta de los incas.

La hermosa Nayra, encerrada en la casa-cárcel anexa al Templo del Sol a la espera del día en que iba a ser despeñada y apedreada hasta la muerte, estaba atónita y no se explicaba lo que estaba sucediendo. Sabiéndose inocente, las acusaciones del Tribunal le parecían una pesadilla.

Para Vasco de Almeyda, el retorno a la condición de prisionero había sido como el despertar de un hermoso sueño, aunque ya su estado de ánimo no le permitía distinguir entre el día y la noche.

Lo que más le martirizaba, sin embargo, era saber que por su culpa iban a matar a su amada, algo completamente impensable unas horas atrás. Transcurridos los primeros momentos, en los que estuvo paralizado por una profunda depresión, surgió en él la decisión de hacer todo lo que estuviera de su mano para corregir los errores que habían producido la injusta sentencia que afectaba a Nayra, porque en él mismo ya no pensaba.

El Maestro de Campo Huaman respaldaba al Curaca Katari, porque vislumbraba ante sí la posibilidad de transformarse en el poder detrás el trono, lo mismo que los antiguos generales habían querido ser cuando le dieron su total apoyo a Atahualpa. El experimentado guerrero sabía que contaba con la fidelidad de los capitanes Yauca y Yunque quienes había pertenecido al Ejército de Atahualpa y pensaba que iba a poder convencer a los capitanes Huari y Vilca. La antigua rivalidad que mantenía con Kari, le hacía desconfiar de este prestigioso guerrero por lo que, en tanto se enteró de la sentencia en contra de la Coya Pacsa, le ordenó a Atico, su lugarteniente, que vigilara los movimientos de Kari y colocó al Capitán Yauca y sus hombres a cargo de la guardia de los presos.

Sabiéndose estrechamente vigilado, el Capitán Kari se valió de las mamaconas Thika y Nakena y del Gran Sacerdote para hacer los preparativos de su plan. Mamani le comunicó al Capitán Vilca que aquel mismo día, como estaba establecido, tomara su turno en el campo de entrenamiento en reemplazo a los guerreros de Yauca, quienes regresarían a sus pueblos al día siguiente. Thika, que le proporcionaba los alimentos a Vasco, le llevó el mensaje de que en la noche del tercer día en prisión se acostara vestido y se quedara a la espera de los acontecimientos que habrían de producirse a la medianoche. Lo mismo le dijo Nakena a Nayra. El Capitán Huari recibió la orden de reunir a sus hombres en sus pueblos, y quedarse a la espera de los mensajes que Kari le enviaría con los chasquis. Por su parte, el Capitán Kari le ordenó a sus guerreros llegar en secreto a la tercera noche a las afueras al pueblo de Kachi a juntarse con él. El plan de Kari era entrar en el pueblo a la

medianoche, asaltar simultáneamente las dos cárceles, liberar a Nayra y a Vasco y escapar con ellos al desierto. El objetivo era llevar a la Coya Pacsa al valle de Vilcabamba para que se presentara ante el Inca Xairi Tupac a fin de éste anulara la condena a muerte dictada en su contra por el Curaca Katari.

La aparente inmovilidad del Capitán Kari había engañado quienes le vigilaban, los que no esperaban que el legendario guerrero tomara una iniciativa inesperada, tal como la que éste había decidido llevar a cabo. Confiado en los informes de sus espías, el Maestro de Campo Huaman permitió que una vez entregada la guardia del campo de entrenamiento militar, el Capitán Yauca y sus guerreros se retiraran a sus pueblos, como solían hacerlo en tiempos normales. Incluso él mismo se limitó a poner en alerta a sus oficiales, dejando al resto de sus hombres en sus ayllus, en sus ocupaciones habituales. En resumen, Huaman sólo tenía a la mano al Capitán Yunque y sus guerreros, los que por estar a cargo del pueblo de Kachi tenían la responsabilidad de resguardar las prisiones donde estaban recluidos Nayra y Vasco de Almeyda. El relevo de la guardia de las cárceles se hacía a la medianoche y era normal que los guardianes nocturnos se durmieran poco tiempo después.

Aquella noche la luna se encontraba en cuarto menguante y su tenue luz no era suficiente para iluminar la tierra. Poco antes de la medianoche, amparado por la oscuridad, el Capitán Kari salió por los fondos de su casa y avanzando agazapado subió por el barranco hasta la meseta. Una vez allí, caminando de prisa se dirigió al sitio donde le estaban esperando sus guerreros. Luego de reunirse con ellos envió dos chasquis, separados media hora el uno del otro, al Capitán Huari con la instrucción de partir de inmediato con sus hombres hacia un punto del desierto donde se iban a encontrar. En

caso de portar órdenes de guerra o instrucciones repentinas o desacostumbradas, era costumbre enviar dos chasquis, el segundo de ellos con la confirmación de las órdenes o instrucciones, para así evitar la desgracia de un mal entendido. Al mismo tiempo dos chasquis, también separados por media hora de camino se dirigieron al campo de entrenamiento militar a comunicarle al Capitán Vilca que la operación destinada a rescatar a los presos de las cárceles estaba en marcha. Otros mensajeros de Kari partieron a los pueblos donde vivían las familias de sus propios hombres y las de los guerreros del Capitán Vilca, para advertirles que debían buscar refugio en las montañas a fin de evitar posibles represalias, dado que estaba por producirse una guerra civil. Todos los ayllus de la Pampa del Tamarugal tenían lugares secretos en los valles de las montañas a los cuales podían escapar para eludir a los conquistadores españoles, por lo que aquella medida Kari la había dejado para último momento a fin de no despertar las sospechas de los espías. En tanto partieron los primeros mensajeros, Kari y sus hombres se pusieron en marcha hacia el pueblo.

El Capitán Kari dividió sus guerreros en cuatro grupos. Dos de éstos recibieron la misión de asaltar las cárceles para rescatar a Nayra y a Vasco; un tercer grupo tomó posiciones entre la cárcel de Vasco, la más alejada de la salida del pueblo, y la casa en la que pernoctaba el Capitán Huaman y su escolta personal, y el cuarto grupo se ubicó a lo largo de la calle por la cual saldrían del pueblo, con el fin de prevenir una sorpresa y proteger la retirada de todos los componentes del batallón. Las dos cárceles fueron atacadas simultáneamente y en silencio, sorprendiendo a los guardias dormidos, debido a lo cual no hubo derramamiento de sangre. Una vez amarrados y amordazados los carceleros, Nayra y Vasco recuperaron la libertad y en compañía de Nakena y Thika, que se les unieron voluntariamente, fueron conducidos hacia el desierto. En los momentos en que abandonaban el pueblo los últimos guerreros de Kari, uno de los guardianes de la cárcel de Vasco, que no fue reducido porque al producirse el asalto se encontraba

alejado de la prisión haciendo sus necesidades, al regresar a su puesto encontró a sus compañeros amarrados y dio la alarma.

Mientras el Capitán Kari y sus guerreros, llevando a la Coya Pacsa y a Vasco de Almeyda consigo, se dirigían al lugar donde les iba a estar esperando el Capitán Vilca y sus guerreros, Huaman se puso en movimiento. Lo primero que hizo fue despachar chasquis a todos los capitanes, para saber cuáles de ellos estaban respaldando la sublevación de Kari y luego informó al Curaca de lo que estaba ocurriendo. Inmediatamente Katari envió mensajeros a todos los Camayoc, amenazando con la muerte a los insurrectos.

El primer chasqui que Kari había enviado con las instrucciones al Capitán Huari, al llegar al pueblo donde éste vivía, fue apresado por los guerreros que estaban de guardia, quienes lo llevaron ante Huari, su Capitán. Éste se encontraba en la casa del Camayoc Tuku, en compañía de éste y varios de sus oficiales. Luego de escuchar las instrucciones de Kari, su mensajero quedó detenido, mientras se esperaba la llegada del segundo chasqui que portaba la confirmación de las órdenes de Kari. El Capitán Huari había estado nervioso e indeciso desde que se enteró de la negativa de Kari a aceptar la condena de la Coya Pacsa. Su vinculación al Capitán Kari estaba dada por su relación militar y su común acatamiento a la autoridad de la nobleza inca; a lo que en aquellos momentos se interponía su no confesada rivalidad amorosa con Vasco de Almeyda. Antes de que llegara el segundo mensajero de Kari, arribaron los chasqui enviados por Huaman y el Curaca Katari. Ambos mensajeros entregaron sus recados de viva voz, de modo que todos los presentes se enteraron. Viendo que Huari seguía indeciso, el Camayoc Tuku, le dijo: “A mí me parece que Kari no tiene ninguna posibilidad de llegar a Vilcabamba, porque no sólo

tendrá que evitar que Huaman le dé alcance, sino que también deberá eludir a los viracochas.”

Antes de que llegara el segundo mensajero de Kari, el Capitán Huari ya había decidido no participar en la sublevación del Capitán General, por lo que el segundo chasqui de Kari fue apresado a su llegada. Al mismo tiempo, otros dos corredores salieron llevando los mensajes de Huari y del Camayoc a Huaman y al Curaca, respectivamente.

Poco después del amanecer, Huaman ya tenía un completo cuadro de la situación: los capitanes sublevados eran Kari y Vilca, en tanto que él contaba con los guerreros de los capitanes Yauca, Yunque, Huari y los suyos propios. Dejó la defensa del pueblo a cargo del Capitán Vilca, en quién no tenía confianza, turnándose con el Capitán Yauca, y salió de inmediato en persecución de los rebeldes llevando a sus guerreros y los del Capitán Yunque.

Aquella misma mañana el Curaca Katari decidió aprovechar las circunstancias para dar un golpe de mano, ordenándole al jefe de su guardia personal que apresara a los sacerdotes Mamani y Urkko y les diera muerte, iniciando de aquella forma un período de terror destinado a aplastar toda oposición a sus planes.

Los guerreros comandados por los capitanes Kari y Vilca llegaron al lugar donde debían encontrarse con el Capitán Huari y sus hombres. La quebrada, por la cual discurría un escuálido estero, estaba vacía de seres humanos. Al no encontrar ni siquiera a uno de los mensajeros enviados, Kari comprendió de inmediato que Huari no sería de la partida pues ambos chasquis tenían órdenes secretas de dirigirse al lugar del encuentro inmediatamente después de entregar sus mensajes, cosa que no pudieron cumplir por haber

sido detenidos. La ausencia de Huari tenía sólo dos explicaciones: o el capitán le había traicionado o había sido apresado por Huaman. En ambos casos el resultado era el mismo: no podía que contar ni con él ni con sus guerreros. Después de descansar mientras los guerreros se aprovisionaban de víveres en los tambos secretos del sector, de agua en el chorrillo de la quebrada y se organizaba la segunda etapa de la marcha, la columna se puso en camino.

Una sección de exploradores, cuya misión era evitar el encuentro con eventuales partidas de soldados españoles o guerreros hostiles, encabezaba la marcha. Le seguía un grupo de guerreros del batallón de Kari encargados de establecer combate si ello fuera necesario. Más atrás caminaba Capitán Kari con el grueso de sus guerreros, llevando entre ellos a la Coya Pacsa, las mamaconas Thika y Nakena y a Vasco de Almeyda. El tercer segmento de la columna en marcha lo constituía el cuerpo principal del batallón del Capitán Vilca y cerrando la columna marchaba una retaguardia de guerreros elegidos entre los mejores hombres de ambos capitanes. En el caso de que los guerreros de Huaman les dieran alcance, esta retaguardia tenía la misión entrar en combate a fin de permitirle escapar al resto de los leales a los nobles incas.

Con la pretensión de engañar a sus perseguidores, la columna avanzó borrando sus huellas y por los senderos más pedregosos y, en vez de dirigirse directamente hacia el norte por el camino de los incas, después de descansar durante las duras horas de sol de mediodía se dirigió hacia el poniente. Sin embargo, Huaman no cayó en tal engaño, pero debió dividir sus fuerzas a fin de continuar la persecución en ambas direcciones. Él mismo y sus guerreros siguieron por el Camino de los Incas hacia el norte, mientras el Capitán Yunque y los suyos se desviaron hacia el poniente. Las órdenes impartidas por Huaman consistían en que el grupo de guerreros que primero diera alcance o ubicara a la columna de sublevados, le enviaría mensajeros al otro grupo a fin de reunirse antes de atacarlos. Los exploradores de ambos grupos

de perseguidores avanzaban de prisa, de forma que la ventaja inicial de los que huían se fue acortando rápidamente.

Ante la imposibilidad de engañar a los exploradores que le seguían los pasos, todos ellos expertos en la materia, el Capitán Kari desistió de borrar las huellas, poniendo mayor empeño en acelerar la marcha. A Nayra, que no estaba acostumbrada a caminar grandes distancias, cuatro guerreros la transportaban por turnos en las angarillas que el Capitán Kari había llevado para tales efectos. A causa de su falta de entrenamiento, luego de caminar seis horas Vasco de Almeyda ya no podía seguir. En vista de que estaba frenando el avance, Kari decidió que Vasco también fuera llevado en angarillas, al igual que Nayra. Vasco no quería aceptar, pero el Capitán insistió porque no quiso a dejarle abandonado y al joven lusitano no le quedó más remedio que acceder a ser transportado en vilo durante un par de horas, hasta que hubo descansado lo suficiente como para seguir caminando por su cuenta.

Durante el primer día de camino, los guerreros no hicieron el acostumbrado descanso del mediodía, por lo que al llegar la tarde todos estaban agotados. Para pasar la noche se levantaron tres campamentos. En el más avanzado pernoctaron los guerreros de la vanguardia; en el campamento central, protegiendo a la Coya Pacsa, lo hicieron los hombres de Kari y en el de la retaguardia descansaron los guerreros comandados por el Capitán Vilca. A fin de evitar un ataque por sorpresa, en torno a las precarias tiendas se montaron puestos de centinelas con instrucciones perentorias de mantenerse rigurosamente despiertos en cada turno,. Durante aquella primera noche no sucedió nada especial pues la columna comandada por el Capitán Yunque, que le seguía los pasos a los fugitivos, aunque había acortado la distancia se encontraba varios

kilómetros más atrás. Por su parte, los guerreros conducidos por el Maestro de Campo Huaman, que se dirigían rectamente hacia el norte, se habían alejado de los sublevados.

Al día siguiente, poco antes del mediodía, la vanguardia del Capitán Kari llegó al margen de un gran salar. Allí Kari decidió avanzar por el borde del salar cambiando el rumbo hacia el norte. En los márgenes del salar no crecía ningún tipo de vegetación y esta circunstancia, unida a lo diáfano del aire, hacía posible ver a gran distancia. Después de descansar durante el mediodía, la columna de guerreros caminó toda la tarde por el salar, sin alcanzar a cruzarlo. Al caer la noche montaron los campamentos en el margen oriental del salar, disponiendo a los guerreros de la misma forma que la noche anterior, sin darse cuenta de que los exploradores de avanzada de los perseguidores, ya les habían descubierto.

Cumpliendo con las órdenes recibidas, el Capitán Yunque le envió mensajeros a Huaman, informándole que habían tomado contacto visual con los huidos.

Los campamentos fueron levantados antes del amanecer y poco después la columna de Kari inició el tercer día de marcha. La intención del Capitán era llegar al extremo norte del salar, a partir de donde la Pampa del Tamarugal le daría mayores posibilidades de maniobra en el caso de ser alcanzado por sus perseguidores. Los mensajeros enviados por el Capitán Yunque, que habían corrido durante toda la noche, después del mediodía alcanzaron a Huaman. Al conocer el camino que llevaba Kari y su ubicación aproximada, Huaman le envió mensajeros a Yunque ordenándole que se mantuviera a una hora de distancia de la columna de perseguidos hasta nuevo aviso, y luego se internó hacia el poniente por una

quebrada que desembocaba en medio del desierto. Desde allí dirigió a sus guerreros hacia el noroeste, calculando interceptar al Capitán Kari al día siguiente.

Durante el tercer día de marcha, tanto los perseguidores como los perseguidos avanzaron de prisa. Vasco de Almeyda caminó hasta que los calambres se lo impidieron, por lo que debió ser llevado en angarilla hasta el descanso del mediodía. A partir del segundo día de marcha, los guerreros habían vuelto a respetar la costumbre de hacer una pausa mientras el sol caía a plomo sobre la reseca y pedregosa superficie del desierto. Durante aquellas horas la mayoría de los guerreros dormía siesta. En previsión de ser alcanzados por los perseguidores, el descanso lo hacían estrechando la distancia de los grupos que formaban la columna y manteniendo puestos de vigías a la vanguardia y la retaguardia.

Aquel mediodía Nayra pudo dormir a la sombra de la tienda del Capitán Kari, pero despertó sobresaltada a raíz de haber soñado una pesadilla. En su sueño la joven veía a los guerreros de Huaman tendiéndoles una emboscada en el camino, para cortarles el paso hacia el norte. Nayra le contó su sueño al Capitán Kari y éste, que estaba al tanto de los poderes premonitorios de la joven, llamó a sus oficiales para examinar el agüero. Analizando los posibles movimientos hechos por Huaman, concluyeron de que si se confirmaba el sueño de la Coya Pacsa, el punto de encuentro con los guerreros de Huaman lo iban a alcanzar al día siguiente, al atardecer. Al caer la noche, la posición de perseguidores y perseguidos en el mapa del desierto, mostraba que el encuentro de las tres columnas de guerreros era ya un hecho inevitable.

La tercera noche en el desierto sorprendió a los fugitivos en una zona de cerros pequeños ubicada varios kilómetros al norte del

salar. En previsión de una sorpresa nocturna, el Capitán Kari ordenó montar los campamentos sobre dos elevaciones del terreno ubicadas a poca distancia una de la otra. De aquella forma reunió el batallón de guerreros comandados por el Capitán Vilca y los suyos. No obstante, aquella noche transcurrió tranquila, salvo el importante incidente de la captura de dos exploradores de Huaman que cayeron en una emboscada de los vigías de la vanguardia de Kari. Estos prisioneros, confirmando el sueño Nayra, refrendaron la presencia del destacamento de Huaman apostado más al norte.

Atendiendo a que los guerreros de Huaman le cortaban el paso y los hombres de Yunque se le acercaban por la retaguardia, el Capitán Kari decidió avanzar con rapidez y atacar con todas sus fuerzas a Huaman, antes de verse atrapado entre ambas columnas enemigas. Dejando al Capitán Vilca con dos grupos de reserva para cubrir el flanco sur, Kari avanzó con el grueso de sus hombres sobre los guerreros de Huaman. Después del mediodía comenzó una encarnizada batalla en la que luego de furiosos combates, en los que los tres capitanes participaron al frente de sus hombres, la superioridad numérica de los guerreros de Kari se impuso, logrando pasar el grueso de su columna por entre las rotas filas de sus enemigos. Sin embargo, el Capitán Vilca y sus guerreros fueron impedidos de pasar por la zona del combate y debieron hacer un rodeo hacia el poniente.

En la cruenta lucha cuerpo a cuerpo murieron muchos guerreros de ambos bandos, quedando decenas de heridos repartidos en el campo de batalla. Después de rechazar al Capitán Vilca y sus hombres, el Maestre de Campo Huaman encabezó personalmente la matanza de los heridos del bando contrario. Pocas horas más tarde llegó al sitio del encuentro el batallón de guerreros del Capitán Yunque, encabezados por éste. Con su ayuda, Huaman reorganizó sus tropas y dispuso la persecución de Kari, quien llevaba consigo a Nayra y Vasco de Almeyda, ambos condenados a muerte por el Curaca Katari.

Con toda la prisa que pudieron, los agotados guerreros de Kari se alejaron del campo de batalla hasta alcanzar una meseta desde la cual se dominaba gran parte de la desértica región. Allí Kari decidió levantar los campamentos para pasar la noche. Pasada la medianoche llegaron los guerreros de Vilca y ambos capitanes pudieron estudiar las acciones a seguir al día siguiente. Aquella meseta estaba ubicada al norte de una quebrada por la que discurría un arroyuelo de límpidas aguas donde todos los guerreros saciaron su sed al llegar y se aprovisionaron de agua antes de subir a la altura donde iban a levantar los toldos. La disposición de aquel terreno se prestaba para emboscar a los enemigos y detener allí la persecución de Huaman.

Debido a su formación religiosa, las mamaconas conocían en secreto las propiedades de todas las plantas, tanto las medicinales como las venenosas y en aquella quebrada Nayra y las mamaconas Nakena y Thika habían encontrado un arbusto de cuyas hojas, debidamente maceradas y mezcladas con ceniza se obtenía una sustancia que aún diluída en grandes cantidades de agua producía fortísimos dolores estomacales, vómitos y una fulminante diarrea que duraba dos días y dejaba sin fuerzas al más fornido de los guerreros. Conversando entre ellas, las amigas había concebido una idea destinada a mermar las fuerzas y retrasar la marcha de los guerreros que les perseguían. El plan consistía en emponzoñar las aguas momentos antes de la llegada de los cansados y sedientos guerreros de Huaman, de modo que éstos, que beberían sin falta en el estero, sufrirían los efectos que producía el infalible laxante y tendrían que detener su marcha al menos durante los dos días siguientes. Cuando las jóvenes le comunicaron su plan a Kari, éste vio de inmediato los devastadores efectos al combinar el ardid de las mamaconas con la emboscada que con el capitán Vilca habían decidido efectuar.

Al amanecer, todos los guerreros bajaron al arroyo a llenar sus reservas de agua para la siguiente etapa del camino por el desierto y comenzaron a preparar la emboscada acumulando peñascos al borde de la meseta a lo largo del sitio donde los guerreros de Huaman debían ir a beber agua del estero, con el fin de atacarlos por sorpresa. A continuación abandonaron el borde de la meseta y se fueron a esconder en los accidentes del terreno, a cierta distancia, quedando a la espera del momento adecuado para regresar y atacar. Poco antes de la llegada de los enemigos, un par de voluntarios echarían la ponzoña en el estero, escapando quebrada arriba.

Precediendo al contingente de Huaman llegaron los exploradores. El grueso del escuadrón de Huaman estaba formado por los sobrevivientes del choque con los insurgentes y los hombres de Yunque, que le habían llegado de refuerzo. Al acercarse los exploradores a la quebrada por la cual discurría el estero, dos guerreros de Kari echaron a la corriente de agua, en diferentes sitios, varias bolsitas que contenían una pasta de hojas maceradas amasada con ceniza y una piedrecita para mantenerla hundida, y se alejaron corriente arriba para no ser descubiertos. Lo primero que hicieron los exploradores de Huaman fue bajar al estero a beber de sus cristalinas aguas.

Después de beber el agua contaminada, los exploradores subieron a la meseta por la que avanzaron varios centenares de metros hasta que todos sintieron, casi al mismo tiempo, un fuerte dolor de estómago que les obligó a detenerse para vaciar el cuerpo por ambos extremos. En tales desventajosas circunstancias fueron atacados por los guerreros rebeldes quienes en pocos minutos dieron cuenta de ellos. Mientras tanto, los guerreros de Huaman

habían llegado a la quebrada y estaban bebiendo en el estero. Unos minutos después, los fulminantes retorcijones del terrible cólico se hicieron sentir. Cuando los atalayas de Kari vieron que los hombres de Huaman se desperdigaban por el terreno a vaciar sus adoloridas tripas, hicieron las señales convenidas y el Capitán Kari regresó con sus guerreros. Éstos llegaron al borde de la quebrada sin ser descubiertos y desde allí les lanzaron una lluvia de piedras a los guerreros que aún permanecían en el fondo de la quebrada y luego bajaron a rematarlos.

Gracias a la efectiva estratagema del purgante, la batalla fue muy desigual. Los guerreros de Kari masacraron a sus enemigos los que, desparramados por el campo, ofrecieron escasa resistencia a los atacantes por estar demasiado ocupados con sus intestinos. La mortandad entre los hombres de Huaman fue enorme y al final de la batalla, luego de constatar las grandes pérdidas sufridas, Huamán y Yunque, este último herido de cuidado, decidieron dar por terminada la persecución de los insurrectos y regresar al poblado de Kachi.

Aprovechando la libertad de movimientos que le dió su contundente victoria sobre sus perseguidores, el Capitán Kari continuó avanzando con rapidez hacia el Perú. Tres días más tarde llegaron a la frontera norte de la Pampa del Tamarugal. A partir de allí la caravana de guerreros aminoró la marcha para contrarrestar los duros efectos de los inclementes rayos del Sol. Caminando desde el amanecer hasta mediar la mañana, descansando durante las horas de calor del mediodía para reiniciar la marcha desde la caída de la tarde hasta la llegada de la noche, llegaron sin contratiempos al río Lluta.

En aquel punto, el Capitán Kari decidió encaminarse hacia el lago Titicaca, sito en el altiplano, para desde allí proseguir hacia Vilcabamba, donde vivía exiliado el Inca Xairi Tupac. Llevando a Nayra de incógnito para evitar que la noticia de su presencia se extendiera por los territorios que iban atravesando, luego de una larga y agotadora marcha ascendente el contingente de guerreros llegó a la ribera occidental del lago.

A medida que el Capitán Kari y sus guerreros avanzaban, la noticia de su presencia iba siendo conocida por todo el mundo. La mayoría de los Curacas y Camayoc, siguiendo los deseos del fallecido Inca Manco, estaban sirviendo en cuerpo y alma a los conquistadores españoles, y muchos de ellos se habían hecho cristianos. Los indígenas comarcales asistían con alimentos a los guerreros del Capitán Kari pero, temiendo las represalias de los nuevos amos del Perú, informaban a los españoles de la presencia en sus valles de aquellos guerreros armados, cuya finalidad no les había sido revelada.

Entre los españoles, que en aquella época continuaban con sus mortales disputas internas, se mantenía vivo el temor a una nueva rebelión de los incas. Debido a ello, la aparición de aquellos guerreros en pie de guerra en los territorios australes del ex Imperio Inca, no obstante la clara descomposición de éste, fue tomada como una seria amenaza.

En el poblado de Kachi, el Curaca Katari recibió furioso a los capitanes Huaman y Yunke, culpándolos de haber dejado escapar a la Coya Pacsa Nayra, lo que molestó profundamente a ambos guerreros que se retiraron ofendidos de la audiencia. Poco tiempo después Huaman se enteró de la forma cómo habían muerto los sacerdotes Mamani y Apaza y de las sangrientas represiones de los

familiares de los guerreros rebeldes, efectuadas por Yauca en cumplimiento de las órdenes del Curaca. Huaman reaccionó con firmeza, pidiéndole de inmediato una audiencia al Curaca Katari.

Recurriendo a diferentes pretextos, el Curaca postergó durante varios días la audiencia que Huaman le exigía y sólo recibió al jefe guerrero cuando ya le fue imposible continuar retrasando la entrevista. Yendo directamente al grano, Huaman le reprochó a Katari la represión desatada en contra de los ayllus de los capitanes disidentes. Al escuchar las incoherentes respuestas del Curaca, Huaman comprendió que Katari no era el hombre adecuado para dirigir el reino inca y sacarlo de la crisis que estaba en marcha. Al término de la reunión salió de la sala dispuesto a tomar por su cuenta las medidas del caso.

Al negarse a respaldar a Kari, el Capitán Huari había recibido la crítica de sus oficiales los que eran portavoces del descontento que aquella decisión había provocado entre sus hombres. Esta situación le obligó a rechazar las perentorias órdenes del Curaca de efectuar represalias sobre los miembros civiles de los ayllus de los capitanes sublevados. A partir de aquel incidente, Katari sólo esperaba el regreso de Huaman y Yunke para ajustarle las cuentas al capitán desobediente.

Pocos meses antes de partir al Perú a participar en la contienda desatada entre españoles, tras las banderas del Rey de España, Pedro de Valdivia, a la sazón Gobernador de Chile, envió al Capitán Francisco de Aguirre al frente de una expedición fuertemente armada a dar una batida contra los indígenas rebeldes de la Pampa del Tamarugal, con la finalidad de despejar de guerreros hostiles el Camino de los Incas que comunicaba a Chile con el Perú. A su paso por las zonas adyacentes a La Serena y en el

valle de Copiapó, Francisco de Aguirre sofocó violentamente el descontento de los indígenas locales, logrando atemorizar a varios Camayoc que se le proveyeron de guías e informantes, entre éstos que se encontraban algunos incas que habían huído de las persecuciones del Curaca Katari. Merced a estas ayudas, los soldados españoles ubicaron Kachi, el poblado secreto.

Mientras el Capitán Francisco de Aguirre se acercaba con sus soldados, entre las filas de los guerreros insurgentes salían a la luz las discrepancias internas que anticipaban el rápido fin del Reino de la Pampa del Tamarugal. En aquellos días, la situación militar era la siguiente: Huaman y Yunque habían regresado con sólo un tercio de sus guerreros, dado que el resto de sus hombres había sucumbido. Los capitanes Yauca y Huari, en cambio, tenían sus fuerzas intactas. La autoridad del Curaca Katari dependía del apoyo de Yauca pero éste, por causa de sus afinidades militares, resultó ser más leal a Huaman que al Curaca. Por otra parte, los capitanes Huaman y Yunque, luego de sopesar sus fuerzas en relación a las de Huari, decidieron retirarle su apoyo al Curaca, lo que en la práctica habría de traducirse en el fin de su mandato. Aprovechando la nueva relación de fuerzas creada, el Capitán Huari recuperó su libertad de acción y partió de regreso al Perú acompañado de sus guerreros y de su ayllu.

La idea de los capitanes Huaman, Yunque y Yauca de defenestar al Curaca Katari no alcanzó a ponerse en práctica debido a que el pueblo de Kachi fue atacado por los soldados españoles, lo que precipitó una serie de nuevos acontecimientos. Sin alcanzar a reponerse de la sorpresa, los guerreros incas fueron vencidos con relativa facilidad. Durante la corta y sangrienta batalla los españoles apresaron heridos a los capitanes Yunque y Yauca, en tanto que el Curaca Katari y los sacerdotes Antahuara, Quispe y Apaza se entregaban a los conquistadores.

Como era costumbre de los españoles, antes de ajusticiar a los jefes vencidos les hacían un corto consejo de guerra. Bajo la acusación

de ser responsable de la muerte de un par de decenas de españoles y de varios cientos de yanacunas aliados, sentaron a Curaca Katari en el banquillo. Viéndose perdido, Katari culpó de todas las muertes ocurridas en la Pampa del Tamarugal a los capitanes guerreros, a los sacerdotes y, principalmente, a Nayra, la Coya Pacsa, inventando la infamia de que era ella, como única pariente de los incas, quien realmente gobernaba desde las sombras y en forma tiránica. Acusándola falsamente de los delitos de adulterio y hechicería, dio nacimiento a la leyenda negra de La Tirana del Tamarugal.

Viendo que al cobarde Katari lo podían transformar en un aliado, los españoles le perdonaron la vida y, como medida disuasoria de futuras sublevaciones de los indígenas, quemaron en la hoguera a los capitanes y los sacerdotes que tenían prisioneros.

La noticia de la presencia de los guerreros armados de Kari se había extendido por todo el territorio del antiguo Imperio Inca. La mayoría de los curacas y camayoc de los ayllus por los cuales Kari y sus guerreros pasaban, le fingían lealtad, pero no querían verse mezclados con él. No obstante, a los sitios donde Kari acampaba comenzaron a llegar pequeñas partidas de jóvenes guerreros y decenas de mensajeros provenientes de todos los rincones del ex Imperio, con el aviso de miles de descontentos con los abusos de los colonizadores que se ofrecían para participar en lo que todos ellos creían era el comienzo de una nuevo alzamiento contra los españoles dirigido por el Inca desde su refugio en Vilcabamba. El creciente movimiento de rebelión no pasó desapercibido para los conquistadores, debido a los informes que recibían de parte de los traidores y de los espías. En vista del creciente apoyo que estaban recibiendo los insurgentes, los españoles aceleraron los

preparativos para enfrentarlos y destruir el foco de rebelión de los incas en su forma incipiente.

Ante lo que los colonizadores interpretaron como los preámbulos de una nueva rebelión indígena, la reacción de ellos fue inmediata. Enviaron a todos los soldados que se encontraban disponibles en las cercanías del lago Titicaca a sofocar la sublevación en su estado embrionario. Junto a los soldados que partieron hacia el lago iba un escuadrón de doscientos negros etíopes, ex esclavos que a cambio de una ilusoria libertad habían aceptado servir bajo las órdenes de los hacendados españoles, los nuevos dueños de la tierra y de los indígenas que la habitaban.

El Inca Xairi Tupac recibió en su refugio de Vilcabamba a los emisarios del Capitán Kari y los informes enviados por los curacas y camayoc en ejercicio en el territorio del que había sido el Imperio de sus antepasados y temiendo que los españoles le culparan a él de dirigir bajo cuerda la rebelión en ciernes, decidió jugarse en contra del conato sedicioso a punto de reventar. Llamando a los nobles y los capitanes, les dijo: “Pachacámac contradijo al Inca Manco, no queriendo restituirle el Imperio y yo, que le he sucedido, seguiré viviendo quieto en las montañas de los Antis sin enojar a los viracochas, ni menos alzarme en contra de ellos. Por tales razones os mando a todos regresar a vuestros pueblos para que no os den muerte los viracochas.”

En los días siguientes, los caminos del ex Imperio se llenaron de mensajeros del Inca que llevaban su palabra negando al Capitán Kari, a todos los rincones.

El Capitán Kari era el más sorprendido de todos, puesto que su propósito inicial de llevar a Nayra ante el Inca Xairi Tupac se

había desnaturalizado totalmente. A él mismo no se le había pasado por la mente encabezar una rebelión general en contra de los españoles, en primer término porque él tenía más claro que nadie que una acción de aquella naturaleza debía ser decidida y dirigida por el propio Inca y no por un capitán como él, por muy grande que fuese su prestigio. Dado que el Inca le había mandado a decir que no lo recibiría, Kari se encontró en una situación insostenible.

Sin el apoyo de los lugareños su destacamento estaba perdido, y volver sobre sus pasos tampoco solucionaba nada. Frente a tales adversas circunstancias, Kari decidió que Nayra intentara llegar a Vilcabamba protegida por una reducida guardia de guerreros leales, a los que voluntariamente se sumó Vasco de Almeyda, mientras él y sus hombres le cortaban el paso a los españoles que se acercaban a la zona donde ellos se encontraban.

La superioridad numérica de los soldados españoles era enorme. El contingente indígena rebelde había sido abandonado por miles de guerreros voluntarios quienes, obedeciendo las órdenes del Inca Xairi Tupac, regresaron a sus hogares. Pero aquel puñado de guerreros encabezados por los capitanes Vilca y Kari, decididos a defender a cualquier precio aquel paso entre las montañas, causó grandes bajas a los soldados españoles que los atacaron. No obstante, luego de tres días de desigual refriega, los españoles terminaron por dar muerte a los últimos defensores de la estrecha garganta cordillerana a través de la cual Nayra había escapado.

No conformes con aquel trágico resultado, los españoles les cortaron la cabeza a los capitanes incas rebeldes y luego de cuartejar sus cuerpos, para escarmiento de todos los indígenas descontentos, enviaron sus despojos a los cuatro puntos cardinales del ex Imperio. Con igual propósito disuasivo, las cabezas de Kari y Vilca, clavadas en el extremo superior de largas picas, fueron exhibidas en la plaza principal del Cuzco.

Vasco de Almeyda escoltó a Nayra y las mamaconas Nakena y Thika hasta el palacio del Inca en Vilcabamba. Allí no lo dejaron entrar y, pese a las protestas de Nayra, fue detenido. Primero los indígenas habían decidido expulsarlo del valle secreto, pero el temor de que pudiera servir de guía, incluso en contra de su voluntad, a los soldados españoles que buscaban Vilcabamba para saquear las riquezas del Inca, hizo que fuera retenido en el valle en calidad de prisionero.

Nayra llegó sana y salva ante el Inca Xairi Tupac, su tío, precedida por la leyenda negra, creada por Katari y difundida por los españoles y los yanaconas, de que durante los años en que había sido la Coya Pacsa o Sacerdotisa Suprema del Reino de la Pampa del Tamarugal, había sido ella quien dirigía en forma tiránica a los guerreros incas que combatían contra los españoles. Al entregar en el Templo del Sol la Huaca del Príncipe Paullo que había llevado junto con sus amigas Nakena y Thika, Nayra exclamó: “¡Oh, Huaca sagrada! Aquí te dejo a salvo para que así como has velado por mí, protejas este reino.”

El Inca Xairi Tupac la recibió con grandes demostraciones de amor con las cuales el soberano ocultaba sus recelos hacia su persona. La suspicacia del Inca tenía por fundamento el mito del poder tiránico que según se decía Nayra había ejercido en el Reino de la Pampa del Tamarugal. Los temores del tío de la joven tenían como base los poderes sobrenaturales de la joven, los que, además de ser reales, habían sido exagerados por los rumores. Los dones especiales y únicos de Nayra, los que según sus detractores estaban fuera de lo permitido por la religión de los incas y caían dentro del campo de la brujería, habían sido demostradas, según sus enemigos, por el sacrificio incomprensible que los afamados capitanes Kari y Vilca hicieron de sus vidas, para salvar la suya.

Como una forma de prevenir que la presencia de Nayra pudiera de algún modo afectar su poder, el Inca Xairi Tupac dispuso su inmediata internación en el Templo del Sol junto con Thika y Nakena. Allí las jóvenes debían limitarse a cumplir con su papel de simples mamaconas dentro del Culto al Sol, lo que ambas aceptaron contentas y a conciencia.

Las noticias llegadas a Vilcabamba, procedentes de la Pampa del Tamarugal, confirmaron que a raíz de la fuga de la Coya Pacsa y de los capitanes leales a ella, se había desplomado el reino rebelde. Por su parte, los ayllus rebeldes habían depuesto las armas para dedicarse únicamente a las actividades agrícolas. La tranquilidad impuesta por los españoles mediante el terror sólo se vio rota cuando un desconocido, amparándose en las sombras de la noche, le dio muerte a Katari, el ex Curaca. Aunque nunca se supo quién había sido el autor de aquel escarmiento, entre los indígenas corría el rumor de que el Capitán Huaman había sido el vengador.

Con frecuencia Nayra deseaba estar junto a Vasco y conversar con él como tantas veces lo hicieron en la Pampa del Tamarugal y durante la larga huída, pero en el reino de Vilcabamba las cosas eran completamente diferentes. Allí la joven no tenía ninguna libertad de movimientos, pues debía atenerse a la estricta rutina que el Culto al Sol le imponía a los sacerdotes y a las mamaconas. Por las tardes, Nayra solía escuchar la voz de Vasco de Almeyda quien, acompañándose con la música su charango, entonaba bellas

canciones. La joven suspiraba recordando la celeste luz de los ojos del lusitano hasta que en cierta oportunidad se dio cuenta de que ya no entendía el lenguaje de los pájaros ni lograba comunicarse con los animales. Entonces recordó que el cóndor Pilacunca le había dicho que si se enamoraba dejaría de entender lo que decían los animales. Nayra sintió un fuerte dolor en el corazón y su alegría se disipó para siempre.

Para mitigar el dolor que le provocaba su triste destino, Vasco de Almeyda se consolaba con el hecho de poder estar cerca de su amada, a la cual sólo muy de tarde en tarde podía ver desde lejos. Sabiendo que su voz se podía escuchar dentro del Templo del Sol, donde Nayra se encontraba, Vasco pasaba parte de su tiempo cantando canciones de amor, algunas con letras en quechua. Se acompañaba con el charango que había hecho con la caparazón de un quirquincho y las cuerdas de tripas de animales, técnica de construcción instrumental que gustoso enseñaba a los indígenas interesados. Tras su muerte, ocurrida algunos años después de que los españoles asaltaron, saquearon y destruyeron Vilcabamba, en la memoria musical de los indígenas quedaron las melodías, los ritmos y las canciones que Vasco de Almeyda había llevado de la península ibérica. Además, como su legado instrumental, a los indígenas del altiplano les dejó el charango de cinco cuerdas, su genial adaptación de la bandurria peninsular.

BIBLIOGRAFÍA:

Aprendiendo a leer Latinoamérica

Carlos Bongcam Wyss, CELA, Estocolmo, Suecia, 1982.

Descubrimiento y conquista del Perú

Pedro de Cieza de León, Historia 16, Información y Revistas, S.A., Madrid, 1986.

El señorío de los incas

Pedro de Cieza de León, Historia 16, Información y Revistas, S.A., Madrid, 1985.

Historia de América Latina, 1

América indígena, Pedro Carrasco, Alianza Editorial, S.A., Madrid, 1985.

La crónica del Perú

Pedro de Cieza de León, Historia 16, Información y Revistas, S.A., Madrid, 1984.

La edad del oro

Varios autores, Tusquets Editores, S.A. y Círculo de Lectores, S.A., Barcelona, 1986.

Latinoamérica para niños

Carlos Bongcam Wyss, CELA, Estocolmo, Suecia, 1981.

Latinoamérica 500 años, Tomo I, Historia

Carlos Bongcam Wyss, CELA, Estocolmo, Suecia, 1988.

Noticias secretas y públicas de América

Varios autores, Tusquets Editores, S.A. y Círculo de Lectores, S.A., Barcelona, 1984.

Verdadera relación de la conquista del Perú

Francisco de Xerez, Historia 16, Información y Revistas, S.A., Madrid, 1985.

CITAS:

- (1) Benzoni, Girolamo: “Historia del Nuevo Mundo”, citado en “La edad del oro”, página 225.
- (2) Cieza de León, Pedro: “Descubrimiento y conquista del Perú”, páginas 302 y 303.
- (3) Cieza de León, Pedro: “Descubrimiento y conquista del Perú”, página 325.
- (4) Garcilaso de la Vega, Inca: “Historia general, II, capítulo XXIX”, citado en “La edad del oro”, páginas 293 a 295.
- (5) Guamán Poma de Ayala, Felipe: “La carta extraviada”, citado en “Noticias secretas y públicas de América”, páginas 152 y 153.
- (6) Garcilazo de la Vega, Inca: “Historia general, IV, capítulo VII”, citado en “La edad del oro”, página 295.
- (7) Molina, Cristóbal de: “Relación de las fábulas y ritos de los incas”, citado en “La edad del oro”, página 117.

EL AUTOR Y SUS OBRAS:

CARLOS BONGCAM WYSS, nacido en Pitrufoquén, Chile, 1934.

—“CONSEJO DE GUERRA”, edición en sueco, Suecia, Rabén & Sjögren, 1978. Edición en español, Suecia, 1985.

—“LA EJECUCIÓN”, radioteatro en sueco, Radio Suecia, Estocolmo, 1979.

- “LATINOAMÉRICA AL ALCANCE DE TODOS”, primera edición, Suecia, 1980. Segunda edición, Suecia, 1983.
- “LATINOAMÉRICA PARA NIÑOS”, primera edición, Suecia, 1981. Segunda edición, Suecia, 1985.
- “APRENDIENDO A LEER LATINOAMÉRICA”, Suecia, 1982.
- “SINDICALISMO CHILENO: HECHOS Y DOCUMENTOS, 1973-1983”, Suecia, 1984.
- “LOS NIÑOS Y LAS DROGAS”, Suecia, 1985.
- “LATINOAMÉRICA, 500 AÑOS”, Tomo I, HISTORIA, Suecia, 1988.
- “LATINOAMÉRICA, 500 AÑOS”, Tomo II, ECONOMÍA, Suecia, 1990.
- “CONDENADO A MUERTE”, 1998.
- “RETORNO IMPOSIBLE”, 1999



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enriquez”, CEME: <http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2003 -2006